

LAS ESPAÑAS

Revista Literaria



TALAVERA, SIGLO XVI

AÑO VI NUMS. 19 - 20

MEXICO, D. F., 29 DE MAYO DE 1951

PRECIO: \$ 3.00

“EL FIN DE LA ESPERANZA”

A mediados de mayo último apareció en los escaparates de las librerías de París un librito que apenas tiene doscientas páginas con este título: “La fin de l'espoir”. O sea “El fin de la esperanza”. El volumen lo había editado Julliard en la colección de “Les Temps Moderns” que dirigen M. Merleau Ponty y J. P. Sartre y llevaba un prólogo de este último. El nombre del autor era, evidentemente, un seudónimo: “Juan Hermanos”.

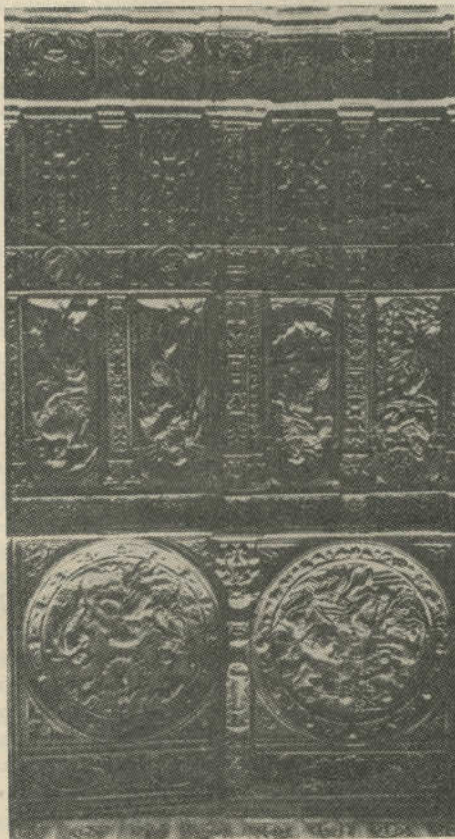
Este librito está llamado a tener una altísima repercusión en la vida literaria de España —¿de España? Sí, de España— y en la vida moral de los pueblos que aspiran a la libertad. En realidad, el autor de esa obra no es uno solo; el autor es, exactamente, y nada menos, la juventud española.

En el Prólogo, Sartre escribe estas palabras emocionantes: “Una noche, durante la ocupación, estábamos reunidos a algunos amigos y yo en una habitación de hotel. De pronto una voz desconocida dió un grito de socorro en la calle. El son de esta voz era tal que, sin concertarnos, bajamos precipitadamente; encontramos la calle desierta, dimos la vuelta a la cuadra de casas y no encontramos a nadie. Volvimos a nuestro trabajo, pero durante toda la noche esa voz no dejó de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre que gritaba por todos: en esos tiempos de miedo esperábamos todos una ayuda lejana, un socorro que tardaba y cada uno se preguntaba si no había oído su propia voz. Es esta voz que me parece haber reconocido cuando he leído por vez primera ‘El fin de la esperanza’.”

Cuando se le ha preguntado a Sartre quién era Juan Hermanos, ha contestado que no lo sabía. Y es verdad. El original llegó a París, clandestinamente, y cayó en las manos de Sartre, misteriosamente también. Pero sus páginas tienen tanta emoción que se ha advertido en ellas a un altísimo escritor que ha sabido interpretar el alma colectiva de la atenazada España. Naturalmente ese libro es un grito. Un grito más. Uno de esos gritos que colecciona Leon Felipe. El grito de “¡Tierra!”, el grito de “¡Justicia!”, el grito de “¡Libertad!”. Al terminar el Prólogo, Sartre dice: “Es necesario que lo lean para saber cómo se grita el fin de la esperanza, porque no tardará en llegar nuestro turno. Después no habrá nadie para gritar. Ni nadie para taparse los oídos.” Desde luego ese concepto existencialista cuadra como comentario definitivo tras las páginas trágicas de Juan Hermanos.

Yo no sé quién es Juan Hermanos. Ni lo sabe nadie. Es posible que el autor (como “Vercors” el héroe que escribió “Los silencios del mar”) no haya dicho ni a sus íntimos que es el autor de ese libro. Pero sé que ese “Juan Hermanos” es algo mío, y de cuantos están dando gritos por el mundo como si los dieran en el desierto. No es un

(Pasa a la pág. 28)



Cuenca: puerta tallada.

SUMARIO

EDITORIAL - UNAMUNIANA, por J. David García Bacca - CIENCIA Y CONCIENCIA DE UN JURISTA, por Niceto Alcalá-Zamora Castillo - ESPAÑOLADAS ESPAÑOLAS - PARA EL ULTIMO CANTICO, por Jorge Guillén - EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA, por Mariano Granados - EL ARBOL MALATO DE LOS VASCOS, por Manuel de Irujo - EL ARTE EN LA EMIGRACION, por Margarita Nelken - RAMON GAYA, por Laurette Sejourné - ODA ATLANTICA, por Agustí Bartra - BREVE COMENTARIO..., por M. D. Arana - PASTORAL, por Ramón Sender - LOS LIBROS - EUGENIO IMAZ, por José Miranda - EL SUEÑO DE BARBA AZUL, por Francisco Pina - IDEAS NUEVAS..., por José Luis de la Loma - LAS PRESAS HISPANO-ROMANAS, por M. Díaz Marta - ESPAÑA EN EL RECUERDO, por Francisco Rivero Gil.

DIEZ AÑOS DE LABOR

Al cumplirse el decenio de la llegada a la Argentina del primer grupo de refugiados españoles, el Centro Republicano Español, en colaboración con la Alianza de Intelectuales Demócratas Españoles, conmemoró la fecha con una exposición de obras de los intelectuales, representación simbólica de las actividades creadoras, en todos los aspectos (arte, industria, agricultura, etc.), de los republicanos españoles exilados en aquella república.

La exposición duró del 18 al 28 de noviembre y en este tiempo se examinó, en un curso de conferencias, la labor de los intelectuales exilados en los campos del derecho, el cine y el teatro; la literatura, la historia, la medicina, la economía y las ciencias; la labor de los editores y de los traductores. Pronunciaron conferencias en dicho curso los señores: Claudio Sánchez Albornoz, Francisco Madrid, Diego Abad de Santillán, Carlos P. Carranza, Valentín de Pedro, Francisco Vera, Clemente Cimorra, Francisco Romero, Juan Prados Arrarte y Gumersindo Sánchez Guisande.

Integraron el conjunto de la exposición libros originales de los siguientes compatriotas:

Abad de Santillán, Pedro; Adán Cañadas, Francisco; Aguilar, Paco; Alberti, Rafael; Alcalá-Zamora y Castillo, Niceto; Alcalá-Zamora y Torres, Niceto; Almazán, Angel; Alvarez Angulo, Tomás; Astigarraga y Larrañaga, Andoni de; Ayala, Francisco; Baeza, Ricardo; Balanzat de los Santos, Manuel; Barcia Trelles, Augusto; Basaldúa, Pedro de; Bergos Ribalta, Francisco; Bertolucci Tsugui-Mori, Antonio; Blasco Garzón, Manuel; Borrás, Eduardo; Candel López, Daniel; Carranza, Carlos P.; Casona, Alejandro; Castela, Alfonso R.; Cimorra, Clemente; Corominas Vigneaux, Juan; Cuadrado, Arturo; Cuatrecasas, Juan; Díaz Doin, Guillermo; Dieste, Rafael; Fagoaga, Isidoro de; Fariás, Javier; Fernández Suárez, Alvaro; Gárate Arrillo, Justo; García Gerpe, Manuel; Garma, Angel; Gil, Joaquín; Gómez, Mariano; Gómez, Mariano (Jaime Espinar); Gómez Guillamón, Juan; Grau Delgado, Jacinto; Gurrea, Manuel; Irujo y Ollo, Andrés María de; Jiménez de Asúa, Felipe; Jiménez de Asúa, Luis; Lareo, Giordano; León de Alberti, María Teresa; López Gento,

(Pasa a la pág. 34)

EDITORIAL



EN octubre de 1949 publicó "LAS ESPAÑAS" el folleto titulado "POR UN MOVIMIENTO DE RECONSTRUCCION NACIONAL". No contenía sino una concreción de las ideas expuestas en sus editoriales, pero era, y sigue siendo, la única afirmación válida frente a la serie de "nuevas" y viejas negaciones que traban nuestro proceso histórico, y frente, en consecuencia, a quienes —por desconocimiento esencial de España y de sus hombres—, buscan, o aguardan, "solución" al trágico presente por el vituperable camino de las intervenciones extranjeras.

Junto a nuestra afirmación capital ("La verdadera liberación de España sólo es posible en la unión de todas las clases sociales nacionales y ésta sólo sucederá en torno a un programa de reconstrucción nacional, claro, concreto y perfectamente ajustado a la compleja realidad española") dábamos las razones de nuestro creer y, con ellas, los que, a juicio nuestro —sacado a discusión—, debieran ser lineamientos generales de un Movimiento capaz de derrocar al franquismo, liquidar las causas permanentes de guerra civil y asentar las bases político-económicas de una sólida y verdadera democracia.

Las huelgas de Bilbao y Barcelona y, por contra, la frustración inicial de acciones similares en Asturias, Navarra, Madrid, Andalucía y Extremadura, demuestran que nuestro concepto de cómo procede plantear la lucha es justo. En Cataluña y en Euzkadi se dan las mismas condiciones objetivas que en el resto de los pueblos de España —igual desesperación, igual miseria—, pero existe, por añadidura, una peculiar razón de solidaridad frente al bárbaro centralismo del Estado franquista —el sentimiento nacional, o regional, como se quiera—, que unido al asco colectivo y al común padecer, produce la unanimidad necesaria; es decir, una superación de clases, de tendencias y de matices para luchar por la vida misma de la comunidad amenazada. De ahí que hayan cuajado Euzkadi y Cataluña los primeros ejemplos de cómo proceder en esta hora, y de ahí, también, que hayan sido inmediatamente asimilados por los "reaccionarios" de Navarra y por la, una vez más, gloriosa ciudadanía de Madrid.

El hecho de que en esas huelgas se hayan dado —siquiera sea embrionariamente—, las características esenciales de lo que debe ser en sus inicios un Movimiento de Reconstrucción Nacional, y el que puedan valorizarse como los únicos triunfos de la democracia española desde el fin militar de nuestra guerra, tiene significación profunda. Habla, entre otras cosas, de la nueva generación incorporada; de que algo ha muerto para siempre; de que buena parte del pasado carece de vitalidad y de sentido. Quienes en verdad quieran luchar fundidos con su pueblo, deben pensar en todo ello dispuestos a extraer las consecuencias lógicas.

La historia de nuestras luchas más recientes —de 1939 a 1951—, demuestra, en primer término, que ni los pactos a la vieja usanza ni los heroísmos solitarios, y, menos aún, los fantasmas de una legalidad ya discutible, tienen posibilidades racionales frente al totalitarismo falangista, y que sólo el tan clásico y tan español "todos a una" —"¿Quién mató al Comendador? Fuenteovejuna, Señor"—, puede crear ambientes de asfixia progresiva para las fuerzas visibles e invisibles que dan vida al franquismo.

Y no se venga con el comodín de que nada es posible hacer sin el asenso o la ayuda de determinadas potencias extranjeras, porque siempre —y más que nunca en las actuales condiciones internacionales— cuando la voluntad de todo un pueblo existe debidamente organizada y dirigida, esta voluntad es invencible.

Por otra parte, el problema esencial de España no es la desaparición formal del Estado teocrático-falangista, sino la total liquidación de las causas que lo han determinado, su aniquilamiento definitivo para que nunca pueda reaparecer en parecidas o disímiles formas. Ello sólo es posible a través de una revolución de carácter afirmativo, es decir, sin epilepsias ni matanzas, que apunte tanto al interior de cada hombre como a las viejas estructuras y, sobre todo, que cale y remueva hasta llegar a cuanto de permanente y vivo alienta en nuestro pueblo.

Tarea tan tremenda, claro está que no puede ser obra de un grupo o de un partido, y ni siquiera de una conjunción de partidos caducos o desgajados por disensiones y derrotas: cuando más, que las nuevas promociones surgidas —lo más joven y más prometedor de España—, han crecido fuera de su influencia, en un ambiente enturbiado por el aislamiento y la mentira, lleno, además, de experiencias desoladoras.

Hay que añadir aún, que los crímenes y los desastres acumulados por el franquismo han modificado los términos del problema español. Hoy, en esta encrucijada histórica, la pugna tradicional carece de sentido. Ni izquierdas ni derechas poseen estabilidad económica, derechos, libertades, garantías mínimas... nada de cuanto permite al hombre sentir que tiene patria.

Por ello, el derrocamiento del franquismo no es, como era ayer, tarea de una porción de España en lucha con la otra, sino quehacer de todos, obligación inexcusable de cuantos no hayan perdido la conciencia, la hombría y el sentido de la dignidad.

El desarrollo de las últimas luchas populares está diciendo que sólo falta un verdadero programa nacional, y la adecuada organización integradora, para que la movilización civil de nuestro pueblo alcance tales proporciones que produzca la asfixia del franquismo. Pero es necesario remarcar que hoy, después de haber perdido el conjunto de la emigración republicana su papel de minoría dirigente, es condición indispensable que tal organización surja dentro de España, y no a consecuencia de pactos, regateos y componendas según el viejo estilo. Incorporar la conocida picaresca al renacer de nuestro pueblo, sería frustrar conscientemente la última —y al mismo tiempo la más grande—, de sus posibilidades históricas.





UNAMUNIANA

De Israel a Fanuel; de luchador con Dios a vidente de Dios

Por JUAN DAVID GARCIA BACCA

CUENTA el Antiguo Testamento, con dosis no determinada de simbolismo y realidad, que el patriarca Jacob, después de haber hecho pasar el vado Yahob a sus dos mujeres, esclavas y once hijos, con todas sus pertenencias, se quedó solo. Y he aquí continúa el relato bíblico, que: "un varón luchaba con Jacob hasta el amanecer, y viendo que no podía vencerlo, le tocó en un nervio del fémur, e inmediatamente se le marchitó. Y le dijo: déjame, que ya se aproxima la aurora. A lo cual respondió Jacob: no te dejaré hasta que me bendijeres. Díjole entonces: ¿Cuál es tu nombre? Y contestóle: Jacob. A lo cual replicó el varón: no será en adelante Jacob tu nombre, sino Israel; porque, si contra Dios fuiste fuerte, ¿cuánto más prevalecerás sobre los hombres? Preguntóle a su vez Jacob: Dime, ¿cuál es tu nombre? Respondió: ¿qué te importa mi nombre? Y lo bendijo en aquel mismo lugar. Y llamó Jacob a aquel lugar Fanuel, cual si dijera: vi a Dios cara a cara, y se salvó mi alma. Apenas dejó a Fanuel cuando le salió el sol; pero Jacob iba cojeando. Por esta causa los hijos de Israel no comen hasta el día de hoy el nervio que se marchitó en el fémur de Jacob; porque Aquel le tocó el nervio del fémur y se secó". Hasta aquí el libro del Génesis (cap. 32, v 22-32).

Unas consideraciones, estilo Unamuno; todas para declarar la actitud del filósofo frente a Dios, frente al Infinito.

A semejanza de Jacob, el filósofo, antes de emprender su lucha con Dios, antes de poder cambiar su nombre de *luchador* por el de *vidente*, el de Jacob por el de Fanuel, tiene que despedirse de todo: familia y bienes materiales. Sin pobreza de espíritu, no hay filosofía posible. Sin soledad es imposible filosofar.

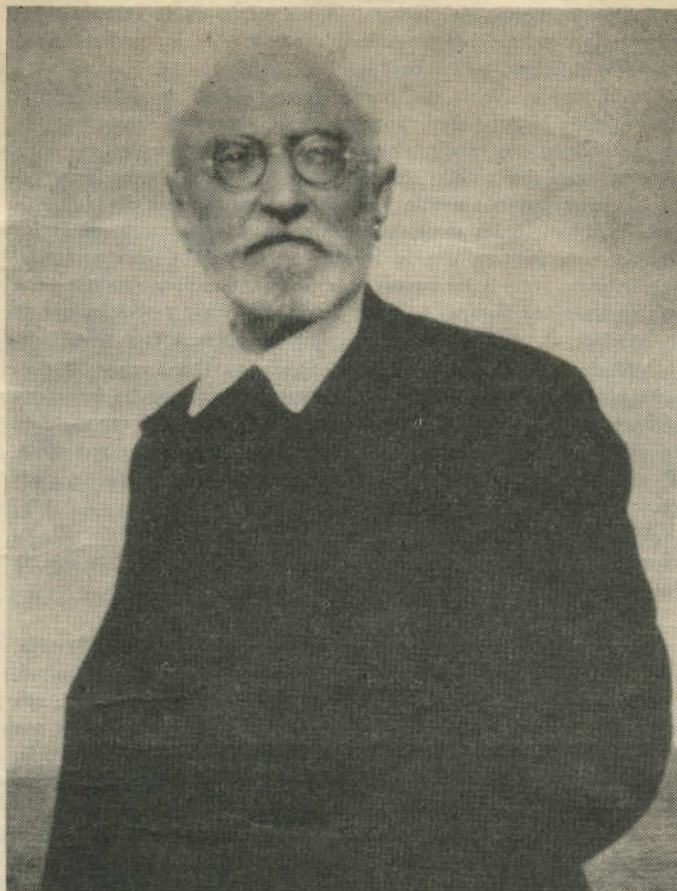
Una vez a solas, en *noche oscura* de lo material y real, un *Varón*, así en indeterminado lo dice la Biblia, luchará con el filósofo hasta el amanecer. Lucha de toda una noche, de toda la noche de la vida tal vez. Lucha a oscuras, sin saber con quién se lucha; sólo se nota que es *varón*, es decir: un fuerte que resiste y pega en firme, sin contemplaciones, que encaja con aguante los golpes, en silencio. Pelear con sombras es término de Sócrates, también. El filósofo, sostiene Platón, tiene que habérselas con ese reino de sombras, de siluetas, que es lo sensible, en que, sin saber cómo, se halla instalado por nacimiento, luchando toda la noche de la vida sin llegar a ver bien con quién lucha, por qué lucha, cuál será el resultado.

Pero lo bueno del caso de Jacob, y del filósofo, es que puede resistir peleando toda una noche, nada menos que con el *Varón*, con Dios, como se verá por el relato bíblico, sin decaer, sin que Dios pueda vencerle, sin que el *Varón*, el Fuerte, pueda con él; tenga, más bien, que exclamar, viendo que se aproxima la aurora, el momento de quedar al descubierto, quién es: "*déjame que ya se aproxima la aurora*".

¿De qué armas, de qué secreta fortaleza dispone el filósofo para que ni Dios, luchando en firme, y no de mentirijillas, que no fuera digno ni del filósofo ni de Dios, pueda vencerle?

Ante todo notemos que la lucha tiene lugar de *noche*. La infinidad, Dios, claramente visto, a plena luz, vencería en un momento y golpe al filósofo. Sólo el estado de *noche*, el estado de *mortal*, de *esta vida*, hace realmente posible luchar con Dios, con el *Varón*, con el Fuerte, poder resistirle, y aun tener Dios, el *Varón*, el Fuerte, que emplear un golpe bajo, un poco fuera de ley, —si se viera bien—, que es tocar un especial nervio del fémur, que dejará al patriarca, y al filósofo, cojo para toda la vida.

¿Cuál es, pues, la secreta fortaleza del filósofo que le permite



en esta vida, en la única que por de pronto tenemos, luchar eficazmente con el Firme, en firme, con el *Varón* y varonilmente, con Dios y teológicamente? "*Y llamó Jacob a aquel lugar Fanuel; cual si dijera: vi a Dios cara a cara, y se salvó mi alma*". Querer ser vidente, y no serlo; querer salvarse y no estar a salvo, es el dato real, la base, que nos da derecho y fuerza para resistir a Dios, realmente, y como anotaremos, sin que Dios se dé por ofendido; bendiga, por el contrario, a quien de tan valiente manera se comportare.

Que ésta es la tragedia real que da la fuerza de desesperado al filósofo: querer ver y no llegar a ver, querer salvarse y no estar ya a salvo. Llegar a ser *Fanuel*: ver a Dios cara a cara y quedar a salvo de todo. Dejar de ser *Israel*: fuerte contra Dios, y ascender a *Fanuel*: a vidente de Dios.

Toda la filosofía genuina, y no de recetario, consiste en ese desesperado intento, en esa lucha nocturna, en *noche oscura*, de ver la infinidad, el Ser, Dios; dejando de ver este o estotro ente, esa o esotra cosa, tal o cual objeto determinado; lucha desigual, porque este ente concreto, esta cosa especial que es el hombre se mete a luchar con el Ser, con el Infinito, con Dios.

Pero la finitud es arma terriblemente potente, la más potente, la única eficaz y resistente frente a la Infinidad.

Y si Dios, si el Infinito, ha de ser luchador, si quiere merecer, de verdad y no de mentirijillas, el atributo de *Luchador*, de Valiente, tiene que enfrentarse con la Finitud, con la finitud consciente de ser lo que es el hombre. El hombre, la finitud consciente, de sí, hace posible que Dios se sienta Luchador, que ponga a prueba real, no pensada solamente, su Infinidad. Resistir a Dios es proporcionarle la posibilidad real, no fingida o imaginada, de que note su Fortaleza. ¿Y fortaleza no notada para qué serviría? A no ser que imaginemos un Dios infinito, de estilo pedrusco o tarugo.

Es, pues, la conciencia de nuestra finitud, —querer ver y no llegar a ver por sólo quererlo; querer sentir, y no poder sentir, por sólo quererlo; querer hacer mil efectos, mil obras magnificentes, esplendorosas, portentosas, y no poder hacerlas por sólo quererlas, y por mucho que lo queramos, deseemos y anhelemos...—, la que nos permite resistir toda la vida a Dios, al Ser, a la Infinidad. La *re-sistencia* de la finitud, en lucha con la infinidad, hace que *e-xista*, da *e-xistencia* consciente de sí a la Infinidad, a Dios.

El filósofo, el consciente de su finitud, y de los poderes sorprendentes de la finitud, —hasta ese realísimo y tremebundo de poder ser ateo, de dudar de Dios, de perderlo de vista, de dejar de sentirlo...—, no puede ser vencido por nadie, ni por el *Varón*, durante toda esta vida. El *Varón*, el Fuerte, podrá vencerlo por golpe bajo:

tocándole un nervio del fémur. No, tocándole en la cabeza, a las buenas; la conciencia de finitud, la conciencia de los poderes resistentes de la finitud no es vencible.

Ahí nunca aprieta ni puede apretar Dios, la Infinitud, el Fuerte, pues le resistimos, aunque no la vengamos, que no es lo mismo resistir que vencer. Por eso jamás, históricamente, una inteligencia finita ha podido demostrarle a otra finita, con demostración convincente, o vincente, que Dios exista, que se dé la Infinitud. Y ahí están los ateos, los despreocupados realmente de la Infinitud, para mostrar, con su hecho, con su pura y dura presencia, que Dios no vence a las buenas a la finitud, que para vencerla tiene que emplear una trampa: tocar el nervio del fémur y secarlo, que se le marchite al hombre la fortaleza, que se muera a esta vida.

Mucho menos posible es a la Infinitud, a Dios, vencer al filósofo, al consciente de la finitud y de sus poderes, por las buenas, a razones; que no tocó Dios, el Fuerte, a Jacob en la cabeza, sino en el fémur. La finitud vivida es invencible, aunque no vencedora. Y pide Dios, el Fuerte, a Jacob que le deje, que lo suelte, pues ya se aproxima la aurora.

Y esta petición de Dios, del Fuerte, es conmovedora. El invencible, mas no vencedor de la finitud consciente, suplica que la finitud le suelte, "porque llega la aurora".

¿Qué razón es ésta?

Cuando la finitud lucha, a oscuras, mucho tiempo, toda la vida, con la Infinitud, cuando forcejea largo y tendido con la Infinitud, con la Fortaleza, llega a adquirir un sentido inmediato, casi una visión de la Fortaleza, de la Infinitud. Los tanteos y forcejeos son una revelación, penosa y larga, pero segurísima de la existencia, resistencia, consistencia, persistencia del resistente. La lucha consciente conduce, inevitablemente, a la visión, a la aurora.

Cuando dos que comenzaron a luchar en las sombras, llegan a reconocerse y conocerse en plena luz, puede suceder muy bien que la luz los reconcilie, que adviertan su próximo, y hasta entonces, cultivo parentesco. ¡Si éramos hermanos!; ¡si finitud no es posible sin infinidad!; ¡si infinidad no se puede sentir a sí misma sin finitud! Y se acabó la lucha. Cuando la finitud cae en cuenta de que es la Infinitud con quien está luchando, ¿cómo va a poder continuar resistiendo? Quien en la oscuridad se lió a golpes y a golpes reconoció, por el estilo de los recibidos, que era hombre quien le pegaba, pero corriendo las horas, y saliendo el sol, vió que era nada menos que el campeón mundial de boxeo, ¿cómo se atreverá a continuar luchando? ¿No se dará por honrado en haber podido resistir tanto? Y cuando la Infinitud, ante la luz de la aurora, tenga que reconocer, se la descubra, y la descubra la finitud, como luchando con la finitud, ¿será posible que continúe lucha tan desigual?, ¿no le entrará, con la luz, una especie de vergüenza de su propio, invencible poder, frente a la finitud que cuando más puede resistir, pero nunca vencer? La luz, la aurora, la visión acaba con tales luchas. Y Dios desiste, con delicadeza infinita, de ellas; pide, suplica a la finitud, antes de que se descubra la Infinitud, que lo deje, que le suelte.

Pero por los golpes recibidos de la Infinitud, por la resistencia y ofensividad del Ser, ha podido Jacob, Israel, el Luchador, notar bien notado que se las había con el Varón, con algo tremebundo. Y aprovechaba la oportunidad para poner sus condiciones. Habían vencido a Israel, a la finitud, por golpe bajo, por hábil toquecito en nervio del fémur. Lo habían vencido, pero no convencido. Y esta pequeña diferencia a favor de la finitud, dejaba un saldo que cotizar y con que pedir y aun merecer algo. Y Jacob, Israel, cojo de pierna, recto de cabeza, pidió al Varón, sentido a golpes y en los golpes como Dios, como el Fuerte, una bendición. ¿Qué bienes quería Israel que le dijeran con eficacia, con buena ventura, asegurada por voluntad potente para cumplir deseos y cumplir palabra propia?

Dice la Biblia solamente que el Varón, el Fuerte, bendijo a Israel, más no en qué consistió particularmente tal bendición.

Aunque uno luche a oscuras, por el tipo de golpes, por su intensidad, puede conjeturar con qué o con quién se las ha. Que aun a oscuras es hacadero notar si se riñe con gato, con serpiente o con león. Bien había percibido Jacob que luchaba con el Fuerte, con el Varón, con alguien a quien no podía vencer; pero, por lo que a continuación dice Jacob, hubiera querido, creyéndolo un bien, ver cara a cara al Fuerte, sentirse salvado en su alma. Dios, sentido como el Fuerte, bendijo a Jacob sin dejarse ver por él. Que, como dice también la Biblia, ¿quién vió a Dios y pudo vivir? A pesar de haber sentido o visto con golpes y por los golpes a Dios, en cuanto el Fuerte, a pesar de haber sentido en su propia carne y alma el peso de la Omni-

potencia divina, Jacob se da por satisfecho de no haber muerto, de haber salvado su alma. Y ¿qué mayor premio podríamos desear todos que esa experiencia tremebunda, a la vez que conmovedora, de la presencia de la omnipotencia divina, de estar toda la noche de la vida enzarzados en forcejear a brazo con Dios, sin soltarlo, ni permitirle deshacerse de los abrazos que en pelea se dan, que son los más vehementes y seguros, pues en ellos se juega el alma y la vida, y no el placer tan sólo?

Por esta experiencia de Dios, del Fuerte en su Fortaleza, se muere el filósofo, el consciente de su finitud; se muere de ganas de tenerla. Y hácele Dios el inmenso bien de no dejarse ver cara a cara; que toda visión, por implicar sin remedio distinción entre objeto y sujeto, entre lo conocido y el conocedor, pone una distancia irreal que impide el abrazo, la unión real, dejándolo todo reducido a unión intencional, de pura presencia. Y si se me dijera que la unión por amor puede suplir los inconvenientes de la unión por conocimiento, sin llegar a unión por lucha, que es posible unirse realmente con Dios por amor, sin tener que luchar con él, respondería que ambas maneras de real unión son posibles, y han sido reales, y que son muchos los caminos por los que Dios lleva a las almas, y nada tiene de particular que a los filósofos lleve de ordinario por el camino de la lucha: hacer de ellos, de su vida, de su conciencia campo de batalla, en que ellos le resistan, prueben, comprueben, sometan a prueba, a experiencia, a violencia la realidad de la omnipotencia divina; traten y tienten de libertar realmente, no de palabra o tesis verbal y conceptual, su finitud de infinidad. Que el prisionero quiere notarse y vivir fuera de la cárcel, y no tan sólo que le demuestren que está libre, que se lo prueben por cinco o por cinco mil vías.

Y Dios, el Fuerte, no toma a mal semejantes experiencias, tales mano a mano entre finitud e infinidad. Antes bendice a los que tales dolorosas experiencias emprenden. Y les cambia el nombre, los rebautiza; en vez de Jacob, se llamarán Israel: luchadores contra Dios. Juego que Dios se puede permitir, seguro como está de no ser vencido, seguro también de que tal juego tiene sus puntas en serio, pues la finitud consciente de serlo resiste positivamente. Aunque, es perfectamente explicable, que los que no son Dios, por más que se llamen y sean en algo sus representantes, no muestren peculiar gusto por tales juegos entre leones.

Es que saben que la Fortaleza divina es intransferible y personal; saben que pueden ser vencidos; por algo no son Dios, el Fuerte, el Varón, en persona.

No tiene, pues, nada de extraño que los filósofos, los luchadores contra Dios, las emprendan directamente con Dios, y no con ministros y delegados, incapaces de cambiarle al luchador el nombre; y, con un cierto temor de experiencia multiseccular lo digo, incapaces de una generosa comprensión de tal actitud de estotros "Israelites". Su mano a mano es con Dios, con el Fuerte, con el Varón. Y los otros que perdonen.

No quiso Dios revelar su nombre a Israel. "¿Qué te importa?", contestó a las preguntas de Jacob que, como Israel, cual resistente frente a Dios, le preguntaba. Si había experimentado en su carne y sangre, en su vida, la Fortaleza divina, si había hecho experiencia de la fuerza de la finitud frente a la infinidad, y de ésta frente a la finitud, ¿qué mejor que dar palabra a lo sentido y llamar a Dios el Fuerte, el Varón? ¿Qué otro nombre pudiera tener más sensible y concreta, conmovedora y definida significación que éste?

Cada experiencia filosófica entre la finitud consciente de sí y de su poder, y la infinidad, ambas en trabada lucha, en mutua experiencia una de otra, conduce a dar un nombre especial a Dios, sin que él tenga que molestarse en darnos nombres suyos de cosas suyas no experimentadas por nosotros. Así nos cura del nominalismo, del verbalismo, de la palabrería, de tomar en vano tales nombres de Dios, inexperimentados en su significación. ¿Qué puede decirle a uno eso de que Dios es la Inteligencia subsistente, si una inteligencia no puede luchar con otra, ya que una no está hecha para entender a la otra, sino ambas, finita e infinita, para entender objetos, lo otro? Y ¿qué saca uno de que Dios tuviera por nombre *Existencia subsistente*, de Ipsum Esse Subsistens, si la existencia es algo propio de cada uno, incomunicable, y aquí tratamos de experiencia de Dios, del Fuerte? Sentir sobre sí la mano de Dios, su Poder, forcejear para ver si nuestra finitud es independizable de la infinidad, intentar mostrar al Omnipotente la potencia de la finitud, tratar de resistirle para sentirle, todo ello conduce a dar a Dios un nombre sentido, en real, y no en vano.

Tales intentos no merecen castigo; pero sí una señal. Todo el que lucha y ha luchado con Dios, de veras y no de mentirijillas,

queda señalado para toda su vida. Jacob, Israel, fué bendecido por Dios; pero quedó cojo toda su vida.

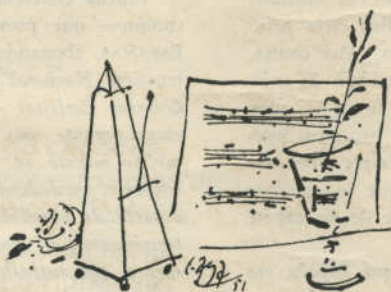
Dios muestra que nos puede, nos hace sentir su Fortaleza; lo cual no es castigo sino máximo premio. Su victoria quedará consignada no en esa experiencia, que es ella misma la máxima bendición, pues es experiencia de Dios, sino en una señal. Y Dios señalará a sus luchadores de mil maneras; y los dejará señalados en su cuerpo, y en partes no las más nobles de él, pues no se ensaña con ellos al dejarlos así señalados, sino tan solo intenta dejar constancia de su indisimulable invencibilidad. Y esas señales podrán ser de múltiples formas: desde una excomunión hasta una desgracia familiar. Pequeño es el precio que con ello se paga por tamaña experiencia de la Fortaleza divina. Y en efecto, no hay auténtico filósofo que por semejantes señales o minucias, impresas en su cuerpo, no en su alma, deje de intentar, emprender, y llevar a término la experiencia de luchar con Dios: de sentir que existe, de sentir que es Omnipotencia, de notar conscientemente en la vida de su finitud la invencibilidad de la Infinitad.

Tales señales —corporales, sociales...—, son, más bien, una honra. Cicatrices "que guían a los demás al cielo de la honra". De tales señales ha de decirse lo que Cervantes de su manquedad: "que no ha nacido en una taberna, sino en la más alta ocasión que vieran los siglos". Pero no por eso deja de sentir el filósofo auténtico, el

luchador contra Dios, que se le trate en igual plan que a bandidos, ladrones de bienes eclesiásticos, escritores pornográficos, asesinos y gente de semejante calaña. Hay señales, y señales de Dios; y las de Dios son más generosas y significativas. Acepta, con todo, el filósofo semejantes señales, pues sabe, en el fondo de su alma, que proceden del dedo de Dios, quien no lo dejó señalado infamemente en su alma, sino en su cuerpo, material o social. Y son tales señales recordatorios de aquellas luchas inenarrables, dolorosas y dulces, trágicas y beatificantes por las que mereció que Dios le cambiara el nombre suyo propio, humano y heredado, por el de *Israel: el luchador con Dios*.

*

Heidegger, por primera vez en su obra literaria, se defiende en "Qué es humanismo" de la acusación de *Ateísmo* (pág. 96). A su defensa, filosófica, hemos puesto, como punto sobre la "i", una defensa bíblica. Tal vez así nos entiendan mejor los sordos que quieran aún oír. Pero si no nos oyeran, o entendieran, cargaremos como Jacob, valientemente, con esa cojera de ateos oficiales, de anticristianos, de rojos; señal periférica, con que pagamos a Dios experiencias más secretas, por las que todo filósofo daría no sólo ese precio palabrero, convencional, materialmente molesto, sino aun cosas mayores y más dolorosas.



CIENCIA Y CONCIENCIA DE UN JURISTA

Por Niceto ALCALA-ZAMORA CASTILLO

EN octubre del año pasado, don José Castán, Presidente del Tribunal Supremo franquista, publicó en la *Revista general de legislación y jurisprudencia*, de cuya dirección desplazó, más que reemplazó, a don Angel Ossorio, un documentado estudio —hasta aquí la "ciencia"— sobre *La equidad y sus tipos históricos*, aunque, como toda su labor, con más datos ajenos que ideas propias. Y al final de ese artículo, en el capítulo de *Conclusiones*, exactamente en la página 751 del tomo, hallamos un pasaje —y de ahora en adelante la *conciencia* (mejor dicho: su ausencia)— que no podemos dejar de apostillar. Helo aquí reproducido a la letra:

"Es necesario, en nuestra atormentada coyuntura de luchas internacionales y sociales, que vuelvan a imperar en las relaciones de los grupos y de los pueblos, por encima de los sentimientos y de las pasiones —innobles o nobles—, los dictados de la equidad. En cuanto sea compatible con las exigencias de la defensa social, hemos de ser cristianamente humanos, incluso en el trato con los enemigos y con los vencidos".

Su notoria falta de carácter ha llevado a Castán a la más flagrante contradicción entre las frases transcritas y su propia conducta. Elevado desde la Universidad de Valencia al Tribunal Supremo por la República, sirvió a ésta durante toda la guerra civil; y a su término, mientras los demás magistrados de la alta corte caían fusilados, eran destituidos, se les sometía

a repugnantes vejaciones o debían emprender la ruta del exilio, él escalaba la presidencia de ese mismo Tribunal Supremo, sólo que ahora con el franquismo, la más brutal negación del Derecho (en sus orígenes, en su finalidad y en sus métodos) que la humanidad haya conocido. Hombre pacífico y moderado, ha venido a ser la máxima encarnación de la pseudojusticia falangista, víctimas de la cual han perecido numerosos compañeros suyos, tanto judiciales como universitarios. Carente de energía, ha tolerado desde la revista que dirige, falsedades y difamaciones, de muy fácil réplica, si ella estuviese permitida en España. Vinculado a una importante editorial, ha presenciado impasible, como ésta seguía imprimiendo, sin nombre y sin retribución, las obras de los exilados. Presidente, sin ser procesalista, de un flamante "Instituto Español de Derecho Procesal", que ha pretendido presentarse ante el mundo como exclusivamente científico y al margen de influencias políticas, ha dejado precisamente fuera de él a todos los procesalistas desterrados. Cuando con esos irrefutables cargos en su contra, el Sr. Castán nos habla de equidad y de que debemos "ser cristianamente humanos... con los enemigos y con los vencidos", uno tiene derecho a preguntarse si es que su aletargada conciencia empieza a despertar o si es que posee del cristianismo un concepto *sui generis* que lo hace conciliable con los asesinatos, destituciones, saqueos y demás formas de persecución y de injuria del régimen a que *actualmente sirve*,

ESPAÑOLADAS ESPAÑOLAS

Por

JUAN DE MONEGROS

La *españolada*, degeneración —quizá—, y postrer coletazo de la *leyenda negra*, va, como género, de capa caída en los últimos tiempos. Hoy, muy pocos la cultivan. Ni Francia ni los Países Bajos están para esos trotes, y la vieja Inglaterra no gasta el tiempo en balde. Sólo el yanqui, insípido y trasnochado pepenador en los basureros de Europa, la utiliza de vez en cuando. Sin embargo, la *españolada* vive. Vive acumulada y comprimida en el destartado desván de muchas cabezas españolas, y hasta alcanza disparatada realidad en la mascarada del franquismo. Porque el franquismo es eso: una *españolada* sangrienta. Su capacidad aniquiladora está a la vista, y a pesar de ello, a la larga, medida con el compás histórico, es menos terrible que la autodesfiguración de España en el concepto de una parte considerable de su pueblo.

El español, individualmente considerado, suele ser la antítesis del hombre *standard*, el antípoda espiritual de aquellos cuya principal característica es la uniformidad y el gregarismo. Por contra, es el más dado a caer en generalizaciones. ¿Contradicción? Si existe, quizá pueda explicarse por el hecho de que fuera de su *yo*, muy poco le interesa esencialmente, que absorbo en sus procesos interiores, o encastillado en el sencillo drama de su simple vivir, se contenta, a menudo, con una colección de tópicos que le *explican* y le sirven para *explicar* cuanto es y cuanto acontece de su capote para fuera.

De ahí la casi general ignorancia en 1938 de lo que España era y representaba en el mundo, y de la quiebra de valores *eternos*, que se extendía por el mundo; su —igual que ahora—, inconcebible desconocimiento de América y, algo más asombroso: una especie de autodesconocimiento nacional, que abarcaba (?) desde nuestro verdadero carácter, hasta la significación real de los hechos y de las convulsiones que configuran nuestra historia.

Así, el español medio creía, y quizá cree aún, en la incuestionabilidad de una serie de lugares comunes interesadamente difundidos por demagogos de *izquierda* y petrificadores de derecha, cuando no en los *diagnósticos* y panaceas puestos en curso por el papnatismo intelectual de escritores extranjerizados y de pseudoestadistas de rica verba y reducida enjundia.

En España, hemos creído en la estupenda fertilidad potencial de sus desiertos, en la existencia de fabulosas riquezas no explotadas, en nuestro anarquismo medular, en el entrañable españolismo del centralismo borbónico, en el valor *siempre* invencible de la infantería española y en tantas y tantas exageraciones o estupideces semejantes.

Nuestra visión del hombre peninsular no era más justa. El andaluz (en el tópico, claro), era gandul y jaranero; bruto el aragonés, a fuer de noble; el gallego, mísero y solapado; hidalgo el de Castilla, con desdoblés de pícaro y de místico; bravucón el de Asturias; torpe y honrado el vasco; zumbón, achulapado y cordial el madrileño; falso y cruel el levantino; desmesurado el portugués en todo, y el catalán... Al catalán se le miraba como a un moderno fenicio sobre ruedas; *Todos* eran viajeros; *todos* vendían paños o comerciaban con el catalanismo y la anarquía.

La emigración política española (salvando siempre particulares excepciones) ha modificado su antigua valorización de España. Al margen de la estimación íntima, más apasionada y entrañable, la miramos, no como es, sino como resulta de comparar nuestra visión de ayer con sus proporciones verdaderas. Nos parece débil, diminuta, sin posibilidad racional de erguirse por sí misma y decidir de su destino, sujeta, quiérase o no, al interés y a la voluntad de los gigantes. Valorización errónea también.

Desde esta América cuajada con nuestra cultura y nuestra sangre, se ve en su exacta, asombrosa proporción, la grandeza permanente de España. Permanente, porque cuanto fué *creado* aquí, no respondió a la concepción austríaca del Imperio, sino al sentir del hombre llano, a su concepción profundamente digna y humana de la vida. Pero hoy no es este el tema. Decíamos que la emigración española ha modificado su antigua valorización de España, y si la

de hoy no es más correcta, al menos, tiene una significación prometedora. Significa el principio de un revisionismo total, el hundimiento de los tópicos, necesidad de encararse con la realidad y de mirarla frente a frente.

No ocurre igual, aún, en lo que concierne a la valorización de la compleja realidad de nuestro pueblo. Un pesimismo ultrajante, expandido por quienes a toda costa quieren justificar su incapacidad y sus fracasos, ha caracterizado todas y cada una de nuestras acciones y de nuestras omisiones colectivas. No ha habido ni una sola política —entre tantas!—, fundamentada en él, en nuestro pueblo, y ha sido así, porque, desconociéndolo, se le ha medido a ojo de *buen* cubero, tomando en cuenta para el cálculo la constante en experiencias extranjeras.

Prueba concreta de esta ignorancia capital es la reacción —casi común— que provocó un apartado del folleto publicado por LAS ESPAÑAS, abogando por la creación de un "Movimiento de Reconstrucción Nacional". Lo esencial de este apartado decía así: *Las Guerras Carlistas —menester es decirlo y recalcarlo—, no han sido esencialmente una sucesión de hechos bárbaramente estúpidos, como se miente en propagandas liberales. Hubo en ellas crueldad y barbarie, verdaderas epidemias de crimen, pero ese lamentable anecdotario de cerrilidad y de pasiones desatadas, no explican sus determinantes, ni pueden dar su verdadero contenido. Tienen, quiérase o no, auténtica significación revolucionaria. Son una búsqueda ciega y violenta —en dos campos distintos que chocan entre sí—, del camino perdido varios siglos atrás.*

Tapando esta verdad incuestionable están las dos ramas borbónicas, las viejas oligarquías, cerebro y esqueleto del partido apostólico; las oligarquías incipientes enroladas en el bando cristino: debajo, está el pueblo español. Tiene por guía único un viejo instinto de libertad, y el asco, ya consuetudinario, por la bochornosa realidad política de España.

Tradicción y liberalismo parecen trazar la línea divisoria entre dos mentalidades, no sólo disímiles, sino radicalmente distintas e irremediabilmente opuestas. De un lado, el reaccionarismo absolutista; la —en apariencia— recién nacida idea de libertad en el otro; pero esos lados son, bajo las costras oligárquicas, un artificioso deslinde amojonado con palabras.

Los batallones de La Causa se nutren —casi exclusivamente—, de vascos, de castellanos de la vieja Castilla, de navarros y catalanes, de aragoneses y de valencianos; es decir, de gentes que conservan vago o vigoroso recuerdo de las cartas pueblas, de los fueros y de las franquicias; y que intuyen en esa tradición —incompletamente sabida, estática, además— el origen de pasadas grandezas y un posible remedio a tanta decadencia y tanta ruina.

Su grito original de guerra es Dios y Fueros; pero tanto y más que lo primero, mueve a afrontar la muerte lo segundo, el fuero, o sea, la ley que resguarda con la libertad de todos la dignidad de cada uno, y con los bienes comunales, la base física de aquella libertad. Dios, más que por su enraizamiento en las almas, juega —fuera de la propaganda apostólica—, importantísimo papel, porque se alistó con el clero en el partido de las tradiciones populares.

En esta esquemática visión va implícita una manera no común —si bien no enteramente original—, de explicarnos racionalmente el fenómeno histórico, que significaba, y significa aún, la existencia y la pervivencia del *carlismo*. También, la razón íntima —en ocasiones autodesconocida, incluso—, de miles de españoles auténticos paradójicamente *enemigos* de algo consubstancial con el ser y la raíz de España: el respeto a la dignidad y a la libertad de cada hombre.

Al producirse la huelga de Pamplona —la más violenta y sostenida de las organizaciones hasta hoy contra la corrupción franquista—, la emigración, en vez de revisar la *españolada*, que es el lugar común sobre Navarra y el tradicionalismo —éste, claro, en su sentido popular—, *salió* de su evidente desconcierto achacando

(Pasa a la pág. 27)

Para el ULTIMO CÁNTICO

ABRIL DE FRESNO

UNA a una las hojas, recortándose nuevas,
Descubren a lo largo del abril de sus ramas
Delicia en creación. ¡Oh fresno, tú me elevas
Hacia la suma realidad, tú la proclamas!

BUENA SUERTE

A través de retornos coléricos de choques,
Barajándose estúpidos los espantos mortales,
Entre filos y filos de un riesgo que es historia,
Convirtiéndose aún la aventura en más alma,
¿Persiste en creación la suerte de un planeta?

¿OCASO?

INTIMA y dúctil, la sombra aguardando aparece
Sobre las piedras y sobre las breñas. Lo oscuro.
Se junta. ¿Fin? El silencio recibe en su alfombra
los sonos menguantes del mundo. Pozo de ocaso,
Nada se pierde. La tierra en su ser profundiza.

CELINDA

SOBRE el ramaje un blanco
Bien erguido. ¿Qué arbusto?
Flor hacia mí. La arranco,
Fatalmente la arranco: soy mi gusto.
Esta flor huele a...
¿A jazmín?

No lo es.

¿A blancura?

Quizá.

Yo recuerdo el ataque de esta casi acidez
Como un sabor aguda.
Un sabor o un olor. Y un nombre fiel. Tal vez...
¡Sí, celinda! Perfecta: en su voz desnuda.

EL MAR EN EL VIENTO

AQUI, por esta calle el viento llega
Como una dicha que precipitara
La entrega
De sus profundidades cara a cara.



Por

Jorge Guillén

¡Efusión de frescura! No sé adónde
Conduce este contacto
Súbito de un azar.
¡Hondo olor! En el acto
Me exige que recuerde, que le ahonde.
—Embriágame, viento, profundizo hasta el mar.

RIACHUELO CON LAVANDERAS

LOS juncos flotan en el riachuelo,
Que los aguza sobre su corriente,
Balanceados como si avanzasen.

No avanzan. Allí están acompañando,
Verdeamarillos hacia el horizonte,
El rumor de una orilla laboriosa.

En la masa del agua ya azulada
Chascan las ropas, de creciente peso
Bajo aquel ya raudal de un vocerío.

¡Oh riachuelo con flotantes grises
Por el verdor en curso que azulándose
También se esfuerza, todavía alegre!

Rasgueos de cepillos, dicharachos,
Ancha sobre algazara la mañana.
Acierta así la orilla, femenina.

¿Se vive arrodillado en las riberas?
Inclinación forzosa de figura. . .
Ese borde está ahí. ¿Tormento el mundo?

Fluvial apenas hacia un oleaje,
Chispeando, sonando, trabajando,
El riachuelo es más: hay más mañana.

QUIERO DORMIR

MÁS fuerte, más claro, más puro,
Seré quien fui.
Venga la dulce invasión del olvido.
Quiero dormir.

¡Si me olvidase de mí, si fuese un árbol
Tranquilo,

Ramas que tienden silencio,
Tronco benigno!

La gran oscuridad ya maternal,
Poco a poco profunda,
Cobije este cuerpo que al alma
—Una pausa— renuncia.

Salga ya del mundo infinito,
De sus accidentes,
Y al final del reposo estrellado
Seré el que amanece.

Abandonándome a la cómplice
Barca
Llegaré por mis ondas y nieblas
Al alba.

No quiero soñar con fantasmas inútiles,
No quiero caverna.
Que el gran espacio sin luna
Me aisle y defienda.

Goce yo así de tanta armonía
Gracias a la ignorancia
De este ser tan seguro que se finge
Su nada.

Noche con su tiniebla, soledad con su paz.
Todo favorece
Mi delicia de anulación
Inminente.

¡Anulación, oh paraíso
Murmurado,
Dormir, dormir y sólo ser
Y muy despacio!

Oscuréceme y bórrame
Santo sueño,
Mientras me guarda y vela bajo su potestad
El firmamento.

Con sus gravitaciones más umbrías,
Reténgame la tierra,
Húndase mi ser en mi ser:
Duerma, duerma.



Dibujos de ELVIRA GASCON



El clericalismo es una enfermedad que sólo conocen los países católicos, y aun, precisando un poco más, que sólo conocen los países católicos en los que no penetró la reforma. En aquellos países en donde los católicos se hallan en minoría, el clericalismo no florece jamás; en aquellos otros donde existe una mayoría católica, o una cuasi-mayoría, pero como compensación, perviven, paralelamente, otras iglesias disidentes, asentadas de antiguo, tras denodadas luchas, tampoco suele prosperar el clericalismo. Las guerras religiosas fueron el precio de esa tolerancia que tanto nos asombra a los españoles cuando cruzamos las fronteras de la Patria. El Tribunal de la Inquisición evitó la guerra civil en España cuando toda Europa se debatía en las luchas de la Reforma, pero retrasó entonces, con un retraso de siglos, la solución

de los problemas esenciales de la conciencia española. Bélgica, país de mayoría católica, tiene una Iglesia tolerante, abierta y liberal. En Francia, en donde los católicos, si no están en mayoría, tienen una importancia superior a la de cualquiera de las demás iglesias en particular, sucede lo mismo. En estos dos países y en otros muchos, como, por ejemplo, en Inglaterra y Norteamérica, el clero es ilustrado y el católico culto y convencido. El cura de *misa y olla*, buen jugador de tute o de tresillo y excelente cazador de codornices, que sólo se distingue del palurdo aldeano por el traje talar, es un producto netamente español. También lo es ese católico que no va a misa y blasfema a diario, y para quien, según afirma un ilustre canonista español, "entre el agua del bautismo y la cruz del cementerio, no existe otro acto religioso". En España se es católico (hablo, naturalmente, en términos absolutamente generales), por tradición o por costumbre, mas no por convencimiento nacido de una profunda deliberación o de una lucha íntima. Pero es que, además, no se puede ser otra cosa, porque no hay opción para ello. Las diferentes iglesias establecidas no representan sino modos distintos de rendir culto a la divinidad. El disidente de cualquiera de ellas, no importa sus motivos, tiene, en los países donde existen diversas confesiones, la posibilidad de seguir reverenciando a Dios, a través de un culto establecido, cuando, por cualquier causa, se ve forzado o inclinado a separarse de la Iglesia a que pertenece. En España no sucede así. Los pastores católicos españoles no cuidan de su grey, a la que consideran bien sujeta por la fuerza de la tradición, como no sea para las manifestaciones del culto externo o para los menesteres administrativos del censo parroquial. Y el español sabe, por otro lado, que cuando riñe con el cura, se precipita en el vacío y se amputa en su alma lo más puro y más fuerte. La opción es ésta, que para muchos hombres es francamente trágica: católico o ateo. El cura, cuando riñe con su feligrés, se venga de él llevándose a Dios, a Cristo y a la Virgen, y con ellos la inmortalidad del alma del disidente. El disidente es un hombre vacío, sonoro a hueco, como el alambor de una campana.

*

La situación de la Iglesia Católica en España —de la Iglesia, por antonomasia— es cada día más difícil y constituye una de las mayores preocupaciones de los hombres que quieren resolver el problema español lo más objetivamente posible, es decir, partiendo de realidades nacionales, sin encerrarse tercamente en ideologías a priori. El hecho de que España sea un país de mayoría católica (aunque se trate de una mayoría católica *a la española*) y el de que, en España, no exista, prácticamente, más religión positiva que la católica, matizan el problema religioso español con un tinte especial de singular importancia. Un demagogo puede encogerse de hombros y decir: "Bien, ¿y qué?: Suprimamos la Iglesia Católica". Pero cualquiera de los hombres de gobierno que contemple el material humano con el que habrá de trabajar, no podrá conformarse con solución tan simple.

Un canonista ilustre, el profesor de la Facultad de Derecho de Sevilla, don Manuel Giménez Fernández, tan conocido por su catolicidad como por su hombría de bien y su decencia política, describe así la situación de hecho de la Iglesia Católica en España en su obra *Instituciones jurídicas en la Iglesia Católica*, publicada entre los años 1940 y 1942:

"I) El espíritu religioso perdura cuantitativamente en la masa del pueblo español, como acertadamente reconocen desde Unamuno al Cardenal Gomá, y demuestra la vida cotidiana de la gran masa rural y pueblerina. Pero hay que reconocer, igualmente, su debilitación cualitativa. Nuestro catolicismo se nutre hace ya años en las reservas que nos legaron nuestros cristianos antepasados, y hace lustros está en España en franca decadencia. Para muchos españoles, entre el agua del bautismo y la cruz del cementerio, no existe otro acto religioso; para otros muchos, exclusivamente la casi vespertina misa dominical; no pocos sólo admiran la liturgia ignorando el dogma y menospreciando la moral: bastantes, en fin, admiten la religión en la familia y la niegan en la política o en la economía. Por otra parte, es lamentable la ignorancia religiosa; se creen compatibles con el catolicismo el odio o prevención contra el clero o el Pontífice, o el olvido de la justicia y de la caridad cristiana, o la vida semipagana en fiestas y porte externo. Urge, pues, el apostolado sacerdotal y laical, la instrucción religiosa y el fomento de la pública moralidad.

"II) El clero secular, ya escaso antes de la guerra última, ha disminuído de modo pavoroso; no abundan las vocaciones ni los medios para mantener decorosamente los seminarios, algunos de los cuales, como el de Comillas, es modelo entre todos los del universo. Por otra parte, las oposiciones a curatos denotan una muy imperfecta preparación; la abundancia de vicarías ecónomas perjudica la labor parroquial; y las formas regalistas de provisión de los beneficios mayores ha merecido censuras generales por sus poco lisonjeros resultados, habiendo contribuído, más que ninguna otra causa, a crear un tipo de iglesia oficial burocratizada, que censuran desde altos dignatarios eclesiásticos hasta pensadores agnósticos, como Ortega y Gasset.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA



"III) Las órdenes y congregaciones religiosas, demasíadamente polarizadas en los centros urbanos, no han logrado una trascendencia efectiva de su labor docente, quizá por no haberseles exigido una más estrecha capacitación de su personal dedicado a la enseñanza."

A esta enumeración añadiremos nosotros la siguiente, que tal vez la prudencia política del señor Giménez Fernández eludió consignar en su libro:

a) La Iglesia Católica, como entidad, ha sido beligerante en la última guerra civil y sigue siendo uno de los principales sostenes del régimen franquista, al cual apoya hasta el extremo de identificarse y confundirse con él. Su posición de beligerante no ha variado, y al perdurar en ella, se constituye en uno de los más firmes obstáculos para llegar a la concordia nacional.

b) Cierta número de católicos practicantes, algún obispo y un número estimable de sacerdotes, sostuvieron y siguen sosteniendo la legalidad republicana, o cuando menos, muestran oposición al régimen despótico existente en España. Estos católicos, que se hallan perseguidos o expatriados, sin protección alguna de la iglesia oficial, y muchas veces perseguidos por ella, podrían ser, tal vez, el puente para establecer relaciones de concordia y respeto. Pero en ausencia de cualquier solución inteligente, puede correrse el riesgo de que lleguen a ser, utilizados con habilidad y al amparo de un cambio de régimen previsible, dada la temporalidad de las cosas humanas, la fuente de una posible disidencia. Pensemos en Hungría y en Checoslovaquia.

c) Dada la imposibilidad de que en España se exterioricen corrientes de opinión, se ignora si la actuación de los altos dignatarios de la Iglesia, perfectamente comprometidos en la aventura franquista, es compartida por la mayoría de los católicos españoles o si responde solamente a criterios individuales. El silencio de la Santa Sede podría prestarse a la interpretación de que el Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia, comparte la responsabilidad de la actuación de sus representantes en España. De todo ello se desprende por el momento, sin perjuicio de rectificar este criterio ante una clara determinación de la Santa Sede, que la Iglesia Católica en España desea ligar sus fines eternos y extratemporales a la persistencia de un régimen político encarnado en un hombre que por esencia es temporal y perecedero.

CÓMO puede encauzarse la solución de este problema? Sin conocer, por signos exteriores, cuál será en el futuro la posición de la Iglesia Católica en España, es muy difícil, por ahora, anticipar por nuestra parte una postura definitiva. Porque la táctica a emplear dependerá fundamentalmente de la solución de estos interrogantes:

1º ¿Abandona la Iglesia la posición beligerante y se decide a colaborar con la mayoría de los españoles en un gran movimiento de concordia nacional? La exteriorización de este propósito requeriría alguna actuación en pro de la paz civil, la condenación de la violencia política, la mitigación del dolor de los perseguidos, el fin de las medidas de excepción y la rehabilitación de los que sufren. Una primera manifestación podría abocarse a la defensa y rehabilitación de cuantos católicos sufren persecuciones por razones políticas.

2º ¿Estima la Iglesia que el régimen franquista no es consubstancial con la vida española y está dispuesta a colaborar con cualquier otro que garantice la libertad civil de todos los españoles?

3º ¿Se compromete a prescindir de toda actuación política, de toda intervención en la vida del Estado, a cambio de gozar de amplia libertad de acción en la vida social y espiritual? Los ejemplos de Francia y México pueden servir de base, y la actuación de Monseñor Martínez, Arzobispo de México, en la política mexicana, puede servir de analogía.

4º ¿Se compromete a remover a todas las autoridades eclesásticas que, por ser hoy la cabeza visible de la Iglesia en España, han identificado, con su actuación, a Franco con la Iglesia y a la Iglesia con Franco? La presencia física de estas personas al frente de la Iglesia en España dificultaría todos los movimientos de concordia.

Por nuestra parte, hemos de reconocer que existen en España, en general, arraigados sentimientos cristianos, que se exteriorizan en la conducta moral, incluso de los no católicos; que existe también una gran masa de católicos, si bien un poco amorfa en su mayoría, y que el español, en general, posee un fondo religioso más o menos agnóstico y una actitud pareja ante la vida, como demuestra, por ejemplo, con su conducta estoica. Privar al español de estas riquezas del

espíritu, significaría amputarle lo más puro y más fuerte de su alma, y crearía en ella una oquedad que, como está ocurriendo, intentaría rellenar con dogmas exotéricos sociales o políticos, que aunque útiles a veces para obtener con ellos ciertas ventajas prácticas, no bastan por sí mismos para llenar con plenitud toda una vida espiritual.

Al confundirse el catolicismo como religión con el catolicismo como bandera política, se ha producido en España el hecho monstruoso de que todo disidente político se haya transformado en un disidente religioso. Y como la conveniencia política de la monarquía tradicional impuso en nuestra Patria un solo credo religioso, el español, políticamente disidente del catolicismo, se vió precipitado en la nada, en el ateísmo o en el indiferentismo, porque carecía de otra Iglesia que pudiera acogerle. España es el país donde el ateísmo tiene más densidad, y los españoles disidentes que andan por el mundo causan asombro en todas las fronteras, porque los empleados de emigración de no importa qué Estados, católicos, protestantes, musulmanes o budistas, no llegan a comprender cómo esa masa de hombres, al preguntarles por su religión, responden con absoluta sencillez: ninguna. Sería necesario dar cursos especiales de Historia de España Contemporánea a todos los aduaneros del mundo para que comprendieran que esa respuesta del español disidente quiere decir, sencillamente, que se ha separado, por motivos políticos, de la Iglesia Católica española.

Si la actitud de la Iglesia Católica correspondiera a la respuesta afirmativa de los interrogantes anteriores, habría la posibilidad de entenderse con ella, ya fuera en una colaboración delimitada, ya en una distinción coordinada. No habría inconveniente, sobre tales supuestos, en aceptar la fórmula del señor Giménez Fernández: "Huir tanto del arcaico regalismo, que quiere poner lo eterno al servicio de lo temporal, como del neopaganismo traspersonalista, subvertidor de valores, que transforma la religión en una fórmula vacía, pragmática y temporal al servicio de valores respetables en el orden humano, pero desnaturalizados y divinizados con monstruosa idolatría".

Si la actitud de la Iglesia fuera distinta, habría que arbitrar otra fórmula que pusiera a cubierto al futuro Estado español de influencias políticas no coordinadas con sus fines y permitiera al mismo tiempo al espíritu religioso políticamente disidente, polarizarse hacia otras formas espirituales de rendir culto a la divinidad. Para ello sería menester prestar ayuda, e incluso protección a las iglesias disidentes. Ya en los comienzos de la República se pensó en ello, pero se abandonó la idea. Ahora sería obligado, ante la negativa reiterada de la Iglesia Católica, reconsiderar aquel propósito.

Recientemente, doscientos sacerdotes de la diócesis de Guipúzcoa, de nueva creación, han dirigido al Obispo de San Sebastián una carta cuyo texto ha circulado clandestinamente por el País Vasco. Nuestros lectores conocen ese texto casi en su totalidad porque se ha publicado en el último número de LAS ESPAÑAS. Yo quiero destacar aquí el siguiente párrafo.

"Se ha repetido tantas veces, con citas de Santo Tomás y de los Pontífices que 'para la práctica de la virtud es indispensable un minimum de bienestar', que finalmente nos hemos familiarizado con esta tesis. Pero en el comentario, el minimum de bienestar parece haberse reducido a un minimum de calorías, de metros cúbicos de aire o de metros cuadrados de superficie. ¿No hay también un minimum de espacio para el pensamiento, un minimum de temas para el estudio y la discusión racional, oral y escrita, un minimum de libertad, en resumen, del cual no puede privarse al ciudadano sin merma de su dignidad de persona honrada? En España, donde los ciudadanos no pueden reunirse, ni hablar, ni elegir, ni aun pensar sin control policíaco —incluso las intenciones son investigadas y perseguidas—, ¿no faltará este minimum necesario para la virtud? Y del mismo modo, ¿cuántas pastorales y cuántos sermones se han ocupado de este tema? ¿Por qué el magisterio eclesástico, que sigue incluyendo los derechos del hombre con los de libre sindicación y libre información, continúa mudo en España frente al Sindicato Unico y la más rígida censura estatal de la prensa?"

Si esas voces católicas anónimas que han circulado por el País Vasco, tuvieran el positivo y declarado apoyo del Vaticano, podría empezarse a pensar en la posibilidad de resolver el problema religioso español con una fórmula distinta de la empleada por la República y diferente, al mismo tiempo, de la que puso en práctica la monarquía de la Restauración.

El patriotismo, fuerza cuya persistencia y eficacia está bien probada en la historia y en la vida, produce con frecuencia el fenómeno de exaltación que hace del propio país solar de todas las virtudes. El hombre en el cual aquella condición formó temperamento, si contempla a su patria sumida en el desastre, se inclina fácilmente a volver la vista al pasado glorioso de la tierra que le vió nacer y de la raza que nutre sus venas; y si su alma no vive animada de sentido progresivo, llega por esos senderos a alimentar la especie de que todo tiempo pasado fué mejor.

El mundo marcha, por mucho que los hombres hagamos para detenerlo; y va a mejor, aunque a veces momentos de dolor o de privación nos hagan aparecer lo contrario. Mas, es discreto hacer en el avance momentos de pausa y volver en ellos la vista atrás. El progreso, solo, podría desbocarnos. El culto de la tradición, como ley de vida, secaría nuestra existencia. Hacer compatible el sentido progresivo de nuestro signo y la serena contemplación de nuestro pasado, permite afirmar cada día un carácter, dotándolo de condiciones de acierto en la elección de los caminos del futuro.

Hace veinte siglos fué predicada por Jesús de Nazaret una religión revolucionaria. Frente a las clases conservadoras, que explotaban el capital humano mediante el régimen de la esclavitud, fué afirmada la igualdad de todos los hombres y su derecho a los bienes del cielo y de la tierra. A la fuerza, constituida en sistema, se opuso la fraternidad, fundada en el amor y opuesta a la violencia y al despojo. "No robarás": dijo a los hombres el Decálogo. Y sobre ese principio comenzó a erigirse la nueva civilización. Los hombres supieron que robar al prójimo es pecado, y convirtieron en ley jurídica el precepto moral. Mas ha sido preciso el lapso de muchos siglos para que los hombres hayan aprendido a leer el Decálogo. Porque, éste no prohíbe tan sólo el despojo individual, sino que condena de igual manera el colectivo. Los pueblos, conjunto de hombres, tienen derecho a gozar y disfrutar de sus tierras, a cultivar su propio idioma, a forjar cada cual una cultura peculiar basada en su singular temperamento, a conservar su libertad política y a producir instituciones que permitan su desenvolvimiento.

Quien respeta el erario privado de su vecino, pero se concierta con él para desvalijar a los vecinos del poblado cercano, falta a la ley de Dios. Y si además de privar a los despojados de sus bienes materiales, les impone un idioma, los somete a instituciones ajenas y les oprime el alma, reduciéndoles a esclavitud política, el pecado es aún mayor. Así habló Francisco de Vitoria al emperador Carlos V, en defensa de los pueblos indígenas del Hemisferio Occidental. Mas, los países dominantes en el mundo, han tardado mucho en reducir a ley aquella doctrina, y aun no la practican adecuadamente.

El Pacto de Kellog concertó los Estados para que renunciaran al derecho de conquista y a la guerra como instrumento de política nacional, concepto que fué llevado, para honor de la República Española, al articulado de su Constitución. El respeto que ese principio haya merecido, hasta la fecha, está bien reflejado en la situación actual de aquella Ley fundamental, desconocida y hollada por un régimen de fuerza y de arbitrio, que las naciones reconocen y con el cual comercian.



EL "ARBO MALATO" DE LOS VASCOS

Por

MANUEL DE IRUJO



La tradición del "Arbol Malato" de los vascos significa precisamente, el reconocimiento de la facultad que asiste a todos los pueblos a su libre desenvolvimiento, y la negación del derecho de conquista de un pueblo sobre otro. Entraña el mérito de su expresión en las edades más negras de la historia. El pueblo vasco, tal vez el más antiguo de Europa, con su idioma elaborado en las forjas de la edad de piedra, es no obstante uno de los grupos humanos más pequeños del continente. Quizá la explicación racional de este hecho la dé el Arbol Malato.

Rodeados por los indoeuropeos, los vascos se vieron forzados a defenderse. El afán de conquista era la ley de los arios. Cuando los guerreros vascos recobraban el territorio ocupado por el invasor, llegaban a su límite. En este límite se encontraba el Arbol Malato. En su tronco, los vascos clavaban sus armas, en señal de respeto a la tierra de sus vecinos. La guerra era lícita para defenderse. Mas, ni aunque fueran victoriosos, les era lícito ocupar el territorio de sus enemigos, reducirlos a servidumbre ni hacer botín de su peculio. La moral vasca, como la moral cristiana, negaba el derecho de conquista.

Refiere Garibay en su Compendio Historial de España cómo Sancho VI el Sabio, de Navarra, al reconquistar Rioja y Bureba en 1,160, llegó a Atapuerca, 19 kilómetros de Burgos, límite de la tierra de habla vasca, victorioso sobre las tropas de Castilla. El y sus guerreros, clavando sus armas en el tronco de un árbol, repitieron la frase: "Hasta aquí es nuestro reino", pronunciada por el soberano. Vencedor a la sazón, pudo aprovechar aquella situación para imponer su ley a Castilla. Mas, se lo impedía el mítico árbol legendario, lo

que es lo mismo, el principio moral de la ancestral tradición vasca, que negando al vencedor derecho de conquista sobre el vencido, aseguraba a éste su libertad, como ley inviolable inherente a la humana naturaleza, como un "derecho del hombre" que decimos hoy. El nombre de "Arbol Malato", como límite territorial está recogido en la ley quinta, título primero del Fuero de Vizcaya. Lleva el nombre de "Malato" la montaña que traza la divisoria de aguas de los ríos Tigris y Eufrates, en tierra hoy de la Turquía, sobre el solar donde crecieron los precursores de nuestra civilización occidental.

Los pueblos de la antigüedad tomaron árboles, ríos y tierras como base de sus dominios. Los germanos y eslavos vivían rodeados del bosque limítrofe. Los suevos de César creaban un desierto alrededor de su territorio. Las tribus iroquesas estaban separadas por fajas de zona neutral o tierra de nadie. Mas, ninguno de esos pueblos une a la materialidad de sus bosques o tierras de separación, la ética del Pacto Kellog, que es lo que caracteriza a la institución vasca, al afirmar, con el límite físico del territorio, la renuncia al derecho de conquista, fundamento el más sólido de la ley internacional y de la paz. Los árboles eran para aquéllos, trincheras de guerra, mientras que para los vascos el Arbol Malato era garantía de paz. No es por ello una casualidad histórica el que, de la raza de los vascos, surgiera un día Francisco de Vitoria para sentar las bases de la ley internacional, oponiendo la moral al imperio y afirmando el derecho de los pueblos a vivir en su territorio y a disfrutar de la libertad y de la soberanía compatibles con la humana civilización.

En el juego de la violencia, que es el que ha hecho la historia, quien vive a la defensiva pierde. Esta es la causa, la explicación racional, de que, no obstante ser el pueblo vasco uno de los más antiguos, tal vez el más antiguo de Europa, sin embargo aparezca reducido a la proporción en que, a partir de la época histórica, la contemplamos. Cuando los indoeuropeos en su avance triunfaban sobre los vascos, el Arbol Malato sufría un trasplante forzoso. Si en la batalla la suerte era de los vascos, éstos no pasaban del Arbol Malato. Tales normas, aplicadas al correr de los siglos, tenían necesariamente que producir como consecuencia la reducción de su territorio. Así se comprende el que, no obstante la fortaleza racial del pueblo vasco, fortaleza que es trazo de su historia y realidad evidente de la hora actual, sean las tribus indoeuropeas las que han trazado el mapa político de Europa. La consideración de esta realidad histórica ha arrancado a Houston Stewart Chamberlain la aguda observación y humorista comentario que presenta a Ignacio de Loyola como el campeón del antigermanismo, creación del genio de la raza vasca para luchar contra la heterodoxia aria del cristianismo. La extraña raza vasca —dice aquél—, cazada, expulsada, acorralada por los indoeuropeos en su avance, quiso vengarse por medio de Ignacio de Loyola de sus perseguidores.

La existencia misma del pueblo vasco y de su milenarismo idioma, va unida a la tradición del Arbol Malato. Esta significa la afirmación recia y nítida del derecho de los pueblos a su vida propia y la negación de la fuerza, de la violencia y de la conquista como elementos constitutivos de aquel derecho.



LABOR DEL ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO

A continuación damos un resumen de las principales actividades culturales desarrolladas por esta entidad durante el año 1950.

Sección de Artes plásticas.—Celebró exposiciones de Mege, José Frau, Cristobal Ruiz, Ramón Gaya y Salvador Bartolozzi. Esta última después de fallecido el artista y como homenaje a su memoria; y durante ella hablaron sobre Bartolozzi Antonio Robles, Alvaro Custodio y Ernesto Guasp.

Dos conferencias sobre Manuel Tolsá, por los señores Juan Estellés y Francisco de la Maza.

Conferencia sobre "La obra pictórica del Greco en relación con los supuestos defectos visuales del artista", por el Dr. Manuel Márquez.

Exposición de 70 obras de diferentes artistas mejicanos, españoles y extranjeros, donadas para ser rifadas en beneficio del Ateneo.

Sección de Ciencias médicas y biológicas.—Conferencias de los doctores: Clemente Carrillo (sobre Brucelosis); Roberto Silva Goytia (sobre Antígenos); Dionisio Nieto y Roberto Escribano (Parálisis infantil); Alberto Folch y Pi (Reumatismo crónico); Arturo Cortés Ortiz (Ginecología); Carlos Parés (Circulación renal); Federico Pascual del Roncal (Medicina psicomática); Luis Gerez Maza (Cirugía gastroduodenal); José Torre Blanco (Concepto biológico de la menstruación); Germán Somolinos (el factor Rh).

Un curso de seis conferencias sobre Geriatria con la participación de los doctores: Roig, D'Harcourt, Costero, Puche, Bejarano y Pascual del Roncal.

Sección de Filosofía, Historia y Economía.—Tres conferencias sobre Descartes por los doctores: Eduardo Nicol, Nabor Carrillo y José Gaos.

Cuatro conferencias sobre economía y finanzas españolas: dos por el señor Gordón Ordás., una por el señor Sánchez Sarto y otra por el señor Lagunilla Iñarritu.

Una conferencia sobre "Los seguros en España" por don Francisco Morlesin.

Dos conferencias de don Santiago Hernández Ruiz con el título "La Historia de España y otras historias". Otras sobre el general San Martín por don Pedro González Blanco.

Cuatro conferencias sobre las tendencias políticas europeas, por el señor Ertze Garamendi. Otra sobre la situación actual en Inglaterra, por el señor Ramos Oliveira.

"Una gran obra de la República española. Cinco años de labor de las Misiones pedagógicas". Conferencia de don Germán Somolinos, con proyecciones.

El Ateneo organizó una serie de sesiones públicas para examinar y discutir varios problemas de importancia fundamental para la República española. Cada tema fué presentado en una conferencia y discutido en la misma u otras sesiones por varios compatriotas. Los temas examinados fueron:

"La República española de 1873", presentado por don Antonio María Sbert.

"Voluntad, azar y destino en la vida de la República española", por don José Puche Alvarez.

"El problema religioso en España", por don Mariano Granados.

"El movimiento obrero, fuerza y debilidad de la República", por don César Rodríguez González.

"La posesión de la tierra y el porvenir económico de España", por don José Luis de la Loma.

"Los problemas nacionales e internacionales de la economía española", por don Manuel Sánchez Sarte.

"Cultura, educación y política", por don Arturo Sáenz de la Calzada.

Sección de Literatura.—Homenaje a Balzac con motivo del centenario de su muerte, con dos conferencias de los señores Halpern y Sánchez de Ocaña.

"La generación del 98". Conferencia de Florentino Torner.

"Autobiografías y memorias". Conferencia de Isidoro Enriquez Calleja.

"Don Miguel de Unamuno, español en angustia militante". Conferencia de Luis A. Santullano.

"Pío Baroja". Tres conferencias de Francisco Pina.

"La novela española en la primera mitad del siglo XX". Conferencia de Antonio Espina.

Lectura de obras en prosa, por su autor Roberto Ruiz.

"El trabajo y el juego visto en los españoles de México". Conferencia de Luis A. Santullano.

"Llamadme publicano". Lectura de poesías y comentarios por su autor, León Felipe.

El dolor, la angustia y la esperanza en la nueva generación poética española". Conferencia de Manuel Bonilla Baggetto.

"Biografía del folletín". Conferencia de Ceferino Palencia.

"Unos hombres". Lectura de algunos capítulos de este libro por su autor, S. Otalola. Presentación de Francisco Rivero Gil.

"La poesía singular de Juan José Domenchina". Lectura y comentarios por Manuel Andújar.

"Vida y muerte de Alonso Quijano". Conferencia de Jorge Guillén.

"El papel social de la literatura". Conferencia de José Ramón Arana.

Continuación del ciclo "Viaje por España", con las siguientes conferencias: "Málaga en el estudio", por José Moreno Villa; "Toledo, relicario de España", por Juana Ontañón; "Evocación del campo andaluz", por Adolfo Vázquez Humasqué; "Extremadura", por Manuel del Castillo; "La ruta del Arcipreste de Hita por la Sierra de Guadarrama", por Constanco Bernaldo de Quirós.

Ciclo de recitales de poetisas mejicanas contemporáneas, en el que dieron a conocer parte de su obra: Margarita Michelena —que dirigió el ciclo—, Margarita Paz Paredes, Aurora Reyes, Emma Godoy, Dolores Castro, Rosario Castellanos y Josette Simó.

Sección de Teatro y Cine.—Conferencias de los escritores mejicanos Armando María de Campos y Rodolfo Usigli.

Lectura del drama "En España vuelve a amanecer", por su autor Ceferino R. Avecilla.

Conferencia sobre Charlie Chaplin, por Francisco Pina.

Representaciones de teatro quignol y exhibición de varias películas.

Sección de Música y Radio.—"Cien años después de Chopin". Conferencia de don Gustavo Pittaluga, con ilustraciones musicales.

"Noticiero musical español del siglo XVI". Conferencia de don Domingo José Samperio, ilustrada con discos.

"Juan Sebastián Bach y su obra". Conferencia de don Adolfo Salazar, ilustrada con discos.

Concierto del cuarteto Manuel M. Ponce; y recital de danza española, por María Alba.

Conferenciantes hispanoamericanos.—Ocuparon también la tribuna del Ateneo en otras tantas conferencias: el doctor Andrés Eloy Blanco y el escritor Mariano Picón Salas, venezolanos; el Prof. Vicente Sáenz, de Costa Rica; el escritor Valentín Tejeda, de Santo Domingo y el crítico y pintor peruano Felipe Cossío del Pomar.

Asamblea general del Ateneo español de México.—El día 25 de enero se celebró la Asamblea Ordinaria del Ateneo Español de México. Después de aprobada la Memoria presentada por la Junta Directiva sobre las actividades de la entidad en 1950, se procedió a la renovación de dicha Junta que quedó constituida en la siguiente forma: Presidente, Dr. Joaquín D'Harcourt; Vice-Presidente, Don Ceferino Palencia; Secretario General, Ing. José Luis de la Loma; Vice-Secretario, Ing. José Puche Planás; Tesorero, Don Tomás González Ballesta; Contador Don Ernesto Navarro Márquez; Bibliotecario, Don Mariano Granados; Sec. de Artes Plásticas, Don Antonio Rodríguez Luna; Sec. de Ciencias Físicas, Arq. Arturo S. de la Calzada; Sec. de Ciencias Morales y Políticas, Dr. Eduardo Nicol; Sec. de Literatura, Don Daniel Tapia Bolívar; Sec. de Teatro y Cinematografía, Dr. Germán Somolinos; Sec. de Ciencias Médicas y Biológicas, Dr. José Torreblanco; Sec. de Música y Radio, Don Domingo J. Samperio.

Las actividades culturales del Ateneo en el año de 1951 se iniciaron el jueves 1º de febrero, con una conferencia del ilustre literato Don Jorge Guillén, ex-Catedrático de la Universidad de Sevilla y actualmente profesor del Wellesley College de Estados Unidos, sobre el tema: "Sensación y recuerdo en la obra de Gabriel Miró".

DON RAFAEL ALTAMIRA HA MUERTO

En el momento de cerrar este número nos llega la noticia de la muerte de nuestro ilustre colaborador, Don Rafael Altamira, una de las figuras más nobles y más representativas de España. Su vida fué un ejemplo de trabajo y de fe en los destinos del hombre, una constante afirmación frente a las corrientes negadoras de los valores morales. Como Don Manuel de Falla, abandonó la patria porque no podía respirar el aire podrido del franquismo, lleno de asco y de vergüenza por la indignidad y el crimen de los detentadores del Poder. En nuestro próximo número comentaremos como es debido la vida y la obra de este gran español caído en el destierro. LAS ESPAÑAS rinde su más sentido homenaje a la ilustre figura desaparecida.

EL ARTE EN LA EMIGRACION

ELEUTERIO BLASCO FERRER

DE entre los muchos pecados irredimibles del franquismo —y, de aparte por supuesto, los crímenes de su vesania— ninguno de tan terrible prolongación, en el porvenir de España, como ese desarraigo forzoso de sus valores creadores. Esa obligada búsqueda de solera, de aquellos en quienes la obra de creación es, ante todo y por sobre todo, obediencia lógica a sus propias fuentes.

Desperdigados por la faz de este mundo, que sólo en escasos rincones excepcionalmente hospitalarios les es realmente acogedor, los intelectuales y artistas de la verdadera España procuran, desde más de dos lustros ya, mantenerse fieles a la que sigue siendo su misión más allá de todo convencionalismo de fronteras y regímenes. Para unos pocos, la prosecución de la labor voluntariamente aceptada como proyección visible de su destino, es relativamente fácil, en ambientes más o menos fundidos, a lo largo de su evolución espiritual, con la esencia de la cultura hispana; para los más, esta labor de creación de formas, o definición de ideas, antes que nada es tarea, improba tarea, de volver, día a día, a encontrarse a sí mismos, dentro de un medio hostil o, cuando menos, ajeno en absoluto a las reacciones de su sensibilidad. Inútil decir en qué categoría conviene situar al artista cuya inspiración hubo de cuajarse tras las alambradas de un campo de concentración, en tierra doblemente extranjera: por ser extraña a la Patria, y por haber sido, antes, tierra amiga y afín.

Y, sin embargo, el milagro se produce y, con tal fuerza espontánea, que deja de ser milagro, y parece efecto natural.

Tal, verbi gracia, el de este Eleuterio Blasco Ferrer, cuya primera exposición, en el París todavía enemigo, fué con nombre prestado: imposible se supiera que uno de los ex hombres de un campo de concentración tenía una calidad humana tan alta, que no había alambradas, ni hambres, ni palizas, que le impedirían lanzar, por encima de su encierro, el mensaje de una obra de libertad!

Pero esta historia de un mozo aragonés, hijo de humildísimos alfareros, decidido, tan pronto tuvo uso de razón, a dar cuerpo a algo superior a los cántaros que había de ayudar a hacer y vender junto a los suyos, y, tras la huida hacia Barcelona, y la entrada en su Escuela de Bellas Artes, conociendo sus primeros éxitos, que la guerra convirtió en necesidad de empuñar el fusil; esta historia de Eleuterio Blasco Ferrer, no sería extraordinaria entre otras muchas, si no acusara, en cada una de sus eta-



Arriba: *Cabeza de Cristo* (hierro)

Abajo: *Muchacha con pájaro*



Por MARGARITA NELKEN

pas, los perfiles, fuera de lo ordinario, del numen creador. Y —ya queda apuntado— con tamaña energía, que las primeras obras merecedoras de la atención de la crítica, fueron producidas, a la chita callando, detrás de un barracón "guardado" por alambre de púas, y ametralladoras de guardias vichystas.

Por fin, Francia tornó a ser Francia, y la ruta de París quedó expedita para todos los artistas que, por todos los continentes, seguían aspirando, como a su única meta deseable, al incomparable crisol y trampolín de la Ciudad-Luz. Para Blasco Ferrer, el brinco había de ser más corto que para los que venían de lejos. En lo físico, y en lo moral: que ya era posible descubrir al anónimo pintor y escultor de los días negros. Una exposición en la Galería Bosc, casi inmediata a la liberación, tuvo caracteres de acontecimiento: el antiguo alfarero trashumante de las aldeas ara-

gonesas, de la noche a la mañana se vió trasladado, del campo de sus miserias, a las facilidades de un triunfo resonante en la capital de mayores resonancias del orbe.

Escultor y pintor y él mismo no sabría decir qué puede más en su voluntad creadora, si el afán de plasmar en volúmenes tangibles las formas que le llegan de aquel pasado del que no quiere apartarse, o el de trasponer cromáticamente las que impresionan su retina. Su pintura, desde luego, es más francesa que su escultura: flores luminosas; figuras femeninas, de actitudes pausadas y colorido claro: cierto que nos hablan de Sunyer, el de los horizontes mediterráneos, pero también de influencias postimpresionistas, y de devoción a algunos de los maestros más destacados de la llamada "Escuela de París". En cambio, sus esculturas —las más en hierro— sobrecogen por un dramatismo directamente "evolu-

cionado" de esa tragedia máxima del español, que consiste en tomar la vida en trágico. Pertenecen por entero al acervo artístico y espiritual de la España de los "Pasos" vallisoleitanos. Y también, y a la vista está, a la España madurada en las miserias del más inhumano de los exilios.

Hoy, el nombre de Eleuterio Blasco Ferrer es uno de los más estimados en la vida artística parisina. De la aceptación creciente de que gozan sus obras, despréndese que, para el artista, el camino se presenta llano y placentero. Ahora bien: ¿quién podrá nunca decir del esfuerzo sobrehumano, obra tras obra repetido, para sacar a luz esas raíces, sin las cuales el pintor y escultor, nacido entre el Pirineo y la Punta de Tarifa, carecería de savia, y que una traición sin parangón en la historia de las traiciones —(y de las complacencias con las traiciones)— ha creído poder cercenar de cuajo?



Una
extraordinaria
realización
cinematográfica
de
Luis Buñuel

Luis Buñuel, director cinematográfico de prestigio internacional realizó el pasado año en México una de las películas más audaces y discutidas en los últimos tiempos. "Los olvidados" —tal es el título de la cinta— es una de esas obras que, por su asunto y por la manera de tratarlo, se hallan muy lejos del término medio y provocan en los espectadores una admiración espontánea y firme o una cólera explosiva. Pero, como es sabido, ese suele ser el destino de todo lo que se hace en arte con un propósito de selección. No es que Buñuel haya realizado, ni mucho menos, una película para minorías; pero la índole misma del argumento y la extremada sinceridad y valentía con que está desarrollado, son factores que determinan siempre el desinterés y la apatía del "gran público", acostumbrado por los productores "taquilleros" a manjares de asimilación más fácil.

Con su película siempre vigorosa —y a ratos impresionante— Buñuel ha arrojado una piedra en el charco de aguas muertas que es la producción cinematográfica al uso, demostrando al mismo tiempo que su fama de cineasta inquieto y experto está bien fundada. En "Los olvidados" pueden admirarse muchos momen-

tos en que campean las muestras más refinadas y eficaces del mejor cine mudo, en el que se desdeña justamente el diálogo abundante y vacío para dar una preferencia absoluta a los valores auténticos del séptimo arte: la belleza plástica y la fuerza expresiva de la pantomima. Esto se demuestra en momentos como el del sueño y ese otro en que vemos, a través de los cristales de un escaparate, cómo es abordado el joven protagonista por un pederasta.

La maestría de Buñuel como director se revela también en el manejo del material humano puesto a su disposición: esos muchachos que prota-

gonizan "Los olvidados", careciendo de experiencia —aunque no de dotes naturales— actúan de manera más convincente que algunos actores con muchas "tablas" y largos años de oficio. Ello se debe en parte considerable a la mano del director.

La película de Buñuel ha sido muy comentada y discutida en cafés y peñas donde se reúne gente aficionada al cine; pero la verdad es que la crítica se ha mostrado unánime en el elogio. El notable y temido crítico Vicente Vila escribió a propósito de "Los olvidados" una de las crónicas más interesantes y justas entre todas las publicadas a raíz del estreno.

En una reciente reunión de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas se acordó que "Los olvidados", con otras dos películas, fuese candidato al Ariel que la Academia concede a la mejor cinta del año. Hasta ahora, también algunos críticos han expresado su opinión de que el Ariel debe concederse al dinámico cineasta aragonés.

Buñuel acaba de obtener un éxito resonante en el Concurso Cinematográfico Internacional de Cannes, donde "Los olvidados", en reñida competencia con los mejores directores del mundo, alcanzó el premio concedido a la mejor dirección.

PASTORAL

Por RAMON SENDER

I

NOS hemos encontrado en el vacío
huerto donde florece la olivera;
se oyen en la azude resbalar el río
y retozar el potro por la glera:

en la oreja, cerezas del estío
y en los labios una espiga dorada,
frutos pares en tu rama delgada
y el ave azul en el cerezo mio.

Me ofreces las olivas de tu cesta,
templada la abeja el aire de la siesta,
seguimos contemplándonos los dos,
gime el resol de mieses caldeado
y mientras germinando va el pecado
trabaja el tiempo en el telar de Dios.

II

MIS voces y la tuya soñolienta
se abren al sol de las aves recientes,
blancas de yeso y nieve en las silentes
horas primas de la alba de menta.

Languidecen antes del mediodía
amarillas como el lirio silvestre
y van enrojeciendo con la agreste
brama de los venados en la umbría:

al caer de la tarde nuestras voces
verdinegras en silencios atroces
se deslien bajo la luna llena

y en la noche convocadas del frío
son rumores que como los del río
blandamente la brisa desordena.

III

DANDO con ala oscura al aire incierto
el mensaje de las nieves pasadas
el domo del ocaso, aun abierto
van entornando en comba las becasas.

Bajo el rosal se esparcen las pequeñas
uñas del ángel de la guarda muerto,
grillos cantando en las nevadas greñas
el señor del crepúsculo va al huerto.

Velan mochuelos verdes sobre el plinto
de piedra en el piadoso laberinto
de las maternas ruinas sepulcrales
y en la tormenta malva, mayoresales
de la lluvia proclaman nazareno
el tembloroso aliento del centeno.



NOTICIAS

En breve aparecerá "Charles Chaplin", obra de nuestro querido amigo y redactor de "LAS ESPAÑAS", Francisco Pina. "Temas de Nueva York y el Suplemento Literario de "Novedades" han publicado capítulos de esta magnífica biografía.

★

José Herrera Petere acaba de publicar en Francia "Arbol sin tierra". La nueva obra ha merecido elogios unánimes de la crítica y excelente acogida del público francés. Claude Roy dice refiriéndose a ella: "Es la revelación de una nueva voz de esa España que, a pesar de Franco, llevamos siempre en nuestro corazón".

★

Nuestro amigo Manuel Andújar, ya repuesto de la grave enfermedad sufrida, prepara la aparición de su novela "Un Hombre llamado Lázaro".

★

En breve aparecerán en la "Colección Aquelarre", "Mi Soledad y yo", poemas de Carmen Alcázar; "La Espiga y el Racimo", novela por Perulita Brook y "Veturian", drama de la actualidad española, por José Ramón Arana.

★

Con motivo del triunfo que obtuvo en Cannes con su película "Los olvidados", nuestro compatriota Luis Buñuel ha sido objeto de varios homenajes en la Ciudad de México. El primero fué una cena que reunió a su alrededor a más de cien amigos, la mayoría españoles republicanos; otra comida, entre cuya numerosa concurrencia se contaban las figuras más destacadas del cine mexicano, le fué ofrecida por los directores de cine de México; por último, el Ateneo español de México, del cual es socio fundador Buñuel, celebró un acto en honor suyo.

★

Acaba de aparecer una nueva revista literaria: "SEGREL", editada por un grupo de jóvenes españoles en el destierro. Publica en el primer número los siguientes trabajos: "Dos cartas de Tiburcio Esquirra", por José Alberto Gironella; "Tres canciones de vela", por Luis Rius; "El libro de los Tres Reyes de Oriente", (Anónimo del siglo XIII); "El Candil" (cuento) y "Las Canciones de Vela de Luis Rius", por Arturo Souto Alabarce; "La lírica pictórica de José Alberto Gironella", por Alfredo Feijoo. Dibujos de Arturo Souto.

"LAS ESPAÑAS" saluda cordialmente la aparición de "SEGREL".



LUIS CARRETERO Y NIEVA



HAY hombres serenos y sencillos, de limpia y constante pasión española, que no figuran en los primeros planos de nuestra historia si bien contribuyen generosamente a forjarla con bíblico gesto de sembrador. Su propio estilo moral, su reciedumbre ideológica y su savia popular los distancian de las verbenas políticas, los hacen incompatibles con las pugnas deprimentes de las ambiciones rastreras, con el estruendo —mucho humo y pocas nueces— de los choques banderizos. En tales ambientes su presencia sería un error o un anacronismo, la negación de su típica naturaleza.

Sin embargo, y quizá por ello, ¡cuán hondamente captan las palpitaciones sociales, cómo sienten el fluir henchido de la tradición verdadera, con qué afán creador sueñan el futuro luminoso, esparcen la palabra digna y viril, buscan y perfilan, tallan y pulen el sagrado anhelo de la justicia! Meditación rigurosa, libros amigos donde el pasado que otros enturbiaron se revela, peregrinar alerta a través del paisaje y de los idiomas en que espejea conversaciones, recuerdos y esperanzas delinean su personalidad, que cuando se ve forzada al público servicio lo hace con un ademán modesto, de íntimo señorío.

Luis Carretero y Nieva, fallecido en Veracruz el 25 de septiembre de 1950; a los 72 años de su fecunda existencia, pertenece a este linaje espiritual de claros varones de Castilla. Segoviano de nacimiento, de familia arraigada durante varias generaciones en la ciudad comunera, estudia Ciencias en la Universidad de Zaragoza y la carrera de Ingeniero industrial en la Escuela de Barcelona. Ejerce su profesión en empleos del Estado y en la industria particular. Es profesor en la Escuela Central de Ingenieros industriales; desde 1932, se le reconoce la máxima categoría oficial en su carrera: Consejero de Industria del Cuerpo de Ingenieros industriales. Desempeñó también funciones asesoras en las Minas de Almadén. Residió en Lugo, Logroño, Jaén, Murcia, Burgos, León y Madrid.

Luego, la salida de España al término de la guerra civil, la llegada a México. Larga estancia en Veracruz —a partir de 1945— cuya Academia de Ciencias, de la que era miembro, le concedió las Palmas Académicas por el mejor trabajo presentado en 1948. Antes había escrito estudios acerca de las industrias siderúrgica, cerámica y papelería.

Hasta aquí, la reseña, forzosamente breve, de una destacada actuación profesional, el dato —inestimable para un biógrafo— de su aptitud técnica y la huella psicológica que determina el manejo de realidades constructivas y el criterio metódico y serio que entraña.

Aunque no sea lícito establecer una relación absoluta de causa a efecto, de lo innato a lo evolucionado y condicionado, en Luis Carretero y Nieva pueden apreciarse dos influencias —racionales y emotivas— que persistirán en su obra, de singularísima manera en su ensayo de más enjundia y trascendencia: "Las nacionalidades españolas". Son los tiempos de niño y adolescente en Segovia, que le despiertan insaciable curiosidad por la significación castiza e igualitaria de las Comunidades castellanas; es su época juvenil en Barcelona, su incorporación al republicanismo federal, el contacto con Luis Companys, el inolvidable Francisco Layret y otros estudiantes que posteriormente adquirirán relieve en la política nacional. Del centro

a la periferia —y no aducimos sólo una acepción geográfica— se produjo en él la indeleble simbiosis.

No fué nunca inclinado a la cultura libresco y académica —a pesar de su afición por la lectura de la historia—, sino que, impulsado por insólita curiosidad humana e intelectual, solía hablar con todos y de todo. Se dirigía a los labradores, comerciantes, obreros, pescadores, sacerdotes, profesores, aristócratas. Según se terciara, se expresaba en catalán con los catalanes, en gallego con los gallegos e incluso, con los vascos, en rudimentos de vascuence. Sus ideas eran, principalmente, fruto de estas comunicaciones, de la observación directa, de numerosos viajes, por la Península —varias provincias las había recorrido a pie, pueblo por pueblo— y por Europa. Conocía el francés, el inglés, el alemán y el ruso —este último lo aprendió para leer en la lengua original los planes quinquenales. Sus virtudes de carácter —desprendimiento y rectitud, cordialidad y comprensión, hostilidad a cualquier dogmatismo— le conquistaron múltiples simpatías, le permitieron calar a fondo en los problemas y en los seres.

Su concepción democrática y federal de España, de las Españas, es el motivo de sus estudios sobre "La cuestión regional de Castilla la Vieja" y "Las comunidades castellanas, su historia y estado actual", publicados en nuestro país.

El destierro no apagó sus bríos, le infundió mayor firmeza. A solicitud de un grupo de vascos lee tres conferencias —en 1943— con el título "Panorama de las nacionalidades españolas", y para un auditorio de catalanes explica el tema "El rescate de Castilla", que forman la base de su ensayo "Las nacionalidades españolas" —Suplemento No. 2 de "Las Españas"—, que se agota a las pocas semanas de su aparición y promueve excepcional interés en los sectores más sensibles de los emigrados. (Nuestro compañero Anselmo Carretero prepara una segunda edición, anotada y ampliada, para la que ha prometido un prólogo nuestro distinguido colaborador Don Pedro Bosch Gimpera).

Es inexcusable subrayar que "Las nacionalidades españolas" —su autor no pudo ordenar y refundir personalmente el material de que disponía, por motivos de salud, y encargó de esta labor a su hijo Anselmo, sin que ello fuera óbice para que revisara concienzudamente el manuscrito— constituye una de las aportaciones más valiosas al planteamiento de este gran problema constitucional, todavía tarado, en ciertas sensibilidades, de resquemores y prejuicios. Gira en torno a la substancia democrática y federal de Castilla —en su temperamento civil y en sus instituciones políticas, en su literatura y en sus modos económicos, en su derecho— y rompe lanzas contra una mixtificación histórica de pernicioso resultado, emanación de las castas privilegiadas y extranjeras, que arranca de los elementos godos de la Reconquista. Bajo este prisma se esboza la tarea de integración nacional —o supernacional—, que no excluye peculiaridad alguna, pues necesita tal riqueza de rasgos para obtener la dinámica armonía sin la cual nada ha de lograrse.

Luis Carretero y Nieva renace —hora tras hora del exilio— en esta visión del porvenir español, a la que consagrara, con noble tenacidad segoviana, una vida ejemplar, en sabiduría y amor, en lúcido patriotismo.—M. A.

MUY IMPORTANTE:

A PARTIR DE ESTE NUMERO, TODA LA CORRESPONDENCIA DEBE DIRIGIRSE A "LAS ESPAÑAS". BUCARELI, 12 DESP. 101 MEXICO, D. F.

RAMON GAYA

Si bien los lienzos de Gaya no presentan más que cosas inanimadas, sería preciso hablar de "naturaleza ardiente" más bien que de "naturaleza muerta" o "tranquila", como es de usanza hacerlo para este género de composiciones.

Gracias a su don creador de gran maestro, el pintor infunde a los objetos una vida espiritual de intensidad impresionante, situándolos, de inmediato, entre los seres vivos.

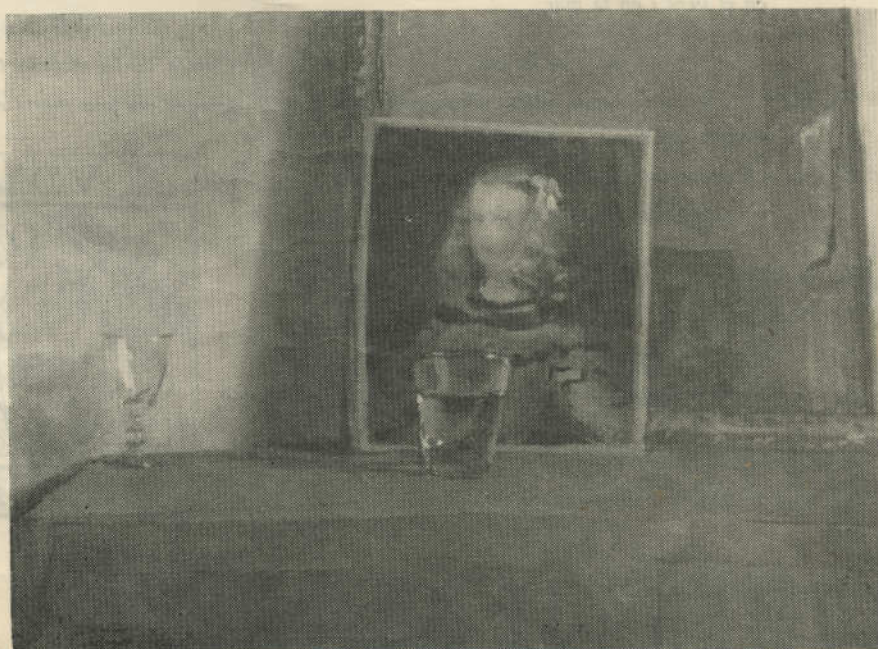
Al contemplar estos cuadros, nos invade el curioso sentimiento de ser observados por ellos, pues parece que los muebles, los muros o las flores tienen grandes ojos luminosos donde se transparenta el alma misma de la materia. Las cosas son captadas en el momento en que poseen su sentido más profundo y su mayor autenticidad, como si se tratara de materializaciones de recuerdos más que de representaciones de realidades.

Es una pintura depurada, ascética, sin concesiones mundanas, hecha en estado de gracia y donde, deliberadamente, la materia se sacrifica al espíritu. Es la visión del mundo de un anacoreta que, tras un largo período de aislamiento y meditación, nos hablase de armonía y paz interiores, sin querer recordar las tentaciones y dudas que tuvo que dominar para alcanzar este desprendimiento que no está exento de angustia. De ahí el parentesco de Gaya con ciertos místicos: concentrándose en sí mismo, el hombre se aproxima a lo divino e intenta dar la vida a su alrededor, como ocurre en el Tibet donde, con la sola fuerza espiritual, se ha logrado fundir la nieve y hacer mover las piedras.

Pero, a pesar de lo sorprendente de ese poder, no podemos reprimir un vago pesar y nos preguntamos si las filosofías cuya aspiración es dominar la materia no están basadas, en el fondo, sobre un gran pesimismo en cuanto a la posibilidad de lograr el más bello y el más difícil de los milagros: una verdadera comunión con nuestros semejantes.

Es un sentimiento de este tipo el que experimentamos respecto a Gaya. ¿Es por desánimo o por miedo que el impulso apasionado que le lleva a dar vida a los objetos se detiene ante

(Pasa a la pág. 34)



Por LAURETTE SEJOURNE



“Oda Atlàntica”

por

Agustí Bartra

*i de tant que t'esmerces a un pensament d'espiga
no saps trobar la força que cal per a morir. . . .*

*Una gossada negra lladra sota els teus lliris.
Dins tos pous es rovellen plenilunis de por.
En quina brusca font, ja lliure de martiris,
enfonçaràs el càntir de l'esdevenidor?*

*Et sents crucificada a una llàgrima aèria,
l'esponja del silenci t'eixuga el flanc ferit,
i t'eixorden els cascos de les hordes d'Ibèria,
i traces en la llum el signe de la nit.*

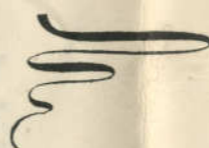
*En la vasta penombra del meu somni, a mig aire,
veig brillar als teus cabells la cendra dels teus rams.
Fores pròdiga, un dia: ara ets l'espigolaira,
l'obscura moabita en els teus propis camps.*

*Qui t'estalviarà d'espina i vilipendi?
Quan tornaràs a ser la noia del dofi?
Qui et llevarà la vella màscara de l'incendi
que oculta la bellesa del teu rostre llatí?*

*Sempre reneixes, pàtria, en les meves pupil·les.
Ton esperit m'inunda com un auri vol d'aus.
No tornaràs florint a les planes tranquil·les:
vindràs com la roja alba que sondrolla les naus.*

*Les militàncies d'ombra i els espectres de canya
fugen davant dels tres tambors vestits de dol.
Contra l'urbs violada tens la casta muntanya;
tuteges els teus morts en nom de l'únic sol.*

*En nom de l'únic sol, de l'única paraula,
en nom dels teus infants, i de la pau, i el bes,
ens vestim per al dia que seurem a ta taula,
on ja hi haurà, esperant-nos, els teus herois lleugers.*



ODA A ESPANYA

(Fragmentos)

ESCOLTA, Espanya, — la veu d'un fill
que et parla en llengua — no castellana;
parlo en la llengua — que m'ha donat
la terra aspra:
en aquesta llengua — pocs t'han parlat;
en l'altra, massa.

... Massa pensaves — en ton honor
i massa poc en el teu viure:
tràgica duies — a mort els fills,
te satisfeties — d'honres mortals,
i eran tes festes — els funerals,
oh trista Espanya!

... Salva't, oh salva't — de tant de mal;
que el plor et torni fecunda, alegre i viva;
pensa en la vida que tens entorn:
aixeca el front,
somriu als set colors que hi ha en els núvols.

Joan MARAGALL

*Per tu els nostres exilis fremeixen de dianes.
Gravem, en la roca erma, una èpica floral.
Però llarga és la fossa de les noves campanes
que en ton cel penjarem en l'hora triomfal!*

*La dalla més difícil l'esmolarem amb l'aura;
l'estrella solitària afluàrà l'estoc:
quan cessarà de batre el cor del Minotaure
inventarem de nou l'alegria del foc.*

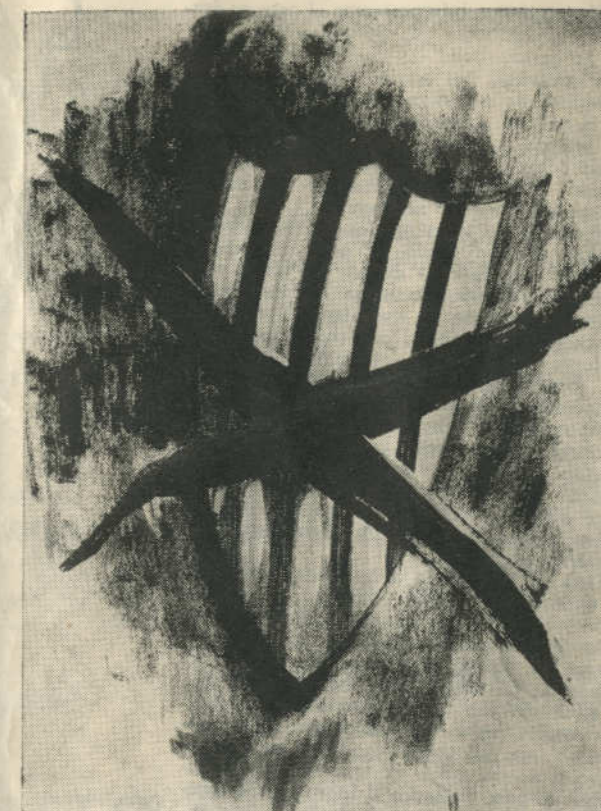
*Volem poder dir noia i pensar en aigües vives;
i volem dir rosella i no pensar en la sang;
i dir estiu sense témer les fèrries ofensives;
volem poder dir terra sense pensar en el fang.*

*No t'anomenaré, pàtria d'encesa testal
En aquesta tardor de tan dolços minvants,
aquí, vora aquest mar de tan rítmica gesta,
bressolat per les amples mareas ressonants,*

*més enllà d'aquest cel abraçat de ventada,
i aquest sol en les algues i aquests roures marins,
s'alça el símbol de tu, oh pàtria al·lucinada:
una alosa de sang volant damunt els pins...*

*Vola enlaire, oh profètica alosa de ma raça!
Encén les nostres messes i fes els cims ardents.
Dona'm la visió que a tots ens ultrapassa,
el bres i la cançó d'altres mars i altres vents.*

*Les aigües lustrals canten a l'entorn dels meus passos!
La veu se'm migparteix entre pregària i crit.
No cloc l'esguard ni el puny, sinó que alçant els
[braços] abasto les veremes futures del zenit.*



*Veig, en la pau que et nimba, pàtria, un fulgor de
[llança;
portes la llibertat dintre d'un alt vas d'or.
Però evites que els odres vermells de la venjança
buidin el seu vi agre als llavis de la mort.*

*Del roure més antic tallarem la victòria;
hi haurà als seus peus, rompudes, les fletxes dels
[perills,
i tot vetllant les místiques pedres de ta memòria
filarem la llegenda dels teus diàfans fills.*

*Ja et van caient a terra els teus vestits d'escorça.
De tant pensar-te nua se t'ha ensagnat el front.
Ja es dreça, rutilant, la teva nova força,
car vols escoltar, dreta, el gran himne del món.*

EN el vent i en la mar és més gran l'esperança,
en el vent infinit i en la mar ressonant,
en l'ona gegantina
que, escumejant, avança
i en mon ànima cau i s'aixeca cantant;
en el vent que s'alzina,
dins mon cor bategant,
i es desferma, i s'esquinça, i sanglota eixamplant-se.
En la mar i en el vent i en l'alosa sagnant!

Dibujos de Joan Jiménez

EN el vent i en el mar el meu cant recomença,
fill d'una nova llum i un nou estremiment.
Avui puc aturar l'ala de la partença
en la mar i en el vent.

*El vent m'encén la imatge i el mar em dicta el càntic.
La gavina m'atansa el blanc de l'horitzó.
Ja aixeco de mes tombes, amb el meu crit atlàntic,
un bell tors radiant de resurrecció.*

*El sol brilla a la falda llisa de la bonança
que té els peus a l'escuma i el somris dalt el cel.
En la mar i en el vent és más gran l'esperança
i el cor sent esclafir la bandera rebel.
En la mar i en el vent, ésser el guaita que canta,
l'hereu que va tornant cap a l'antiga llar.
El record obre els ulls i l'espera es decanta
en el vent i en la mar.*

NO invocaré el teu nom, pàtria d'erta palpebral
Callant-lo fidelment el faré més sagrat.
Et dic: "Oh mare immensa vestida de tenebra...",
i s'alça en la meua ànima un cim de claredat.

*Et va rastellar el cos l'odi sec de la guerra,
les nits t'han deixat erma i els dies t'han dut llot.
Però seràs encara el foc, l'arbre i la terra
mentre els astres estranys m'encenguin el sanglot.*

*A la sembra de sal de tanta mà enemiga
has anat responent amb constància de bri,*



LA EXPOSICION de WALETTA SWANN

GUSTAMOS e interpretamos el arte en formas distintas que dependen claro está, de la personalidad de cada espectador. Y con frecuencia nos ocurre, también, sentir la necesidad de explicárnoslo, no de una manera hermética, cerrada, sino por el contrario abierta, movable, como en corriente, por donde circule nuestra emoción, ese desinteresado e inextinguible instinto de belleza tan peculiar a todo ser humano.

Por otra parte, nunca nos será dado alcanzar un alto grado de goce estético, si consideramos la obra de arte en forma simplista, parcial o fragmentaria. Hemos de considerarla en toda su complejidad, teniendo en cuenta la totalidad de sus componentes, factores y elementos que en definitiva son los determinantes de la calidad, intuición, capacidad y potencia creadora del artista.

Apoyándonos en tales puntos de vista, iniciaremos este breve comentario a la colección de óleos presentada por la pintora inglesa *Waletta Swann* en la Galería de Arte de la Librería Juárez, ya que por razones de espacio, sería difícil reflexionar a nuestras anchas.

Una simple ojeada a los componentes de la expresión plástica —dibujo, pintura, colorido, luminosidad, composición, tema, etc., vehículos de que el artista se vale para expresar su visión de cuanto le rodea o su íntima emotividad— nos afirman en que *Waletta Swann* posee una técnica de primer orden capaz de expresarse sin balbuceos. Y aun no considerando su exposición como fruto definitivo de una tarea, si constituye un paso firme en el logro de las aspiraciones de esta original pintora, cuya intensidad poco frecuente, acusa el paso a una concepción más robusta, más profunda, más concentrada dentro de sus realizaciones.

En esta lucha, por encontrar y hallar nuevos valores, conjugados con una rica originalidad —renovación constante de lo perenne— reside la más eficaz defensa para que el artista no degenera en la blandenguería, en lo dulzón, indicios siempre de una baja, muy baja calidad estética.

El dibujo de *Waletta* cerrado, preciso, ágil y sencillo cumple en todo momento su función auténtica, la de captar la esencia de las cosas, más orientada hacia la gozosa corporiedad, encantadora estilización y elegante plasticidad.

Sin embargo, la característica más acusada en la obra de tan excepcional pintora, nos la da su luminosidad. La sensibilidad excepcional suya, anota en el esquema formal del cuadro y en perfecta armonía, los más delicados matices. Diríamos que la luz le arrastra con impulso terrible, obediente a deseos incontenibles, misteriosos, como de sino fatal. Solamente así explicamos hallazgos de luz tan ricos, tan limpios, tan vibrantes, iridiscentes acordes de color y limpias superficies rebosantes de exquisitez y frescura donde sabiamente se amalgaman la ingenuidad purísima de lo popular con el estudio y sabiduría de la artista.

La luz es para *Waletta*, refocilo de creación, aliento y caricia de la naturaleza que topa en su camino. Es lo que dramatiza sus temas hasta conmovernos.

Y aun la composición parece supeditada a tan violentos y al propio tiempo suaves contrastes luminosos, que destacando la armoniosa proporción de las figuras humanas, hacen de cada cuadro un mundo, un mundo profundo dentro de sus propios y peculiarísimos elementos.

Cometeríamos grave error aceptando simplemente los temas de tal o cual pintor por lo que aparentemente parecen representar. Esto en sí, pocas veces nos ilustrará gran cosa, ya que lo esencial es calar, llegar al oculto resorte que les da vida. En nuestro caso, no será demasiado difícil. Podemos darnos cuenta en seguida de que las realizaciones que *Waletta* nos ofrece, no corresponden a las del artista que persigue simplemente la forma hasta captarla, ni tampoco a la de quien intenta fijar una escena con mayor o menor valor folklórico. En *Waletta* no hay nada de esto y sí, ternura y apasionamiento a borbotones que le hacen penetrar hasta la raíz humana del paisaje. Su pincel, alzándose en el aire pa-



Waletta Swann: El Matón.



Waletta Swann: Palmas y Petates.

rece hurtar la luz incomparable, la atmósfera seca y transparente de nuestra altipalnicie consustanciándose con ellas. *Waletta* al recrear la imagen, sintetiza luminosidades del cielo con la geometría de las formas logrando lo que pudiéramos denominar, tal vez, una fijación lírica de la tierra mexicana.

¡Con qué ternura escoge tipos y temas dentro del pueblo sencillo y apacible, resignado y sufrido que tan estoico resiste su dramática existencia! ¡Qué expresión en los rostros de esas mujeres y esos hom-

bres cuya vida parece concentrarse en la luz de sus pequeños ojos oblicuos! Toda una vida humilde y patética que *Waletta* ennoblece con el lujo de su policromía, con la riqueza de sus azules, violetas, naranjas y amarillos únicos.

Diríamos que sus cuadros son un canto arrancado a la tierra. Un canto donde la forma ingenua se mueve libremente sobre líneas esenciales. Un canto donde la forma pura y el incentivo poético se enlazan, se mezclan, se yuxtaponen y se combinan.

Por **MARIA DOLORES ARANA**

Fué movido Eugenio Imaz por alguna fuerza oculta a despedirse de la vida frente a España y en el lugar por donde España se prolongó durante siglos hasta México? ¿No sentiría más fuerte que nunca, en ese momento, la querencia de la patria, o le urgiría el deseo de embarcar hacia ella cuerpo y alma para verterlos en el río de su historia, en los impulsivos y revueltos raudales que le arrastraron mientras vivió?

Nada extraño sería; pues los que como él han sido carne y espíritu vivos de España, criaturas y creadores de ella, han de tender naturalmente a derramarse en aquel río, no sólo para confundirse con lo que es su substancia, sino para descargar en él la conciencia, rindiendo cuentas, y cargar la de los demás, pidiéndolas.

Fácil le será rendir cuentas a Eugenio Imaz.

En primer término, porque Imaz fué llano, recto, cumplidor y desprendido; en suma, espejo de virtudes que, por lo raras en el mundo, lo trasmutaban en personaje irreal, de una tierra utópica en que reinase la ingenuidad. Jamás hubo en nada de lo que hacía cálculo, reserva, afectación o malicia: se entregaba a cualquier goce intelectual o estético y placer humano con pasión y deleite puros y espontáneos, y en el trato con los demás nunca tuvo en cuenta la regla de la reciprocidad o la norma de la prestación equivalente, dió a manos llenas sin paramientos en lo que recibía. Por eso tuvo tantos amigos entrañables. ¿Quién se acercaba a él sin sentirse ganado inmediatamente por su sencillo fervor y su desbordada generosidad? Los que quisieran buscarle algún pero, sacarían seguramente a relucir el acalamiento y cierta rudeza con que se manifestaba, defectos que en él eran más bien acentuación de cualidades, exaltación y llaneza excesivas, hijas venturosas de su raza, del brío hercúleo y de la sencillez primitiva de los vascos.

En segundo término, porque Imaz fué pensador de fuste y operario intelectual casi sin par. El operario deja un inmenso caudal de claras y pulcras traducciones, principalmente de obras filosóficas. Bastaría la certera traslación al español de los escritos completos —ocho grandes volúmenes— de Dilthey, filósofo al que conocía y comprendía quizá como nadie, para mostrar la altura a que rayó en este género de actividad. Del alcance que su obra como traductor —mejor sería llamarle alumbrador— pueda tener en la historia de la filosofía española e hispanoamericana, da ya idea el hecho de constituir hoy sus versiones castellanas de pensadores europeos la mayor parte del pasto espiritual diario de los estudiantes y estudiosos de filosofía tanto en España como en América.

El pensador, por desgracia, no pudo desplegarse tanto. Pero los no escasos frutos que dió, invistenle del derecho a ocupar preeminente sitial entre los filósofos contemporáneos de habla española. Y conviene que hablemos aquí claro, alguien tenía que hacerlo, acerca de la muralla de incompreensión que en México se ha levantado en torno a la obra filosófica de Eugenio Imaz. Se le conocía, y admiraba, como traductor, mas casi se le ignoraba como filósofo. Hemos leído en estos últimos años varios artículos sobre el desarrollo actual de la filosofía en



Dibujo de Elvira Gascón

EUGENIO IMAZ

Petición, y rendición de cuentas

México y en ninguno le hemos visto citado entre los españoles desterrados que han aportado algo a ella, y eso a pesar de haber salido ya de su pluma libros tan estimables como *Topía y Utopía*, *Asedio a Dilthey* y *El pensamiento de Dilthey: Evolución y sistema*, e infinidad de enjundiosos artículos y prólogos. Contrasta esto con lo que ha ocurrido en otros países de Hispanoamérica, donde la elevada categoría que se le otorgaba como filósofo quedó patentizada por diversos requerimientos a la colaboración en cursos y conferencias. La explicación de aquella actitud es sencilla, según tenemos entendido. Aunque altamente valorada, la obra del pensador Eugenio Imaz no ha sido considerada en México como verdadera filosofía, por darse sólo este carácter a la rigurosa y sistemática. Si así fuere, se trata de un sensible error, con tufo a injusticia, que convendría deshacer. Pues la filosofía vertebrada o disciplinada, que se ha tomado a sí misma demasiado en serio, es sólo una parte de la

filosofía, junto a la cual hay otra desordenada, e incluso caótica, que, a veces —depende de quien la produzca—, es más valiosa que la otra, porque ilumina más, a pesar de su desorden o caos, o quizá por él, que la excesivamente concertada, que tanto cautiva a los imberbes, empezando por uno mismo cuando lo era. Por este motivo, muchos, no ayunos de conocimientos filosóficos, prefieren un Unamuno a un Ortega y Gasset. Claro es que, además de la susodicha, hay otra causa de tal preferencia: cuadra mejor a la mentalidad española la manera de pensar propia del primero; por consiguiente, una inclinación de casta o dirección de veta. Pues bien, en cuanto filósofo, Eugenio Imaz brota de la misma cepa que Unamuno. Como éste, vasco ganado por Castilla, es retorcido sarmiento de pura cepa castellana. Lo cual, aparte de una manera especial de pensar, lleva anejas estas peculiaridades, a nuestro entender cualidades, que tan notorias son en Imaz: misticismo —en el sentimiento—, realismo —en el enfoque—, humanismo —en el objeto, pues se enrosca en el hombre—, llaneza —en el pensar y en el decir— y espontaneidad —en el brotar de ideas y conceptos. Peculiaridades muy contrapuestas a las de la filosofía germanizante española, que, como su modelo, es racionalista, metafísica, sistemática, esotérica, buscada y, en general, pedante.

Si a Imaz le será leve rendir cuentas, muchos apuros habrán de pasar, en cambio, aquellos a quienes se las pida —los impulsores y encauzadores del río susodicho. ¿Pues, no es la vida de nuestro amigo, atrocemente desgarrada, expresiva y puntual relación de las cuentas que exija?

Nació Imaz en el año que inició nuestro siglo, cuando aun la conciencia despierta de España —la llamada generación del 98— rumiaba con desesperación el ignominioso desenlace de la guerra contra los Estados Unidos. Era un momento de enorme depresión nacional, que justifica y explica el negro pesimismo de aquella generación. Por entonces se acuñó una frase de circunstancias que hizo fortuna: "estaba apagándose el pulso de España"; frase que parecía concebida por quienes, molestándose que la tierra el pulso del país, que tuviera animación y aliento su gente, no han hecho otra cosa que ahogar la vida y extirpar las inquietudes. ¡Estaba apagándose el pulso de España, y en ella surgían Imaz y otros muchos —la generación del 31—, cuyos pulsos repicaban vigorosa y sostenidamente como campanas tocadas a rebato!

¡Triste sino el de estos hombres que quisieron transmitir su pulso fuerte y espolante a España, precisamente el reclamado a principios de siglo para que la nación pudiera sobrevivir: estar en permanente crisis interna y en constante colisión con la familia, los amigos, la universidad, el Estado!

Por crisis internas empezó su vida de adolescente Eugenio Imaz. Cuando apenas empezaba a asomarse al mundo y a cobrar conciencia algo segura de las cosas, vino la crisis religiosa. Y las acendradas creencias que en el seno de la familia adquirió se desplomarían pronto, con mortal angustia de quien, al desprenderse de ellas, perdía su único asidero espiritual. De lo que se le infundió en la niñez, renunciaba Imaz a lo que de razón e historia —revelación— ha-

Por JOSE MIRANDA

bía en la fe, pero no a lo que había de sentimiento, a la íntima y profunda piedad, de la que tan impregnada está su existencia. Abandonó la religión, pero conservó la religiosidad. Fenómeno éste muy común en España desde mediados del siglo XIX, inspirador sin duda de las siguientes palabras, pronunciadas por Fernando de los Ríos en las Cortes constituyentes de la República: "Nosotros somos los verdaderos erasmistas". Así ocurría, en efecto, los hombres auténticamente religiosos de España no eran los miembros de la iglesia establecida, sino aquellos que, como quería Erasmo, y como fueron los Giner, los Unamuno, los Imaz... , entendían la religión como alta misión humana realizada con sacrificio, como entrega mística a la redención del hombre.

Después vendría la crisis patriótica, al conocer mejor la historia de su pueblo y al contemplar las bochornosas imágenes que ininterrumpidamente desfilaban por la pantalla nacional: los desastres de Marruecos,

la corrupción de la intendencia, la ineptitud y cobardía de los políticos, la majeza e irresponsabilidad del rey, los atentados y coacciones de las juntas militares, etc., etc. La impresión que estos cuadros, probablemente finales, de la crucifixión de España que aun continúa, produciría en él, le decidiría a entrar en la grey de intelectuales que batallaba para infundir un nuevo espíritu al país. En este período de brega, combatió, junto a los estudiantes, a la dictadura, y fundó, con otros compañeros de ideas, una revista de transfondo cristiano, *Cruz y Raya*, enderezada a renovar el pensamiento religioso patrio. Estuvo siempre en primera fila hasta el momento del triunfo. Al cosecharse el deseado fruto, prefirió Imaz volver a su lugar, el estudio, para dar rienda suelta a su vocación, la filosofía. Poco tiempo estaría engranado en el lugar que eligió. Las esperanzas puestas en el nuevo régimen se vendrían pronto abajo: los excesos del partidismo y del regionalismo permitirían a los desahu-

ciados por él volver a la carga, reiterando la leve conducta de sus predecesores en el siglo XIX. Imaz, lo mismo que otros muchos extraños al juego, pudo decir como dijo Heine a los revolucionarios alemanes: no intervengo en lo que hacéis, pero tengo que pagar caras vuestras culpas. A pesar de ello, e igual que Heine, tomaría el único camino que honestamente cabía seguir. Compartió con los comilitones de ayer los sabores y angustias de la hora amarga.

Lanzado de la patria, tuvo que renunciar casi completamente a aquello que le era más caro, sumergirse en la filosofía. No habiendo sido comprendidos debidamente sus méritos, se vió obligado a ganarse la vida como operario intelectual. De los liquidadores de la España desterrada recibió no pocos agravios. Por lo general, se acordaron de él cuando lo necesitaron, y le volvieron la espalda cuando los necesitó; sin que, por otra parte, dieran señales de saber, a su muerte, lo que España perdía.

NOTICIAS

El matemático José Gallego Díaz ha tenido el valor de pronunciar en España una interesante conferencia sobre "García Bacca y las tendencias actuales de la filosofía matemática".

★

En la "Sociedad de Arquitectos Mexicanos" y ante más de cien profesionales del ramo —mexicanos y españoles— nuestro compatriota y amigo Félix Candela dió, en diciembre pasado, una conferencia sobre bóvedas de hormigón armado, tema al que ha dedicado especial estudio. Hizo la presentación del conferenciante el Dr. Nabor Carrillo Flores, científico mexicano de renombre internacional en cuestiones de mecánica de los suelos.

★

La Colección "Planas de Poesía", de Canarias, después de "Crucifixión", de García Lorca, anuncia un número en homenaje a Maupassant, donde irá otro trabajo inédito del poeta asesinado por el franquismo.

★

El Premio Nadal 1951 ha sido concedido a Elena Quiroga, autora de una novela de ambiente regional (gallego). Por lo visto, el timón de la literatura está cambiando de manos en España.

Editorial EMECE de Buenos Aires acaba de publicar "La Colmena", última novela de Camilo José Cela, cuya publicación no había sido autorizada en España.

★

El poeta y pintor José Moreno Villa ha presentado en el Ateneo Español de México una exposición de sus más recientes obras pictóricas.

★

La "COLECCION AQUELARRE" reeditará en breve "Las Nacionalidades Españolas" de Luis Carretero Nieva, publicada hace dos años en "SUPLEMENTOS DE LAS ESPAÑAS". En la nueva edición, considerablemente aumentada, aparecerá un comentario sobre la obra del ilustre historiador Pedro Bosch Gimpera.

★

El escritor Claudio de la Torre ha recibido el —en otro tiempo prestigioso— Premio Nacional de Literatura 1950, por su obra "El río que nace en junio". En los últimos años, la intromisión política ha determinado que el citado premio se haya discernido de acuerdo con la solera falangista del autor y no con las calidades de la obra. Parece que no es este el caso de Claudio de la Torre.



COLECCION
AQUELARRE

LIBROS PUBLICADOS

EL CURA DE ALMUNIACED, por José Ramón Arana. — UNOS HOMBRES, por S. Otaola. — PEQUEÑO VIAJE, por Antonio Souza. — LA SOMBRA DEL MEZQUITE, por Ramón de Belausteguigoitia.

APARECERAN EN BREVE

MI SOLEDAD Y YO, por Carmen Alcázar. — LAS TRES CELDAS DE SOR JUANA, por Isidoro Enriquez Calleja. — LAS NACIONALIDADES ESPAÑOLAS, por Luis Carretero Nieva. — LA ESPIGA Y EL RACIMO, por Paulita Brook. — VETURIAN, por José Ramón Arana. — LA LIBRERIA DE ARANA, por S. Otaola. — LOS NIÑOS, LAS NIÑAS Y MI PERRA, por Alvaro Albornoz Salas



LOS LIBROS



LA ESPADA Y LA PARED *Por Victoriano Crémer.*
Cuadernos de Poesía, "Norte".
San Sebastián, (España), 1949.

REALMENTE no todo es desierto en la entraña poética de la Península Ibérica bajo su actual régimen político. De vez en cuando adviértese un oasis confortador para nuestra sed de curiosidades literarias. A este Victoriano Crémer Alonso podríamos llamarlo "burgalés de pró", no sólo por su nacimiento sino porque también lleva en las cuerdas de su lira una hondísima preocupación española: ha lanzado "La espada y la pared" con lirismo y profundidad sincronizados, que son dignos del más caluroso elogio.

Todo el libro se cuajó en belleza y sentimiento, atizado con la badila de un superrealismo ejemplar. De aquello que en el superrealismo deja de ser ansiedad de escuela para convertirse en palpitante y clarísima verdad poética. Es decir: alcanza las que son metas siguiendo una carrera rítmica y saltando con garbo los obstáculos que no fueron otrora sino meros ejercicios de lenguaje. Dos poemas se destacan: "Las madres" y "Poemas sin sosiego". El primero es un soneto impecable que presenta, simbólicamente, una madre que nosotros conocemos muy bien y que la lloramos día y noche; un soneto elocuente y delicado que dice:

*Si soy todo de ti ¿por qué me alejas?
Si me pariste madre, ¿por qué, airada,
me niegas el fulgor de tu mirada
y, entre escombros de luz, solo me dejas?*

*¿Quién puso en nuestro amor furias y rejas?
¿Quién sembró de cuchillos mi pisada
y te colgó de un alba ensangrentada
en que, amenazadora, te reflexas?*

*Malmaridada madre, que me diste
un padrastro de cólera y de viento,
brotado, como un toro, de la nada.*

*No fué entrega la tuya. Te rendiste
con tristeza y con sangre, y tu tormento
duele como una antigua cuchillada.*

Del mismo apartado es el final de esta, entre elegía y canción de cuna, propia para susurrarla en el tono aterciopelado de la media voz y tragándose con agradable tristeza la congoja:

*Cuando te digo madre,
eres una gran tierra sembrada de hijos muertos;
una inmensa montaña
de madres silenciosas, ajenas; huecas madres
bincadas en las piedras del mundo, como cruces,
con los hijos colgados de su carne.*

En los "Poemas sin sosiego" se oye la melodía de un canto total a España que, sin exagerar, pone los pelos de punta. Comienza con una afirmación de Unamuno, el inacabable español que habló de ser extranjero en su patria, y se apaga con fervorosos versos que todos debiéramos rezar a la hora de acostarnos:

*Nos rompe tu sollozo y, esparcidos,
invocamos tu nombre, como la arena ciega
en desiertos sin límites:
"¡España! ¡España!"... Y nadie nos contesta.*

*Y necesitamos tenerte
en nosotros, entera.
Como una gran voz de Dios
para toda la tierra.*

*Para que nuestros pulsos se esgriman a lo alto
como hogueras.
Para que nuestros viejos hombros
empujen las esferas
más allá del dolor y de la muerte.
Para ser ola inmensa
de corazones
y cabezas.*

*Para que en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu,
—España de anarquistas y de obispos, áspera y espléndida—,
nos tengas en la hora de la muerte
a tu diestra...*

Victoriano Crémer no sólo saca sangre de la vena poética, sino que sus versos despiden chispas, como cohetes de lágrimas, desde la altura de su esmeradísima versificación y de su indiscutible ori-

ginalidad. Este magnífico poeta es un oasis, lo repetimos, en el espectáculo desértico y timorato de la nueva poesía española.—I. E. CALLEJA.

UNOS HOMBRES *Por S. Otaola.*
Colección "Aquelarre"
México, D. F. 1950.

LA aparición de "Unos hombres" ha venido a demostrar la existencia en el destierro de un escritor vocacional, de los que escriben llevados por la necesidad de expresar algo que les bulle en el cerebro y les cosquillea en la sensibilidad, y no impulsados solamente por la minúscula vanidad de publicar un libro a trancas y barrancas, de sentirse "padres" de un parto literario, aunque el parto sea un engendro y tenga muy poco de literario.

Basta leer unas pocas páginas de este libro, para confirmarnos en la idea de que su autor es un hombre perfectamente equipado con diversas y eficaces armas en el complejo menester de crear una literatura ágil y al mismo tiempo profunda, irónica y sagaz, humana y burlesca, seria y arlequinesca, siempre sugestiva para un lector que viva en su tiempo, o sea el nuestro, el de estos años de *desgracia* que corren entre rumores de guerra y próximos estallidos de bomba atómica. Porque Otaola es un hijo de su época, a la que pretende y logra ser fiel, escribiendo con un estilo de hoy, muy personal además. Muy personal, repito, aunque no faltan quienes lo ponen en duda. Es sabido que Otaola tiene por maestro y autor predilecto a Ramón Gómez de la Serna, y para algunos, la influencia de éste sobre el autor de "Unos hombres" resulta desmesurada e incluso pernicioso. Yo no lo creo así. La influencia de un verdadero maestro, cuando es bien asimilada, como ocurre en el caso de Otaola, no puede ser nunca perjudicial ni excesiva.

Tendrían razón los que así piensan, si Otaola se limitara a hacer pastiches ramonianos o cayera en una imitación servil; pero la verdad es que, guiado por un finísimo instinto literario, lo que ha hecho es utilizar ciertas cosas de valor indudable que ensanchan y enriquecen su propia personalidad. Por ejemplo: es ramoniana su manera suelta, fluida y despreocupada de escribir; lo es también la finura de observación y la hondura analítica, así como la atracción por lo original y el horror al tópico. ¿En qué pueden perjudicar estas cosas a un escritor? En cambio, conocedor de que en Ramón hay aspectos tan peculiares que resultan inimitables, sabe esquivar hábilmente un camino falso que pudiera ser también peligroso.

La originalidad absoluta es un mito; todo escritor está influido por otro o por otros, y lo que realmente importa es la bondad de su modelo. Si es cierto, como dice Ortega Gasset, que el hombre se define por su elección en amor, también es muy probable que un escritor se defina por sus querencias y afinidades literarias. En tal caso, es preciso conceder que Otaola, literariamente hablando, no se ha definido torpemente.

Ramón le escribe estas sinceras y alentadoras palabras: "El libro me ha revelado muchas cosas. La principal, que usted es un escritor indudable. Se destacan esos hombres con una franqueza de gran estilo, sonsacando su rasgo principal con maestría. Sus evocaciones, sus recuerdos, sus nostalgias me lo han biografiado en aspectos desconocidos. Ya no tiene derecho a dejar ociosa la pluma ni un momento. Nada de tomarla y dejarla por temporadas".

Su sentido del humor es también perfectamente actual. Porque la visión que nos ofrece de unos hombres —esos hombres que aparecen en las páginas del libro como las mariposas clavadas en la vitrina de un entomólogo— es la visión de un humorista evolucionado, es decir, no la visión de chistoso, poseedor de una gracia simplemente mecánica, sino la visión de un observador perspicaz y agudo, capaz de entender y aclarar los contrastes —siempre cómicos— del alma humana.

El que resulta apto para hacer chistes más o menos intencionados a costa de los demás, será un chistógrafo, un bilioso o un enfermo del estómago; pero en todo caso, un individuo que está muy lejos del verdadero humorismo.

Otaola es un humorista de veras porque se guarda celosamente del *chiste*, de la *puntada*, de la *salida*, del *golpe*, de la *ocurrencia* y de todas esas cosas reveladoras de un ingenio de similor. Su gracia es positiva y duradera —genuinamente humorística— porque se origina en cosas de más fuste y trascendencia. Y puede que haya muchos lectores —entre los cuales me cuento— que prefieran en la obra de Otaola esos momentos en que el autor abandona temporalmente la ironía para "quitarse el sombrero" ante los rasgos humanos del sujeto que analiza. Es entonces, a mi juicio, cuando le salen las páginas más limpias y emotivas, también las más sugerentes y reveladoras; las páginas que le acreditan como un escritor de alto rango. Incluso la prosa de esas páginas —por otra parte, siempre tersa y fluida— adquiere valores insospechados y se adensa y acopla a maravilla con los latidos del sentimiento. Otaola muestra aquí con mucho garbo una de las dos facetas, para mí la más valiosa, del auténtico humorismo.

Pero no sería justo menospreciar la otra faceta —pura broma y broma pura— que Otaola sabe cultivar de modo brillante. Yo le llamo familiarmente con el remoquete de Puck. Y es que le veo caminar por la vida haciendo las mismas travesuras que hace en el bosque el dinámico personaje de Shakespeare. También al igual que Puck, el autor de "Unos hombres" puede justificar ampliamente el hecho de que yo le llame así.

Juan Renau dice en el prólogo de la obra: "Empuñando una parpadeante linterna emula al Diógenes de la fábula, horadando con angustia infinita hacia lo humano, pero a diferencia de aquél, no busca al hombre directamente, sino su máscara, la que cada uno tiene, a lo mejor, arrumbada en el desván de su intimidad y que sólo se coloca para identificarse, para sentirse a sí mismo, para hacer sonar su voz verdadera con mayor ímpetu, envuelto en un silencio casi místico, propicio a las revelaciones más escondidas.

Otaola está siempre presente en esa hora, que no cabe en los relojes, en la hora de la definición solemne y decisiva, la hora del acabamiento del mundo, hora de apocalipsis, la hora, en fin, en la que nos sea obligado ponernos nuestra máscara, máscara que escamoteamos hipócritamente en nuestro paso por la vida. De aquí que todas sus semblanzas tengan mucho de *in fraganti*, de mirada de reojo, culpable, de ratero sorprendido con "las manos en la masa".

Y yo pregunto: ¿Es que estos rasgos no le identifican plenamente con el Puck shakesperiano?

Otaola se ha colocado con esta su primera obra en la primera fila de los escritores que realizan en el destierro una labor considerable. Con un salto elástico de felino, digno de la agilidad de Puck, se ha encaramado en el lugar prominente que ocupa ya por derecho propio y con todos los pronunciamientos favorables.

"Unos hombres" es un libro prometedor, y al acabar su lectura, se piensa que el *hombre* que lo ha escrito puede —y debe— ofrecernos pronto otros trabajos de mucha enjundia y excepcional calidad.—F. PINA.

EL CURA DE ALMUNIACED *Por José Ramón Arana.*
Colección "Aquelarre".
México, D. F. 1950.

EN el género novelesco es muy difícil dar en el clavo. O el escritor encuentra su historia desnuda de maneras y de voz y, a veces halla sólo el trino, quedándose con las manos vacías de problema, o si lo tiene, lo traiciona restándole humanidad en fuerza de vestirlo de ese lirismo exterior que constituye una bonita forma. Mas de cuando en cuando el novelista sale armado de todas las armas y se topa con dos emociones juntas; anécdota trascendente y estilo exacto, fondo vital y armonía lingüística adecuada al medio y al alma de sus tipos.

Lo último es lo que constituye el caso de "El cura de Almuniaced", libro de profundidades resuelto en prosa de toques rudos con el contrapunto de una dulzura incomparable. Una prosa que corre por el libro con jadeos emocionales para no dar falsa impresión de *oficio*. Esta prosa no se desliza con suavidades barrocas, salta palpitante y se la puede contemplar azorada y brillante de arbores y sofocos castellano-aragoneses o, si se quiere, manriqueños, por lo cuajada que está del paisaje. Es decir: la armónica es un balbuceo que creéramos intencionado, que adorna al libro todo de márgenes líricos.

No clasificamos al uso de la crítica clásica, sino que lanzamos la verdad indiscutible de esta obra: novela poemática. Poema total cuya dominante está forjada, a nuestro juicio, por las correrías del estupendo Mosén Jacinto cada vez que, hacia arriba o hacia abajo, pedalea por las escaleras de su pensión. Cuando el quijotesco clérigo se encabrita o se arranca saltando peldaños, se le despiertan al lector unos deseos grandes de jalearlo, porque ve en él al hijo de Cervantes rompiendo las femorales de todos los pellejos del mundo y ensartando a todos los curas Santa Cruz de la Península Ibérica en la punta de su lanza.

Si de verdad las costumbres van a sembrarse en los paisajes, José Ramón Arana clava a bisel y algo sensualmente en el paisaje aragonés de fuera y de dentro —dos veces bueno por su brevedad— para no privar del fondo adecuado la inefable peripecia del cura de Almuniaced; de ese cura a quien le chorrea el cristianismo por la humildad de su sotana. Y cuando el autor, más que escribir, pinta, no le quita la respiración a su protagonista tirándolo al canapé para que duerma un rato en tanto él describe la sofocación del ángel, sino que, mientras, el cura admirable se limpia el copioso sudor de una pasión que le haría, como al inolvidable César Vallejo, exclamar: "España, aparta de mí este cáliz".

España... Ahí, en ese grito que sube de la raíz a los labios, está la trama del libro que, con un temblor emocionado, estamos comentando. Entrañable amor a la España mater, que se va desprendiendo de los deliquios repetidos de un retorno singular al azul de infancia en los ojos de casi todos los personajes certeros que desfilan por la prosa transparente de esta novela. Prosa discreta y fuerte que asoma una mano ruda y a la vez acariciante —puede evocarse la escena más trágica de los Infantes de Lara— que se pierde en las delicias de cuando éramos niños y jugábamos al marro en las plazuelas españolas. Porque saborear una página del Arana de este libro es como lanzarse en vuelo lento a los cielos de una patria muy lejana de nuestras plantas, pero muy pegada a nuestro corazón.

Otras pequeñas historias completan este volumen: "Nieblas", tres cartas que anuncian las posibilidades de un gran escritor; "El misterio de Alexis Zucolín", afirmación de un novelista de grandes alientos;

"El último sueño de Cervantes", eutrapélico ensayo crítico de corte unamunesco; y "Pasión y muerte del negro Blas", la indiscutible demostración de que el cuento no es otra cosa que la ponderada mezcla de una breve acción con un sopleo poético.

Mas, por encima de toda esta aventura literaria afortunada, se vislumbra un prosista que ha aparecido en el mundo de las letras con el exclusivo empeño de cantar a España y decirnos que se puede estar muy lejos de ella físicamente pero que se debe seguir pensando y escribiendo como si estuviéramos allí.—Isidoro ENRIQUEZ CALLEJA.

"LA RIOJA EN EL REINADO DE ALFONSO VI" *Por Jesús de Leza, Almendros y Cía. Editores.*
México, 1950.

OTRO libro de la España desterrada escrito con la mente y el corazón puestos en la patria lejana es éste que, con el seudónimo de Jesús de Leza, ha publicado nuestro buen amigo Jesús Ruiz del Río. Obra cargada de amor por España, por la región castellana del autor y por su comarca natal de la Rioja; trabajo erudito en que se escudriña el pasado para servir al presente con miras al porvenir.

Se trata de un interesante estudio del nacimiento y desarrollo histórico de la personalidad comarcal de la Rioja, tan definida dentro de Castilla. Comienza el libro, antes de entrar en el reinado de Alfonso VI, con un resumen histórico de la reconquista de la Rioja, en el que se incluye la época en que perteneció a la corona de Navarra, sin que ello —dice el autor— representara la absorción de la comarca por el reino navarro ni la extinción de su personalidad, sino que, por el contrario, precisamente a partir del siglo X es cuando se inicia su manifestación más clara y definida.

En la parte central de la obra se estudia la conquista —sin lucha armada— de la Rioja por Alfonso VI y la constitución y desarrollo del condado riojano de Nájera —Grañón-Calahorra-Arnedo. Capítulo de interés es el dedicado al fuero municipal de Logroño, de tanta importancia histórica que su legislación se refleja, como fuero tipo, en los de cincuenta y dos villas castellanas y vascongadas; y al de Nájera, embrión de fuero de comunidad de villa y tierra, la gran institución medieval de la Castilla celtibérica.

Otro capítulo se dedica al examen del influjo que la peregrinación a Santiago y el "camino francés" ejercieron en el desarrollo cultural y económico de la comarca.

Analiza nuestro amigo las figuras históricas de Alfonso VI y del conde García Ordóñez, con simpatía por el rey leonés y su fiel servidor que en general no compartimos los demás castellanos pero que, desde cierto punto de vista, es explicable en uno de la Rioja.

La población de la comarca, su constitución social, la vida cultural, religiosa y económica en aquellos tiempos son otros tantos capítulos del libro. El sentido de la vida castellana en la Edad media, con su respeto tradicional por la dignidad humana, la conciencia ciudadana popular, el apego al derecho propio y la repudiación del Fuero Juzgo del reino imperial leonés tienen manifestaciones en la Rioja que el autor recoge en la parte final.

"La Rioja en el reinado de Alfonso VI" es la obra de un riojano interesado amorosamente por su tierra natal que no manifiesta ni oculta —él mismo lo dice— propósitos de establecer hechos diferenciales con pretensiones aislacionistas, pues sabe el autor que por razones de continuidad histórica —cuna de Berceo, el primer poeta conocido de la lengua castellana, y de San Millán, el santo patrón de Castilla, cuyas figuras sitúa en la historia riojana— es la Rioja parte de Castilla, pero que dentro de la variada comunidad castellana tiene matices particulares y perfiles característicos definidores de su propia personalidad.

Frente a la visión tan extendida de una falsa Castilla, deformación de la verdad histórica y de la realidad geográfica, y al confusiónismo leonés-castellano que tanto dificulta el estudio de la constitución de España como conjunto de pueblos; frente al concepto, extranjero en nuestra patria, de la España una e imperial, presenta Ruiz del Río, como conclusión, el suyo —castizamente castellano—: España, comunidad de los pueblos hispánicos; de los cuales Castilla es, a su vez, un conjunto de comarcas con fisonomía propia, una de ellas la tierra riojana del autor.—A. CARRETERO.

PEQUEÑO VIAJE *Por Antonio Souza*
Colección "Aquelarre".
México, 1951.

HAY líricos de integración rápida, que se logran, Dios sabe cómo, en los contactos iniciales con la realidad y la lectura. Y hay líricos de integración lenta, que necesitan añejarse en la vida y en los libros para alcanzar una verdadera madurez. Por lo común, el poeta joven —y, al escribir "joven" no me refiero exclusivamente al cantor bisoño, novel o primerizo—, por muy poca que sea su lucidez, abunda en intuiciones maravillosamente intactas. Como está *estrenando* sus sentidos, todo se le antoja estupendo. Pero, aunque él se arrobe con sólo enumerar las cosas que ve, no siempre nos hace partícipes de tan gozosos pasmos. En efecto, una cosa es sentir, y otra, muy distinta, comunicar al prójimo lo que se siente. Esto último es ya, en ocasiones, cuestión de técnica, de

oficio. Ya sabemos que el poeta "con oficio", el virtuoso en su arte, consigue incluso escribir fríamente versos conmovidos y conmovedores. Y que, por el contrario, algunos poetas mozos, emocionándose mucho al transcribir —al revivir— sus sensaciones y, aunque tomen las palabras por donde queman, según su sensibilidad al rojo, no en todos los casos depositan en nuestras manos un ascua de emoción, sino que por lo común nos traspasan las cenizas de algo que sólo para ellos ardió enteramente.

Este libro —Pequeño Viaje— de Antonio Souza, que no es su primer libro, pone de manifiesto que el autor —lírico de integración lenta— posee una sensibilidad personalísima y un idioma todavía unipersonal para expresarse. ¿Habla de esta suerte, en entrañable cifra, de un modo deliberado? Creo que sí, y supongo asimismo que no desconoce el hecho de que sólo una atención muy perspicaz puede sobrentender lo que él no dice nunca de un modo explícito. Souza gusta de lo tenue, de lo inconcluso, de lo apenas determinado por un simple pormenor... Souza prescinde, además, de la rima, de los ritmos tradicionales y de la expresión eufónica. Por lo tanto, no todos los lectores podrán distinguir en sus versos el gracioso atisbo, la difícil alusión, el sutil alentar, la elipsis desconcertante y la intención en suspenso, que son los menudos ingredientes con que improvisa sus apuntes líricos el autor de *Pequeño Viaje*.—G. R.

REVOLERAS *Alvaro Albornoz, Jr.*
Ediciones "Estela"
México, 1951.

DESPUÉS de un largo silencio editorial, Alvarito se nos des-cuelga por la escala del aire, salta al ruedo y desgrana una serie larga de inconcebibles, fantásticas *revolveras* que es un tratado del ejercicio del buen humor. El maestro se ha quedado solo, enteramente solo frente al torillo bravo de la inspiración. Sus *revolveras* le salvan del silencio, le salvan de la muerte...

Unos no entenderán la hazaña; otros mirarán a las estrellas en busca de explicación y el zorro, el zorro sagaz se llevará las gallinas.

Alvarito es un humorista esencial. Un humorista escribiendo, hablando, respirando. Vieja noticia, es verdad, que ahora se confirma con sus "Revolveras". Bien: ¿Pero qué clase de humorismo es el suyo? Esto hay que aclararlo de una buena vez. Y esta es la ocasión.

Según Donantoniorrobles, Alvarito no tiene antecesorio. El haluzmeado infructuosamente en el libro de Oriente, en las narraciones del Decamerón, en Oscar Wilde, en Ramón Gómez de la Serna tratando de justificar un "humorismo de buscapiés" que por la curiosa manera de conducir el razonamiento queda convertido en un humorismo de buscatrespiés al gato. ¡Por Dios, Don Antonio!

Yo —¡pobre de mí!— lo ligo con otro cercano humorista español: con Mihura. Su Don Guadalupe, el hombre que se creyó vaca, es hermano de aquella otra criatura *mihuriana* que se creyó pajarito y para convencerse se posaba en los hombros de los hombres y en tan inquieto lugar desgranaba su dulce pío pío. Pero aún hay más. Esos disparatados personajes, a su vez, resultaron hijos de cierto incongruente señor, llamado Gustavo, que cierta noche sorprendió a "un gato que se quitó la piel como quien se saca un abrigo muy ajustado, y se puso a repararlo".

La madre se entendía misteriosamente con un tipo *bontempelliano* y dió a sus hijos una leche revuelta muy rica en disparates, absurdos y grotesquerías.

Por algo Alvarito es tan incongruente y por algo —también— su primera novela, "Doña Pabla", me trae a la memoria aquella otra de Bontempelli titulada "522", es decir, nos recuerda el procedimiento.

En la novela de Alvarito el personaje principal, Doña Pabla, es una locomotora envuelta en un conflicto sentimental. En la de Bontempelli es un automóvil, un automóvil que hace su autobiografía.

Ahora, en "Revolveras", Alvarito a veces incurre en *ramonismo* v sin embargo a lo largo del libro se impone su estilo, el *alvarismo*. Mezcla de greguerías, chistes, refranes, cuentecitos-relámpagos, retruécanos y muchos, muchos diminutivos. De todo hay en este libro, de todo hay en la viña de Albornoz.

Como en sus obras anteriores Alvarito no ha podido prescindir en "Revolveras" de esa buscada, rebuscada ingenuidad que imprime un ritmo niño a su prosa, trabajada con mucho salero, con mucha sabiduría. Ritmo descoyuntado, de niño que ya es abuelo y ha tenido amores con esa esquiva Musa del Humor.

Sigue cultivando los diminutivos, apurando la expresión hasta convertirla en un soplo poético, en un leve matiz, en un milagro del viento que enseña una grieta para descubrir un más allá de la confusa circunstancia.

Y diría más. Alvarito llega a esa expresión más que boba, bobísima, de ñoño genial que está dando una primera explicación tartamuda de ese guño desconcertante que le hace la vida desde su fondo colmado de misterio.

Permanece, en suma, abrazado apasionadamente al absurdo —¡Oh mundo absurdo, me has hechizado— y ya no se le puede discutir su título de coleccionador de esas segundas verdades que anidan en el sentido impensado de las cosas.

Pasarán los años, muchos años, y Alvarito, que será Alvarito por los siglos de los siglos, seguirá escribiendo con el disparatado estilo de sus *revolveras*, con esa inmodificable ingenuidad de niño

centenario que pone en dispersión a los vejetes circunspectos que gustan de los cuentos verdes, aunque les espeluznen los maduros:

"Qué tal resultaría si al salir a la plaza un cabestro dirigiera la palabra al auditorio y comenzase así: "¡Queridos compañeros..."—
OTAOLA.

INTEGRADOR MECANICO *Por Manuel Díaz Marta.*
México, 1950.

NUESTRO amigo y colaborador el ingeniero de caminos Manuel Díaz-Marta ha publicado en un interesante folleto el trabajo sobre la Ecuación de Continuidad en Hidráulica que presentó al Congreso de Matemáticas celebrado en Veracruz en mayo de 1950. El Ing. Díaz-Marta estudia en él la resolución gráfica de dicha ecuación de continuidad, que permite abordar problemas muy importantes de la hidráulica (efecto regulador de un embalse, estudio de las cámaras de carga o chimeneas de equilibrio, funcionamiento de los embalses destinados a la producción de energía eléctrica, etc.); y describe el fundamento científico de un integrador mecánico de su invención que permite resolver en pocos minutos problemas hidráulicos de importancia técnica que en la actualidad requieren bastante trabajo.

Manuel Díaz-Marta es uno de los intelectuales de la emigración republicana española que ha sabido hacer compatibles sus brillantes labores científicas y profesionales con una actividad incansante, plena de entusiasmo y a prueba de adversidades, en defensa de nuestro pueblo.—A. C.

LA SOMBRA DEL MEZQUITE *Novela, por Ramón de Belausteguigoitia.*
Colección "Aquelarre".
México, D. F., 1951.

SI la primera condición de una novela estriba en entretener e interesar a quienes leen, y, además, leérsela de un tirón, hemos de reconocer que "La sombra del mezquite" es una novela que cumple con creces tal exigencia. El autor no se ha propuesto hacer galas de estilo y ha ido directamente al asunto con cierta amenidad ingenua, es cierto, pero que nosotros aconsejaríamos a muchos de los que emprenden con harta prosopopeya la difícil tarea del novelar.

El problema planteado aquí —no vamos a caer en el lugar común del "mensaje", vocable que ya sabe a celuloide quemado— es un problema social de los que planteó, y en cierto modo ha resuelto, la revolución mexicana para el reparto de tierras. Y está llevado con una delicadeza y un tino que para sí quisieran los novelistas profesionales. El campo está descrito muy bien y los personajes se mueven con tal perfección que nosotros creemos que "La sombra del mezquite" es más película que libro.

El estilo de Ramón de Belausteguigoitia es ameno y directo. A veces sus airosos descuidos recuerdan gestos literarios barojianos. Y pensamos ante ellos si no será característica del vasco esta tan directa y veraz manera de escribir. Lo cierto es que cuando se ponen a hacer novelas, la sinceridad y limpieza de espíritu que los caracteriza logra que la mayoría de las veces acierten en todo lo que se proponen. Porque el más justo comentario que puede hacerse de esta novela es este: UN VERDADERO ACIERTO. Aunque algunos tipos se ven endebles, como Gonzalo, al que no se entiende bien, y Gregorio que está tratado con bastante falta de energía, cosa que parece ser una concesión al medio.—I. E. C.

ETIMOLOGIAS GRIEGAS DEL ESPAÑOL *Por Agustín Mateos*
Ediciones Manuel Porrúa.
México, D. F. 1951.

SEGUNDA edición la de este libro del maestro ejemplar don Agustín Mateos. Lo reseñamos con la alegría de quienes gozan siempre que contemplan el afán laborioso de los que dedican su vida a la cátedra como un apostolado —porque eso es— más que como un *modus vivendi*. Este libro al igual que los anteriores, Gramática Latina y Etimologías Latinas del Español, del mismo autor, es una demostración más de su admirable dedicación y celo por la enseñanza de las humanidades.

Lleva el estilo pedagógico perfectamente adaptado a la realidad de sus clases. Los que hemos estudiado bajo la dirección del catedrático Agustín Mateos y lo hemos visto desarrollar las lecciones de sus textos, podemos asegurar que, en manos de buenos maestros, estas Etimologías Griegas del Español constituyen un eficaz y magnífico auxiliar para el aprendizaje elemental de la lengua de Platón. La colección de ejercicios derivados de la doctrina lingüística está confeccionada con una profunda conciencia didáctica.

Aprovechamos esta breve nota para recordar a los pedagogos españoles que el señalado por Agustín Mateos es un camino de sacrificio y superación para quedar bien en la cátedra y dejar alto el pabellón de nuestro país.—I. E. CALLEJA.

Es el primer libro de un poeta joven. Poeta de verdad y auténtico. No lo afirmamos con esa intención estimulante que sugiere la crítica para las obras de los jóvenes; no. Hemos leído el libro muchas veces a fin de librarnos de lo que pudiera ser la ofuscación de una primera lectura y hemos llegado a la conclusión de que aquellos que parecían atisbos, iban convirtiéndose en realidades a medida que el espíritu se hacía más exigente. Por eso no quisimos hablar a humo de pajas y preferimos esperar para la redacción imparcial de esta nota.

Los versos de Tomás Segovia realizan la poesía en cada poema a fuerza de cierto rigor poético. En ellos nunca se percibe la verbosidad musicalizada y pegadiza que es inevitable en los poetas que comienzan, sino que están admirablemente trabajados sin truco y sin efectos falsos, aunque en ocasiones —demasiadas— haya de sacrificar las armonías del lenguaje. Es decir: que sale ileso su sentimiento poético de ciertas imperfecciones técnicas. Al azar escogemos para ilustrar nuestras aseveraciones:

*¿Qué tienes hoy, alma mía,
que soy yo el que tiene que tirar
de ti, como se tira
de esas ilusiones antiguas, gastadas ya,
que no sabemos enterrar?
¿Qué tienes hoy
que sólo quieres ser — ¡qué poco! — mía?*

Será muy rígido o muy duro ese "el que tiene que tirar"; pero la idea es transparente y de gran hondura lírica, ya que se ve, por encima de todo, el aliento poético que anima el librito, pequeño en tamaño —aprovechamos el inciso para decir que de una intolérable presentación tipográfica— y extenso en contenido.

¿Para qué hablar de influencias, si son irremediables y afortunadas? Pero aseguramos que las lecturas que mejores huellas dejan en Tomás Segovia son las de Juan Ramón Jiménez. Eso es una ventaja, pues el autor de "Arias tristes" constituye, al par que una fuente cristalina de poesía pura, un paradigma de rigor y disciplina.

Tomás Segovia no es aventura en el campo de lo poético, sino que hay poeta en él para rato. Por eso le vamos a aconsejar que se fije un poco en que todavía no es tiempo de que en sus libros destaque tanto el nombre del autor y se esfume el título de la obra, porque el poeta ha de procurar desde los primeros momentos no despertar antipatías en quienes le van a leer ávidamente. Tomás es muy buen poeta y no precisa inmodestia de clase alguna, porque más que la letra voluminosa lo presentan sus hermosos poemas.—I. E. CALLEJA.

DECIR a estas alturas que Juan José Domenchina es un poeta de verdad, sería lo mismo que afirmar que el sol calienta. Nos referiremos, a la ligera, a su último libro de poemas *La sombra desterrada*.

Hay, a lo largo del libro, así ocurre con todos los poetas seguros, una dominante: la que cuaja el dolor de la patria lejana, una sombra llena de riguroso sentido poético, que nos hace sentir muy profundamente todo el bien perdido. No se limita a recordarnos que hubo un tiempo de *Itálica famosa*, sino que nos va describiendo los paisajes y las costumbres que jamás podremos olvidar. ¡Y cómo los tiene presentes este exquisito poeta del dolor humano!:

*Aquí, en mi jaula, estoy, con mi jauría
fámélica. El escaso nutrimento
de mi carne no sirve de sustento
a la voracidad en agonía
de este tropel devorador, que ansía
mi cotidiano despedazamiento
y que ataraza, en busca de alimento,
mis huesos triturados noche y día.
Pero no me lamento; no podría
dolerme yo, Señor, de mi tormento
junto a tu cruz, que blasfemar sería,
Múltiple fué tu compadecimiento,
—por todos tu sufrir—... y en mi agonía
no cabe más dolor que el que yo siento.*

No creemos que sea muy correcto, desde un ángulo de la crítica, aseverar que los sonetos de Domenchina, impecables y rígidos, pero bien recortados, nos recuerdan a los broncíneos del primero y más grande intelectual de la lengua española, don Francisco de Quevedo y Villegas, sino que, aunque este poeta sea durísimo en sus expresiones —me refiero a la palabra escueta, la justa—, en el sentimiento es de una dulzura poco común.

La sombra desterrada realiza plenamente la poesía, a pesar del barroquismo y del rigor lingüístico empleados siempre por Juan José Domenchina. Pero ¿cuándo no es barroca la mejor poesía española, sobre todo si está escrita en perfecto castellano? El que haya algunos poetas, Bécquer y Antonio Machado al canto, que la solucionen en vocabularios reducidos, no prueba que la verdad poética radique en darnos el poema cabal, no importan cuáles sean el

modo o la escuela. Domenchina ha seguido una senda recta en la literatura contemporánea, sin desviarse por distintos avatares ni aventuras, lo cual demuestra su originalidad indiscutible.—Ceí de LARA.

CUANDO la "Unión de Intelectuales Españoles" realizó su magnífico ciclo de poesía española en la emigración, a Pedro Garfias le tocó alternar en último lugar. Y la noche de su lectura, éramos muchos quienes coincidíamos en la sententia bíblica de que los últimos serán los primeros. La poesía de Garfias de este formidable cordobés, regalaba el paladar con un maravilloso sabor a juglar. Lo mismo los viejos poemas que los nuevos. Es la reciedumbre lírica atada a una delicadeza acariciante y suave, como los vientos del Sur. ¡Qué suspiros llenando las noches tranquilas y de *música callada* en la *Primavera de Eaton Hasting*, para entornar los párpados con *dulce pesadumbre* y pintar en los verdes de estampa inglesa el paisaje que todos llevamos en el fondo del alma!...

*... Allí donde los pinos y los álamos,
donde la encina sólida y el roble,
el claro olivo de verdor de plata.
Y sobre el culto césped
el triunfo de la espiga.*

Y en los *Nuevos poemas*, el gran juglar del exilio español, continúa sus rasgueos seguros cantando sin ansias trascendentes; por eso tan universales y sinceras. A Garfias le cae muy bien lo de su *Manote*: "lo difícil es andar sin premura. Pasear por el miedo del ruedo grave y con figura". Por su naturalidad para desenvolverse por la urdimbre de la poesía, vienen a sus labios de recitador impar las *Copillitas a un poeta muerto*, que se deslizan sin esfuerzo, cual serpentina caprichosa que rizase eptasilabos así:

*Combatió con los nombres,
y los redujo a cero.
Y se fué con los hombres,
a fuer de hombre sincero.
Caminó por el río
constelado de hervores
o celeste de frío
con los mismos fervores.
Tuvo un bote, una vela,
una mar, un empeño.
Y este viento que hiela,
no le cuajó sus sueños.
Se fué por donde vino
—¡ay, Dios, de qué manera!—
con un fuego de vino
quemando su quimera.
Fué tan triste su suerte,
vivió tan solo y viejo,
que ni su propia muerte
acompañó el cortejo.
Y se fué —buen camino,
caminante serrano—
derecho a su destino,
con su vida en la mano.*

Este es Pedro Garfias, poeta esencial y definitivo de la hora más española de todas las horas. Nada de preciosismo, en fuerza de lograr la más preciosa poesía, sino hombre con la presencia de la tragedia de España, que plasma en sus versos mejores:

*Devora lo accidente,
que las esencias permanecerán.
Golpea sobre España, pecho y frente,
¡y abre sus puertas a la libertad!*

Estos poemas nos dicen bien a las claras que es un truco imperdonable ese de explotar los tonos de algún momento difícil, y que lo eterno es la esencia. Es decir: buscar la actualidad con la misma obsesión estética con que se buscan los problemas de siempre. Por tal camino van los poetas que, como éste, permanecerán —no valen desdenes de gesto aristocrático trasnochado ni silenciamientos peligrosos— en las páginas de nuestra literatura, porque Pedro Garfias no se parece nada más que a Pedro Garfias.—Ceí de LARA.

EN poco tiempo se han publicado en Méjico tres libros de com-patriotas exilados que ofrecen para nosotros gran interés: "Las nacionalidades españolas" (1948), de Luis Carretero y Nieva; "La Rioja en el reinado de Alfonso VI" (1950) de "Jesús de Leza"; y éste que comentamos ahora, "España y las Españas" (1950), de nuestro compañero Mariano Granados. Los tres autores son castellanos —segoviano el primero, riojano el segundo y soriano el último—, y los tres, de personalidades y formaciones muy distintas, manifiestan un aspecto común: estudian sus temas con cri-

terios acordes, en general, con el verdadero espíritu de la mejor tradición castellana y opuestos, por lo tanto, al falso tópico de la Castilla hegemónica, que algunos quieren presentar como una especie de Prusia española rectora indiscutible de una España imperial. Acostumbrados a oír hablar de "Castilla" a "castellanos" de Tierra de Campos o la Mancha, que suelen enfocar los problemas de España con el criterio centralista arraigado en ambas comarcas, la publicación de estos trabajos, de auténticos castellanos, en los que se mira a los restantes pueblos ibéricos con espíritu de cordial igualdad es muy halagadora. De extenderse este espíritu entre las generaciones jóvenes se habría dado un gran paso para la acertada solución de muchos de los difíciles problemas con que se enfrenta este rico conjunto de pueblos que es nuestra España.

Recoge Mariano Granados en su obra varias conferencias que pronunció en Méjico y fundamentalmente las cuatro que desarrolló en el Ateneo Español de esta capital en noviembre de 1949. Consta el libro de seis capítulos, el último de los cuales trata de un tema especial: el problema internacional de Marruecos y Tánger desde un punto de vista español. Los otros cinco constituyen un ensayo, y de él son los tres primeros los que dan su título al volumen.

Después de examinar el pasado de nuestra patria y la formación del actual Estado español "opresor de las Españas", el autor se plantea decididamente el concepto de la España común con caracteres de problema, que resuelve con una integración de las Españas en España que prenda en las almas de los hombres ibéricos nuevas ilusiones y renacidas esperanzas.

"La uniformidad impuesta brutalmente —escribe Granados— no ha logrado la cordial nacionalización de España. ¿Quiere ésta integrarse en un auténtico Estado español donde se unan cordial-

mente las Españas? Tiene que destruir la política unitaria, de unitarismo impuesto por la sangre y por el fuego; tiene que reconocer todas las nacionalidades españolas, las personalidades regionales o las autonomías, que aquí el vocablo no importa, y mediante ese reconocimiento que ha de abarcar a todas ellas, pero a *todas absolutamente*, ya que por lo común sólo se suele reparar en las más vocingleras o en las de personalidad más adecuada, reanudar el proceso de su renacionalización". En este párrafo de la obra se pone claramente de manifiesto el espíritu y el pensamiento de la misma.

Al abordar el tema de los Estatutos regionales, el autor dice: "Los hombres de la República tenían una mentalidad unitaria, y no se habían planteado seriamente el problema fundamental de la organización del Estado, que, para responder a las esperanzas y al aliento del 14 de abril, habría de ser un Estado nuevo, entroncado con nuestra genuina tradición, no con la tradición superpuesta de la monarquía austro-borbónica. El sistema de los Estatutos no fué sino una humilde y peligrosa válvula de escape de lo que debiera haber sido una franca organización regional, comarcal, o de los países de España, que el nombre no me importa, pero, en definitiva, una nueva estructura del Estado".

Portugal en el mundo ibérico; la revolución española iniciada en 1931, las cuestiones del ejército, de la Iglesia, de la reconstrucción económica y otras de pareja importancia son analizadas por Mariano Granados con criterios que, indudablemente, ofrecen extraordinario interés.

Entre la copiosa y rica obra impresa (literaria, científica y política) de los republicanos españoles en el exilio, este libro es muy interesante para todos aquellos que sienten inquietud por los actuales problemas de España.—A. CARRETERO.

Honoꝛ labor e
gloꝛia de noſt
re ſenoz deca
Xꝑu criſte de
la gloꝛioſa ſacraſiſſima
verge maria mare ſua ſe
noꝛa noſtra. Comenca
la letra del preſent libre
appellar ſiꝛans lo blanch
dirigido per moſſen Joa
not marroꝛell caualler al
ſereniſſimo pꝛincep don
ſerrando de portogal.

De la qualo los pꝛoces e ſuſo /
cualo ſan en ſe aozes comenoz e p /
peruanz luro recoꝛdacione: vꝛuſuo
ſo aozes. E ſingularmꝛe loo moꝛ
ſuſuſos aozes de caualleria de aqꝛ
tan ſamoz caualler: que com lo loꝛ
replandoz: entre los aozes plane /
reozes replandoz: aqꝛeſt en ſingu
lorat de caualleria enreſo aozes
Caualler del mon apellar Tirant
lo blanch: qꝛi p la vꝛtue conqꝛiſta
moꝛte regnez pꝛouincies: donde
lo a aozes cauallero: mo volent ne
ſino la ſola honoz de caualleria. E
mo aozes conqꝛiſto por L imperi
gꝛeco cobꝛant lo deſa Turche q
aqꝛeſt hauien ſubſogat a ſuꝛ domi
ni deſa crꝛiſtiana gꝛeſos. E com la
deſa ſuſo: ſaꝛe aozes ſi de L. E. ſi
ſien en lengua angloſa: abvoſta il
luſtre ſeꝛoſia ſu ſuꝛ grat voler me
pꝛegar la gꝛas en lengua portogꝛe
la: opꝛiant per yo eſter ſuꝛ algun
tempo en la villa de Englandra de
gꝛas moꝛte ſaber aquella lengua q
altri. Les qualo pꝛegꝛates ſon ſu /
deoz aoz moꝛte acceptables mana /
menta. Com ja yo ſu per moꝛte
de obligat manſcribat loo aozes vꝛ
moꝛte de cauallero paſſato moꝛte
ment com en lo bit tractat ſu moꝛte
ſeꝛamꝛe lo moꝛte tot lo dꝛeꝛe oꝛ
de de armoz e de Caualleria. E ſu
ſu conſiderato ma inſuſuſencia: e
les curial: ſeꝛe familiar ocupacio
qui oſten: E les oſerſiſas deſa
noꝛte Joꝛnana: qꝛi no bonenre /
a. 11

Molt excel
vꝛuſos: e
gloꝛioſ pa
eꝛeꝛe pꝛe
eꝛant. Jar
ſu pꝛeꝛu
gaba ſu /
ma ſoꝛ in
foꝛmat de
voſtreꝛe
vꝛuſo. Molt moꝛte moꝛte aoz de lo
gꝛas moꝛte de aqꝛeſt per voſtra
ſeꝛoſia voler me comꝛicꝛe deſ
aꝛeꝛe vꝛe vꝛuſoſiſſima deſa lo
bat loo ſeꝛe deſa aozes vꝛuſoſos
e en ſu moꝛte gloꝛioſo cauallero.



Tirant lo Blanch, Valencia 1490

ESPAÑOLADAS ESPAÑOLAS

(Viene de la pág. 6)

lo acontecido a una maniobra de los curas, de aquellos curas montaraces tan duchos en el uso del sable, del pistolón y del trabuco. En el caso de la huelga de Barcelona —como luego en los de Bilbao, Fabero, San Sebastián y Vitoria—, se dijo que eran maniobras de Falange. Quizá quede aún algún retrasado mental que explique el ejemplar acto de la ciudadanía madrileña como una habilidad del Nuncio, pero la mayoría empieza a comprender que se ha engañado, que España, viva, actual, plétórica de valores morales, está a punto de sumir al mundo en el asombro demostrando que un pueblo puede liberarse por sí mismo, y lo que importan tanto: que a pesar de cuanto cerca al hombre, aun es posible la esperanza.

Ahora, todo emigrado que no ha perdido la raíz ni enajenado la razón a beneficio de algún dogma, se pregunta acuciosamente có-

mo ayudar, qué hacer que le justifique ante sí mismo y que le reincorpore de manera efectiva al esfuerzo y la lucha de su pueblo. A nuestro entender, lo primero es mirar cuanto allí pasa con ojos limpios de telarañas y de sombras, es decir, de lugares comunes y de pasados muertos; luego, pensar rigurosa y desapasionadamente por qué ha sido posible la tragedia, desentrañar todas sus causas y analizarlas seriamente, y, ya por último, hacer propia la idea de que sin diálogo civil y sin valorización igual del propio derecho y del ajeno, no hay convivencia ni libertad posibles.

Sin esa nueva reestructuración interior, la aportación física a la lucha no puede compensar el daño de incorporar a cuanto está naciendo la confusión y las miserias de una mentalidad totalmente caduca.

(Viene de la pág. 36)

plando la vida íntima del *cábaro* y el *chapparrudo* en el acuario de la Estación de biología marina. Eran los paletos. La aristocracia los ignoraba con olímpico desdén, entregada a su ocupación favorita: las regatas de balandros.



Las regatas de balandros eran la calificación de la aristocracia. Los más nobles y acaudalados eran los dueños de los balandros de más eslora, contruidos en los arsenales ingleses. Los de menos alcurnia genealógica y económica, se conformaban con balandros de construcción nacional. La modesta aristocracia local, se sentía orgullosa y satisfecha figurando como organizadora de las regatas y tomando parte en ellas presenciándolas a bordo del "Cuco", barco-jurado o desde la caseta del "Club de regatas". En progresión descendente, los aspirantes a aristócratas tenían botes de vela con quilla plana, y los simplemente admiradores, señoritos de "quiero y no puedo", cifraban sus anhelos en el uniforme: gorra de plato con funda blanca, saco azul con botones de

(Viene de la pág. 1)

libro truculento, que chorree sangre, que exponga miserias, escenas de aléluya, chafarrinones melodramáticos, etc. Es un libro sereno, claro, rotundo y simple. Porque es el libro del que espera la última hora, encogiéndose de hombros, resignándose a su suerte y con una piadosa ironía en los labios. "No me lloreis porque a vosotros también os llegará el trance". Pero ¿así vive la ju-

ventud española? ¿Así se arrastra por la sociedad sin que lo adviertan los peregrinos, los turistas y los espectadores? ¿En eso se ha convertido el pueblo de Numancia, de Fuenteovejuna, de los anarquistas, y de los alegres combatientes de 1936? ¿Eso es España? Pues si es eso, conviene advertir que las ruinas de los castillos que aun permanecen en pie en algunas cumbres ibéricas son menos ruinas que esos pobres hombres que viven agazapados y perdidos por las calles ruidosas de cualquier ciudad española... Esa angustia diaria, esa desesperación moral, ese temor constante, esa violencia contenida, ese afán de pasar inadvertido y ese dolor de sentirse preso, zaherido, acosado mientras se camina bajo el sol o entre las sombras está dando a la juventud hispana cierto sentido de bestialidad. España es una selva, y la ley del más fuerte se ha impuesto. Cuando no se tienen garras, la astucia prevalece. De modo que la ferocidad colectiva es un santo y seña. Se ha dejado de ser Pedro o Enrique para ser tigre o zorro... Quien corre es ciervo y quien se esconde, topo. Todos los

España en el Recuerdo

ancla, pantalones blancos, calcetines blancos, zapatos blancos... y caminaban con paso largo y elástico muy estilo borbónico, contemplando con aire melancólico el vuelo blanco de las gaviotas.

Se sucedían las verbenas populares con sus casetas adornadas con farolillos a la veneciana y cadenetas de papel de colores, el insoportable olor a aceite quemado de las churrerías y la música alegre y chulapona molida en los organillos, dando una versión aproximada de las clásicas verbenas madrileñas de zarzuela; las cucañas marítimas en el palo ensebado, en una interpretación vulgar de la vida aperreada; las decorativas batallas de flores... a base de serpentinatas; las carreras de cintas, primorosamente bordadas por las delicadas manos de las más acreditadas señoritas cursis; los fuegos artificiales, quiméricos y luminosos castillos en el aire de la imaginación infantil. Y culminaba el verano con las ferias de la Alameda Segunda, orgullo del concejal presidente de la Comisión de Festejos.

Los días de corrida de toros, recorría las calles una charanga interpretando pasodobles toreros, precedida por un lanzador de bombas y cohetes y seguida de un grupo de *aficionados* que marcaban el paso al compás de la música y saludaban con la mano a las personas que contemplaban el desfile, forjándose la ilusión de que estaban haciendo el paseillo en la Plaza de toros.

Así era el Santander de mis recuerdos... El cosmopolitismo ha ido desplazando paulatinamente el color local y hasta creo que llueve menos, quizás por orden del caudillo.

Un glorioso incendio arrasó hace pocos años los viejos barrios donde estaban acurrucadas las casas de prostitución, próximas a la Santa Iglesia Catedral. No sé por qué extrañas y escandalosas circunstancias esas mansiones execrables están siempre cerca de los centros de trabajo de los canónigos. Y para mayor escándalo, frente al palacio del Obispo, tenía su casa la Claudia, oronda y catolicísima alcahueta, verdadero ángel tute-

ciudadanos han adquirido el poder o la mafia necesaria para sobrevivir...

—España se ha convertido en un zoológico en libertad— dijo alguien al terminar la

lar del amor impuro y solapado de varias generaciones santanderinas.

Las grandes fortunas amasadas en el mercado negro, se han invertido en ostentosas construcciones de pingües rendimientos, que han cambiado totalmente el aspecto y el ca-



rácter de la ciudad. Sus propietarios, los antiguos aspirantes a señoritos, tienen ya sus balandros. Son la nueva aristocracia de camisas viejas, descendientes, por la camisa, de Isabel la Católica. Santander debe estar desconocido.

*

Ahora me imagino una estampa dramática: la de una anciana en soledad definitiva (el compañero de su vida ancló en la rada postrera y fatal, y sus hijos, víctimas de la galerna cainita, arribaron, naufragos, a las costas de América) que, en la noche de su miseria, cuenta y recuenta sus escasas monedas, angustiada porque, al día siguiente, tiene una cita clandestina con un kilo de arroz...

mientras se va llegando a la inevitable conclusión de que todo se ha perdido. Queda un consuelo satánico: el de que los indiferentes y los que se tapan los oídos perecerán. Que si con su indiferencia quieren evitar males mayores, éstos llegarán y además los envolverán sin dignidad y decoro. Esa juventud que presenta Juan Hermanos piensa que es la víctima escogida, pero que los pasivos colaboradores de los victimarios

EL FIN DE LA ESPERANZA

lectura del libro. Se impone la ley del más fuerte o la del más cauto. Hay ferocidad y viveza en la máscara de cualquier transeunte. Se impone la violencia y la hipocresía. La población española se ha duplicado por que todos los españoles son dos: el que es y el que simula ser. Y a veces la personalidad se multiplica y se añaden otras factas: el que hubiera debido ser, el que quiso haber sido, el que desearía ser, el que renuncia a ser... Pero todas esas facetas arrancan de la raíz desesperada del adolescente que sabe que no vive su propia vida...

Juan Hermanos cuenta una historia sencilla. La peligrosidad y la aventura se han hecho costumbre. Y también el renunciamiento. Cada día hay menos gente que cree en la solidaridad humana. Se corre el peligro de que los últimos ejemplares del humanismo se acaben. Este librito de Juan Hermanos —que revela, dejando aparte el testimonio social, a un espléndido escritor— no se cae de las manos en momento alguno. Secos se tienen los lagrimales y sin embargo, saltan las lágrimas y ruedan por las mejillas...

tendrán un fin tan trágico y menos decente. Viven de rodillas y morirán aplastados... Ese libro, ese libro de "El fin de la esperanza" ¿Cómo ha podido ser escrito en España? ¿Quién lo ha escrito? ¿Cómo ha podido pasar la frontera y llegar a París? Quién lo lea tiene la doble emoción de estar leyendo una aventura trágica y de saber que esa aventura trágica se duplica con la del autor que se ha jugado en cada cuartilla su vida, y la de sus allegados. Es una aventura literaria y apostólica.

Yo no sé quien es Juan Hermanos. Pero en él he reconocido a tantos heterodoxos españoles, he reconocido a tantos amigos, a tantos compañeros que no me sorprendería nada que fuese éste o aquél... El libro de Juan Hermanos lo hubieran podido escribir millones de jóvenes. En realidad, lo han escrito. Hay que agradecer a J. P. Sartre que haya lanzado con su prólogo un motivo más de desesperación de nuestra época.

Y, sin embargo, aun hay una remotísima esperanza —muy remotísima— Y eso nos permite sobrevivir.

Francisco MADRID

EL SUEÑO DE BARBA AZUL

Es cosa sabida por todo el mundo, y muy especialmente por las legiones de admiradores con que cuenta en los cinco continentes que Charlie Chaplin ha tenido escasa fortuna en sus relaciones amorosas con las mujeres.

En realidad, no se trata del caso común y corriente de un hombre ordinario que tiene mala suerte en su trato con el sexo femenino. Si se piensa detenidamente sobre el "caso Chaplin", se llega a la conclusión de que a éste le ocurrió con las hijas de Eva exactamente lo que tenía que ocurrirle. Al parecer, Chaplin ha sido un tipo donjuanesco, muy enamorado y fácil admirador de los encantos físicos femeninos; pero todo lo que su temperamento tiene de inflamable y propicio a la rápida percepción de estos encantos, lo tiene, en cambio, de racio a la comprensión de otras cualidades que pueden adornar a la mujer, siquiera sea de un modo excepcional.

Como buen lector y admirador de Shopenhauer, Chaplin ha sido un tanto misógino en su vida privada. Esto puede parecer una paradoja en el caso de un hombre que se ha casado tantas veces; pero no lo es en realidad. Una cosa es que Chaplin haya experimentado con frecuencia —y de manera irresistible— el impulso sexual hacia numerosas mujeres, y otra, muy distinta, es que haya sentido el menor aprecio o el más leve sentimiento de admiración por ellas.

Como ocurre con frecuencia en los individuos de una marcada tendencia donjuanesca, Chaplin acaso ha visto sólo en la mujer —o por lo menos en la inmensa mayoría— los atributos de la belleza y del atractivo sexual, concediendo poca o ninguna importancia a los atributos de orden moral e intelectual. Esta tendencia puede conducir fácilmente a un hombre a la idea, un poco extraña, de que la mujer es su enemigo natural y más peligroso. También puede inculcarle un decidido horror hacia el matrimonio, y si a pesar de todo incurre en él, su vida conyugal será desapacible, borrascosa y de muy corta duración. Porque suele ocurrir que esta clase de sujetos, cuando se deciden a aceptar el yugo matrimonial —después de muchas dudas y temores— acaban por hacerlo precisamente con el espécimen femenino que responde mejor a la pesimista idea que ellos tienen de todo el sexo llamado débil. Es decir, que se casan generalmente con mujeres bonitas, de fuerte atractivo sensual; pero frívolas y ambiciosas, amantes del lujo y del dinero, egoístas y superficiales, de inteligencia poco desarrollada y escasa densidad humana. Esta clase de mujer, capaz de satisfacer con plenitud durante un tiempo más o menos largo las apetencias sexuales del macho, es completamente incapaz de despertar y robustecer sólidamente los impulsos afectuosos y sentimentales del hombre.

Por

FRANCISCO PINA

F FRANCISCO Pina ha escrito un hermoso libro sobre Charlot. Los que conocían la devoción de Pina por el claro varón de la pantalla, esperaban este libro tan rico en sabiduría, en elucidantes suposiciones, en ráfagas poéticas...

Pina se sabe, lo que se dice al dedillo, la total peripecia cinematográfica del genial atrabancado, del aturdido hombrecillo pálido, vagabundo, intranquilo, angelical, en mitad de la calle dinamitada de problemas. Se lo sabe desde su picaresco guiño original, desde aquel primer sacudimiento de hombros —¡tan filosófico!—; desde aquel lejano derrapazo espectacular, desternillante al doblar la esquina salvadora para dar esquinazo al bigotudo y colérico mantenedor —uniformado— del orden, hasta su tranquilo ademán ante la muerte en una de sus últimas películas.

Mezclando devoción, conocimiento y arte, Francisco Pina ha escrito una admirable, redonda, recreadora biografía sobre el superior humorista del cine. Quedan desechados deliberadamente —inteligentemente— los pesados ingredientes que sólo lucen con sorda dignidad en la falsa biografía para el bárbaro lector.

Las fechas yertas ya están en su condigno cementerio, en el libro muerto. En este de Pina queda en pie —viva y alentadora— la universal lección de ese milagro que es Charlie Chaplin.

LAS ESPAÑAS se honran al presentar en este número un capítulo del estupendo libro escrito por uno de los más queridos y cultos colaboradores de nuestra revista.

Por otra parte, en los individuos como Chaplin puede darse con facilidad la siguiente paradoja: si bien en la vida cotidiana tienden a dejarse seducir por la mujer liviana y de fuerte incentivo sexual —pensando tal vez que eso es lo único bueno y positivo que una mujer puede ofrecer— ocurre que en el mundo de sus sueños, en la esfera de sus fantasías y sus más altas aspiraciones, dibujan con fuertes rasgos una silueta femenina que es un dechado de virtudes, tanto en el dominio de lo físico como de lo moral.

Estos hombres que llevan grabada en la mente la bella imagen de una mujer idealizada por su fogosa imaginación, pero que en la vida diaria tienden con impulso irrefrenable a relacionarse con un tipo femenino que es el que menos responde a la creación de su fantasía —o que responde sólo en lo concerniente a la belleza física— son los hombres llamados a experimentar el mayor número de fracasos. En el curso de su existencia, tan pronto como tienen los primeros contactos con el sexo opuesto, se sienten hondamente defraudados, víctimas de un deseo que les encadena inexorablemente y les obliga a buscar la momentánea compañía de un ser extraño, sin la menor afinidad temperamental, con un concepto de la vida completamente distinto al de ellos.

Estos hombres son por lo general idealistas y soñadores, de sensibilidad fina y agudizada, amantes sinceros del arte en todas sus manifestaciones, despreocupados de la riqueza y el lujo, así como de esos tontos deseos que satisfacen la vanidad pueril de

las personas menos evolucionadas. A las mujeres con quienes intiman les ocurre exactamente lo contrario: no son idealistas ni soñadoras, el arte les importa un comino, es la riqueza y el lujo lo único que para ellas cuenta y se despepitan también por esos necios deseos que halagan su vanidad ilimitada. Pero, en cambio, pueden mostrar encantos irresistibles y prodigar las delicias de un placer que, no por ser fugaz, deja de ser intenso.

Desilusionados por no encontrar en la mujer más que uno de los aspectos con que la adornó su fantasía, irritados al mismo tiempo por el imperativo sensual que no les permite prescindir de ella, no es nada extraño que estos hombres se muestren con frecuencia exageradamente duros y excesivamente despectivos en sus apreciaciones sobre el sexo femenino.

A veces se deciden a ampliar el campo de sus experiencias amorosas, y entonces puede ocurrirles que se tropiecen con alguna de esas "filisteas" que simulan interesarse por las cosas más elevadas de la vida. Pero este burdo juego dura poco, por dos motivos. Primero: porque ese tipo de mujer "leída y escrita", "marisabidilla" o "sabhonda", suele ser de una pedertería insostenible, y además está ayuna de un verdadero atractivo físico. Y segundo: porque el hombre de las características que estamos examinando no tarda mucho en darse cuenta, con el consiguiente hastío, de la farsa desagradable y monótona que la "filisteas" está representando sin ninguna gracia y con los mismos propósitos de lo que ella lla-



maria una mujer "vulgar": atraparle por medio del fingimiento y convertirlo en un marido paciente y capaz de llevar a casa el dinero necesario para vivir de la mejor manera posible.

Pero estos fracasos y decepciones no impiden a nuestro hombre, ni mucho menos, seguir forjándose la ilusión de una mujer idealizada. Y su tenacidad en ese empeño obedece precisamente al hecho de no haber encontrado en la vida cotidiana la encarnación de ese ideal, tan laboriosamente forjado durante las deliciosas horas en que se da rienda suelta a la fantasía.

Tal vez esta clase de individuos sean demasiado exigentes en el amor, y sobre todo, se obstinen en encontrar una clase de compañera inexistente en este bajo mundo, ya que tendría que ser, más que un ser humano, la encarnación de un vago anhelo, la materialización de un sueño creado por una mente en ebullición. En cuestiones de amor, ellos quisieran poner en práctica la extrema teoría de "todo o nada", y aunque se consideren capaces de responder con sus actos en todo instante a ese radical postulado, es muy probable que ello no pase de ser un anhelo acariciado en la intimidad, una aspiración hermosa pero imposible.

Acaso llega un momento de su vida en que pueden sacar a flote todo su inmenso caudal de ternura y de cariño, de lealtad y de apasionamiento, de admiración exacerbada y sincera hacia la mujer que es capaz de seguirlos y comprenderlos. Pero ese momento llega cuando la juventud se ha marchado, cuando el hombre ha rebasado la plenitud y comienza a entrar en la vejez. Puede ocurrir entonces, como en el caso de Chaplin, que ese hombre de atrayente y vigorosa personalidad, a pesar de sus canas y sus achaques, posea todavía el suficiente atractivo para cautivar y conquistar sólidamente, aunque de un modo más sentimental y afectivo que pasional, a una mujer mucho más joven que él.

En el amor de esta mujer habrá bastante más de admiración y de ternura que de atracción por los atributos físicos del hombre amado; ella encontrará un placer hondo y refinado en el hecho de entregarse por completo a ese sentimiento admirativo, de vasallaje absoluto ante la personalidad masculina, así como también en el hecho de prodigarle sin tasa todo el caudal inagotable de su maternal ternura.

Cuando un hombre con las características amoratorias de Chaplin está llegando al final de su accidentada carrera amorosa, y después de infinitos errores y tropezones se encuentra al fin con este otro tipo femenino —mucho más próximo a su ideal que el de todas sus desdichadas experiencias anteriores— puede decirse que ha logrado en parte considerable uno de los anhelos más imperiosos de su vida. Comprende entonces su gran error —inevitable por otra parte— de tender a seleccionar llevado por el impulso exclusivo del instinto sexual, y advierte con grata sorpresa que es capaz —extraordinariamente capaz— de encontrar y apreciar en una mujer algo más que la simple satisfacción de un apetito. Comprueba asimismo con redoblada y gozosa sorpresa que no sólo es capaz de encontrar y apreciar ese "algo más", sino que puede también corresponder con una pasión de sinceridad tan grande, como jamás la hubiera imaginado en sus juveniles y donjuanescos trapicheos.

Chaplin contrajo hace algunos años su cuarto matrimonio con Ona O'Neill, hija del célebre dramaturgo. En contra de lo ocurrido en otras ocasiones, ese matrimonio perdura dichosamente. Aunque su actual esposa es mucho más joven que él, parece —¡y ojalá sea cierto!— que Chaplin ha encontrado por fin el reposo espiritual y la comprensión en la vida matrimonial.

Hemos hablado de la misoginia de Chaplin al principio de este capítulo. Yo la tengo por cierta, no obstante que en sus películas, es decir, en su labor creadora, apenas se encuentren rastros de ella. Ocurre así en todas sus producciones, con excepción de "Monsieur Verdoux". En esta cinta surgió de pronto, y con caracteres bien dramáticos,

todo el lento proceso de despecho y resentimiento que se había ido desarrollando en la intimidad del gran actor. No era justo ni razonable esperar otra actitud como resultado de sus experiencias amorosas, aunque también es muy posible que en ello contribuyese su propio temperamento.

Cuando Orson Welles le sugirió la idea de filmar una película con el asunto de Landrú —el hombre que "las mataba callando"—, Chaplin debió pensar que había llegado el momento de poner en juego esa faceta misógina de su genio.

Este asunto le ofrecía también un magnífico pretexto para emplear a fondo toda su enorme fuerza satírica contra las plagas más repugnantes y peligrosas de la sociedad actual. Y, como es lógico, aceptó encantado la idea y la desarrolló luego magistralmente.

En "Monsieur Verdoux" hay una galería muy diversa de especímenes femeninos: desde la vieja avarienta, seca, avinagrada y suspicaz, hasta la esposa dulce y abnegada que sabe llevar con resignación la pesada cruz de su invalidez. Hay también el tipo de la mujer ordinaria y rapaz, irresistiblemente dinámica, dotada por la naturaleza con una vitalidad exuberante y una buena suerte invariable, ante la cual se estrellan la astucia y las singulares aptitudes criminales de monsieur Verdoux.

Y nos encontramos igualmente con una fémina que no podía faltar: la muchacha ingenua, desamparada, leal y valerosa, que se enamora perdidamente del hombre comprensivo que le tiende generosamente una mano y la ayuda a emprender un camino más firme y luminoso.

Esta jovencita de tipo angélico, sin las marrullerías de ambición ni los torpes egoísmos de la hembra codiciosa y sensual, es precisamente la heroína de casi todas las producciones chaplinianas anteriores a "Monsieur Verdoux". Naturalmente, ella respondería perfectamente al ideal femenino forjado por su creador. Un ideal que, por ser demasiado utópico, siempre se le escapa al vagabundo de entre las manos.

En "Monsieur Verdoux" vuelve a presentarla, pero añadiéndole nuevas características: es también ingenua y se halla sumida en el desamparo y la miseria, como las otras, pero posee más armas para enfrentarse a la lucha del mundo, y en su carácter hay ciertos matices de reciedumbre moral; no esperará pasivamente año tras año la posibilidad de que un hombre la saque de la penuria, para convertirla en una de tantas esposas sometidas por el dinero; hará frente a los reveses de la vida y procurará solucionar sus problemas sin la intervención ajena. Se adivina también en ella un vigor intelectual superior al de las viejas heroínas, y aunque no deja de ser bonita y dotada de exquisita feminidad, sus ideas sobre ciertas cuestiones se aproximan más a las del hombre que a las de la mujer. Pero acaso lo que pierda en candor y en aptitudes angélicas, lo gane en firmeza ideológica, en lealtad y en valor humano.

Recuerde el lector que esta joven, que está a punto de ser víctima de monsieur Verdoux, se salva de perecer a sus manos, gracias a un accidente fortuito. Verdoux empieza a interesarse por ella al observar que lleva un libro y preguntarle de qué autor es. La joven le responde que es una obra de Shopenhauer (curioso que esté leyendo al filósofo inspirador del antifeminismo chapliniano) y entonces el vago interés de monsieur Verdoux se hace menos vago y empieza a concretarse en un principio de admirativa simpatía. Después, y gracias al maravilloso diálogo que mantiene con ella, Verdoux no tarda en comprender que esta muchacha, caída accidentalmente entre sus garras de asesino experto, pero también escrupuloso, no tiene nada de común con sus anteriores víctimas, con esa clase de mujeres que él elimina sin gran esfuerzo, y es cuando decide ayudarla y perdonarle la vida. Finalmente la despide gentilmente, besándole la mano.

Siempre he creído que esta escena, la más bella y sugeridora de la película "Monsieur Verdoux", es asimismo una escena que pu-

diéramos llamar clave. Viéndola —y comprendiéndola— podemos aclarar con facilidad la posición chapliniana ante el sexo opuesto.

Los impulsos criminales de monsieur Verdoux, su inexorabilidad y su frialdad, su decisión de expoliar y aniquilar a ciertos ejemplares del género femenino se convierten de pronto en piadosa simpatía, en admiración y en deseo de ayuda. ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso él tiene en cuenta otra cosa que no sea el dinero ahorrado por sus víctimas? Claro que tiene en cuenta otras cosas. Y además, ¿en qué invierte ese dinero malhabido? ¿Lo gasta en proporcionarse una vida regalada y burguesa? ¿En mujeres fáciles, en cabarets, o en otras diversiones por el estilo? No. Lo necesita para aliviar la pesada carga que lleva sobre sus hombros una mujer inválida; también para que un niño inocente, que él tiene la responsabilidad de haber traído al mundo, pueda escapar en fecha no lejana, gracias a la impunidad que proporciona el dinero todopoderoso, a la desgracia de convertirse en carne de cañón, de morir como una rata en una de esas gigantescas matanzas en gran escala que organizan periódicamente los previsores gobernantes de nuestros días.

Chaplin rinde en esta película el más ferviente y cordial homenaje a esa mujer idealizada y excepcional, tipo de selección que puede ser la única posible compañera de un hombre con las características suyas. A las demás... les reserva las calderas de monsieur Verdoux.

Enemigo del matrimonio que se realiza por cálculo, de esa triste y sórdida parodia del verdadero amor, ha ridiculizado en alguna ocasión las virtudes domésticas de algunos pobres esposos amaestrados.

Hay en una de sus primeras cintas, la titulada *Idle Class*, una señora que se ve obligada a abandonar al marido porque éste es un borrachín. El buen hombre recibe un mensaje de su señora en el que le comunica que, si deja por completo el feo vicio de la bebida, ella se siente dispuesta a regresar al duce hogar.

El dipsómano recibe tan grata noticia con expresivas muestras de alegría; también en su rostro se reflejan —a través de la incomparable mímica chaplinesca— ciertos gestos de contricción y arrepentimiento por su incalificable conducta. En seguida viene una escena en que le vemos de espaldas, vuelto hacia un rincón; todo su cuerpo parece contraerse por los amargos sollozos a que le obligan los tremendos remordimientos de su conciencia, o acaso también por la gran alegría que experimenta al sentirse perdonado por la señora; ésta va a regresar, y acabará la penosa soledad del infeliz abandonado.

Aquel hombre vuelto de espaldas, cuyo cuerpo nos da la sensación de hallarse sacudido por un intenso dolor de arrepentimiento, debe tener el semblante amargo y los ojos llenos de lágrimas.

El público le mira con sincera lástima, compenetrado con su patética situación. He aquí una pequeña tragicomedia de la vida cotidiana, un hombre bueno, pero atrapado por el demonio de la bebida, y una esposa modelo que lo sanciona temporalmente, para ver si lo corrige, y que al fin perdona en un rasgo generoso. Las gentes sensibles y preocupadas por el estricto mantenimiento de las virtudes domésticas pueden hallarse encantadas con el trabajo de Chaplin. Aunque no se le ve el rostro, ¡qué fuerza dramática y qué emoción hay en esos movimientos de su cuerpo, sacudido por el dolor y la alegría!

Pero estas gentes, que por fortuna son la minoría en el regocijado público de Chaplin, van a llevar un chasco muy grande. Porque resulta que nuestro borrachín se vuelve de pronto, y en seguida podemos comprobar que no estaba llorando, ni mucho menos; hallábase entregado a una tarea mucho más grata: se preparaba en una coctelera un sabroso trago, para celebrar sin duda el regreso de su señora...

Con esta escena de una comicidad tan irresistible, que ha provocado siempre en

(Pasa a la pág. 34)

IDEAS NUEVAS E IDEAS VIEJAS

EN anteriores artículos aparecidos en "Las Españas", he descrito los principios en que se apoyan los fenómenos de la herencia y la variación, como base para explicar la evolución de las especies. Tal exposición era a mi juicio necesaria para poder examinar las teorías sobre dichos fenómenos biológicos, confusa y profusamente divulgadas en los últimos tiempos, formuladas por un grupo de hombres de ciencia soviéticos, encabezados por Trofim Lysenko, teorías que están apasionando intensamente a técnicos y profanos.

Antes de entrar en el examen de estas nuevas ideas, creo conveniente hacer una aclaración, dado lo espinoso del tema. Tanto los defensores, como los detractores de la nueva doctrina, involucran lamentablemente la política con la ciencia, y quienes abordamos el tema corremos el riesgo de que se dé una interpretación política a nuestros argumentos u opiniones de carácter exclusivamente técnico. Por tanto, me interesa especialmente hacer constar que en nada de cuanto diga debe verse ni una apología de las doctrinas marxistas o del régimen soviético, ni mucho menos una condenación de las unas o del otro.

También conviene señalar que la ciencia rusa tiene una brillante tradición en el campo de la genética. Especialmente después de la caída del imperio y al amparo del impulso dado por la revolución a todas las actividades científicas, numerosos biólogos y agrónomos emprendieron vastos trabajos, particularmente en lo que se refiere a la creación de nuevas variedades de plantas y nuevos tipos de animales, adaptados a las variadas condiciones ambientales del inmenso territorio de las repúblicas soviéticas. Destacan entre ellos Karpenchenko y sobre todo Vavilov, antecesor de Lysenko en la Presidencia de la Academia de Ciencias Agrícolas y a quien se debe en gran parte el brillante papel que había desempeñado la genética rusa, al amparo de la revolución y actuando dentro de los principios ya clásicos del mendelismo y el Morganismo, antes de que vieran la luz las ideas de Lysenko y de su escuela.

En el Congreso de Genética celebrado en Leningrado en 1929, salta a la palestra por primera vez Trofim Lysenko, modesto profesor, hasta entonces desconocido, exponiendo tímidamente sus ideas sobre las fases vegetativas de las plantas, basadas en ciertos experimentos de vernalización de que más adelante nos ocuparemos. A partir de esa época, sus conceptos sobre la posibilidad de "educar" a las plantas y especialmente al trigo, para poder obtener grandes rendimientos en zonas donde hasta entonces no se habían podido cultivar, empezaron a hacerle famoso en Rusia y en el mundo entero. Su popularidad fué creciendo hasta llevarle a los puestos más destacados de la agronomía soviética. Pero al mismo tiempo que crecía su prestigio iban modificándose también sus ideas y como si esta enorme popularidad las fertilizase, se iban incubando y saliendo a la luz, teorías especiales sobre la herencia y la evolución, no siempre sustentadas en firmes bases experimentales, sino hijas de su imaginación y de una especulación, análoga a la que sirvió de base a las teorías evolucionistas del siglo XIX, en épocas en que las posibilidades de comprobación experimental de las concepciones biológicas eran limitadas. Como estas ideas se iban apartando cada vez más, aparentemente al menos, de los conceptos de la genética clásica, Lysenko y sus partidarios, fueron orientando cada día con más vigor la defensa y propaganda de sus teorías en un ataque desmedido a las ideas de Mendel y Morgan, sin considerar los aspectos que pudieran servir de base para una interpretación de sus propias observaciones dentro de dichos conceptos clásicos. Lysenko y su escuela han tenido en Rusia un éxito sin precedente en los medios científicos, que ha culminado en la incorporación de sus doctrinas

a los postulados políticos del régimen y a la condenación por éste de las opiniones opuestas. Esta identificación de una teoría científica con un sistema político, es quizá lo que más ha contribuido a desorientar a la opinión mundial. El hecho puede explicarse considerando que las teorías científicas de Lysenko, han ido acompañadas de notables progresos de orden práctico, en el campo de la genética aplicada, muchas veces espectaculares, hijos de la pericia de los agrónomos, pero independientes a veces de los conceptos teóricos sobre la herencia y la evolución, y suficientes para justificar un crédito ciego en las afirmaciones de los técnicos que las consiguieron, por parte de los dirigentes políticos.

Entremos en el examen, siquiera sea breve de los rasgos característicos de las ideas de Lysenko y su escuela. La base en que estas ideas se han apoyado está constituida tan sólo, en realidad, por dos hechos experimentales: la vernalización y la obtención de híbridos vegetativos.

Se conoce con el nombre de vernalización, primaverización o jarovización (vocablo este último derivado del idioma ruso, un tratamiento que permite cambiar el hábito de desarrollo de invierno de una variedad cultivada, a un hábito de desarrollo primaveral, o viceversa. Tomemos por ejemplo el trigo. Existen variedades de invierno o de ciclo vegetativo largo, que sembradas en otoño, germinan, inician su crecimiento, y al llegar el frío del invierno paralizan su desarrollo y quedan en un estado de vida atenuada, para reanudar su actividad vegetativa al empezar la primavera y completar su ciclo vital hasta la cosecha. Frente a éstas, hay variedades de primavera o de ciclo corto, que, sembradas en primavera, pasados los fríos del invierno, recorren sin interrupción su ciclo vital, y al cabo de tres meses o poco más, maduran su grano. Diversos experimentos, en que se han cruzado variedades de uno y otro tipo, parecen haber probado que ambos hábitos de desarrollo forman un par mendeliano en que el ciclo corto es dominante y el ciclo largo recesivo, es decir, que, al parecer, existen genes dominantes que determinan el ciclo corto, y genes recesivos que determinan el hábito de desarrollo invernal.

Si un trigo de invierno se siembra en primavera y no sufre la detención de la vegetación que determinan normalmente los fríos del invierno, no prospera y no da cosecha. Si un trigo de primavera se siembra en otoño y sufre la parada invernal producida por el rigor del invierno, es incapaz de vegetar normalmente, y tampoco da cosecha aceptable.

La vernalización consiste en someter a la semilla durante su germinación a condiciones anormales que modifiquen el hábito de desarrollo de la planta que de ella procede. Si la semilla de un trigo de invierno se humedece y se mantiene durante un número de días a una temperatura próxima a los 0 grados, al sembrarla más tarde en el terreno, da origen a una planta que no necesita de la interrupción invernal de la vegetación para madurar normalmente y dar una abundante cosecha de grano. Parece ser que esa detención de la actividad vegetativa se adelanta con el tratamiento indicado, y la planta la sufre durante su fase embrionaria y ya no necesita padecerla más adelante, durante su permanencia en el terreno.

Este descubrimiento tiene gran trascendencia científica, pues revela la posibilidad de transferir una influencia ecológica, indispensable para el desarrollo normal de las funciones, de una época a otra del ciclo vegetativo. Pero puede tener también un gran interés práctico, pues su aplicación puede ensanchar notablemente el área geográfica de muchas variedades interesantes.

Ahora bien, hasta Lysenko, nadie había conseguido dar a las plantas un nuevo hábito de desarrollo de un modo definitivo, es decir, que cuando se sembraban las semillas

SOBRE LA EVOLUCION Y LA HERENCIA

(Conclusión)

obtenidas en las plantas vernalizadas, en condiciones normales, volvían a exhibir su hábito de desarrollo tradicional. La vernalización, por tanto, sólo determinaba cambios fisiológicos en los individuos sometidos a ella, pero era incapaz de modificar la herencia de los mismos. El carácter adquirido por la acción del medio, no era hereditario. Pero he aquí que a Lysenko se le ocurre introducir una modificación, al parecer insignificante, en el proceso de la vernalización, que consiste simplemente en elevar la temperatura al final del período de enfriamiento de la semilla. Y cuando más tarde, siembra la semilla procedente de las plantas vernalizadas, se encuentra con la sorpresa de que, sin necesidad de nuevas vernalizaciones, las plantas exhiben el hábito de desarrollo primaveral, y ya en las generaciones sucesivas continúan exhibiéndolo. La fisiología de la variedad ha cambiado, la variedad de invierno se ha hecho definitivamente una variedad de primavera; su patrimonio hereditario se ha modificado por una influencia ecológica; un carácter, adquirido por la influencia del medio, se ha hecho hereditario. Parece existir una base para desmentir el dogma del concepto de la herencia, dentro de la genética ortodoxa. Luego veremos que no es así.

Pero antes examinemos la segunda base experimental de las nuevas ideas de Lysenko y sus discípulos. Esta segunda base experimental se inspira en los trabajos y teorías de Michurin, nombre en torno al cual se ha creado una especie de misticismo entre los técnicos jóvenes soviéticos y gran parte del pueblo campesino de la U. R. S. S. A la muer-

Iván Michurin



P o r J O S E L U I S D E L A L O M A

te de este investigador, en 1935, ya había empezado Lysenko a desarrollar sus teorías, y consideró que algunos de los trabajos de Michurin podían apoyar firmemente sus convicciones. Desde entonces, unió el nombre de éste a sus propagandas y a la exposición de sus principios, y Michurin se ha convertido en un símbolo cobrando mucha más fama de la que tuvo en vida. Decía Michurin: "No podemos esperar los favores de la naturaleza, debemos obtenerlos de ella", y esta frase se ha hecho un lema de las nuevas doctrinas rusas. Sin embargo, este lema es aplicable indistintamente a los propósitos de los biólogos y agrónomos de todas las tendencias, pues la mejora de animales y plantas, cualquiera que sea el principio científico en que se fundamenta, se basa en propiciar esos favores.

La aportación más importante que los trabajos de Michurin han hecho al conocimiento humano, es la obtención de lo que él llamó *híbridos vegetativos*. La experiencia secular de los arboricultores ha mostrado que cuando se realiza un injerto, se constituye una unidad vegetal nueva, en que la parte aérea, donde se obtienen las flores y frutos, pertenece a la variedad injertada, y la parte inferior del tronco, y sobre todo el sistema radicular, al patrón empleado, asegurando así una adaptación al suelo. En general, la variedad injertada se desarrolla con todas sus características esenciales y produce flores y frutos con las cualidades que les distinguen; precisamente en esa posibilidad reside la utilidad del método, practicado desde tiempo inmemorial. Pues bien, Michurin encontró en algunos casos que al florecer y fructificar la parte de esa nueva unidad perteneciente a la variedad injertada, sus frutos presentaban en parte caracteres típicos del patrón, y lo que es más importante aún, que, al tomar semillas de esos frutos y sembrarlas, las plantas resultantes daban, al fructificar, frutos como los del patrón y como los del injerto, entremezclados.

A estas plantas, descendientes de una planta injertada, es a las que dió Michurin el nombre de híbridos vegetativos, denominación que han conservado Lysenko y sus colaboradores, y que alude al hecho de que la generación se comporta como la descendencia de un verdadero híbrido, obtenido por el cruzamiento sexual de dos tipos diferentes. Michurin y Lysenko deducen de estos resultados la consecuencia de que el patrón, al intervenir en la alimentación de la parte aérea, le ha transferido algunos de sus caracteres y ha hecho que los frutos producidos por ella posean, en contradicción de lo que su herencia determinaba, caracteres que el medio, la alimentación en este caso, ha producido, y que, al aparecer de nuevo, en la descendencia obtenida a partir de las semillas, se habían hecho hereditarios, a pesar de ser caracteres adquiridos por una influencia ecológica. Tanto Michurin como Lysenko, creen ver en estos hechos una prueba irrefutable contra el mendelismo y la teoría cromosómica y génica de la herencia.

Los dos hechos así observados, en diversas ocasiones y en distintas especies, constituyen la única base experimental en que se apoya la escuela rusa, orientada por Lysenko, para anatematizar los conceptos de la genética ortodoxa y tratar de buscar, apoyándose en ellos, nuevas explicaciones a la herencia y a la evolución de las especies.

Desde 1929, las ideas de Lysenko se han ido precisando, y en cada nuevo congreso, en cada nuevo artículo, y en cada nuevo libro, se han ido apartando más de los conceptos clásicos del mendelismo y morganismo, aceptados con algunas reservas en un principio y proscritos más tarde. Culmina la formulación de las nuevas teorías, hijas de la especulación y amparadas tan sólo por la débil base experimental descrita, de una parte, en el libro denominado *La herencia y su variabilidad*, pequeño volumen escrito por Lysenko y publicado en 1945, cuyo conocimiento debemos quienes ignoramos el ruso, a la excelente traducción de Theodosius Dobzhansky, uno de los más ardientes defensores del morganismo, por ser uno de los investigadores que más han contribuido con sus trabajos al conocimiento de la mecánica cromosómica. Culmina de otro lado dicha formulación en

los informes presentados a la sesión de la Academia de Ciencias Agrícolas Lenin, celebrada en 1948, que merecieron el más absoluto respaldo del Comité Central del Partido Comunista Ruso, y determinaron la proscripción absoluta de la enseñanza de los principios mendelianos y morganistas en las universidades y escuelas soviéticas.

Lysenko explica la herencia con las siguientes palabras: "Herencia es la propiedad del organismo vivo de necesitar condiciones definidas para su vida, su desarrollo, y reaccionar de un modo concreto a diversas condiciones". Estas condiciones tienen para Lysenko un sentido algo diferente del que suele atribuirseles en general en biología, pues alude a los alimentos y a los materiales de que están integrados los tejidos, además de referirse a los factores del medio aéreo, temperatura, humedad, etc. Este concepto de la herencia, aunque no explica el fenómeno hereditario en sí mismo, tampoco está en pugna con los principios clásicos, para los que el patrimonio hereditario de cada individuo determina las respuestas del organismo al medio en que vive.

Pero Lysenko va mucho más allá cuando dice: "El organismo selecciona del medio los materiales que necesita, y esta capacidad de selección está determinada por su herencia", hasta aquí la idea es aceptable, pero luego añade: "las condiciones externas, una vez incluidas en el organismo y asimiladas por él, se hacen internas y no externas, se hacen partículas del organismo, y para su crecimiento y desarrollo exigen a su vez que los alimentos y las condiciones vuelvan a ser lo que fueron en el pasado", y más adelante, "el crecimiento de las partes y gránulos independientes de un organismo vivo, requiere las mismas condiciones del medio externo, con cuya asimilación edificó el organismo, inicialmente, esas partes y gránulos de sus tejidos y órganos". Ahora bien, el organismo puede no encontrar, según Lysenko, en el medio en que se desarrolla, esos materiales o condiciones, y en tal caso, o perece, o "se ve obligado a asimilar cualitativa o cuantitativamente condiciones anormales". Y entonces, dice: "cuando un organismo asimila por fuerza ciertos elementos, se anexionan éstos bioquímicamente al organismo, y se hacen indispensables para el crecimiento y desarrollo del cuerpo alterado"; de este modo, sigue, "las alteraciones en las condiciones de vida que obligan al organismo a realizar modificaciones en su desarrollo, conducen a cambios en su herencia".

Cuanto antecede, no es sino el reconocimiento de que los caracteres adquiridos por la influencia del medio, se hacen hereditarios. Es decir, supone un retorno a las ideas de Lamarck, expuestas en forma muy análoga a la empleada por algunos biólogos del siglo XIX, defensores del darwinismo puro, especialmente de Spencer.

Pero al ir tomando cuerpo en la mente de Lysenko estas ideas, hijas de sus observaciones en los dos tipos de experimentos antes citados, se ha ido incubando en él una aversión cada vez más violenta contra las teorías de Mendel y Morgan. Sus ataques no respetan naturalmente a la teoría cromosómica de la herencia, que para él es un fraude. En relación con esta teoría dice: "Los citogenéticos trazan un cuadro de la fecundación, mirando a través de un microscopio una preparación, con células en diferentes fases de división o desarrollo. Describen lo que pueden ver, y lo que no, lo inventan, haciendo suposiciones de acuerdo con la teoría de la herencia de Mendel y Morgan". Suponer que la herencia es transmitida a través de los cromosomas, "es completamente inaceptable para un biólogo". Está en desacuerdo con el proceso sexual y, en general, "es totalmente distinto de cualquier proceso biológico que tenga lugar en el organismo vivo".

Según Lysenko, en el momento de la fecundación, el gameto o célula reproductora femenina, absorbe a la masculina, de tal modo, que existen muchas más posibilidades de que el descendiente herede los caracteres maternos que los paternos. Esto conduciría, en su opinión, a que no exista segregación posterior de caracteres en la forma que supone la genética ortodoxa. Esta supuesta mezcla

de materia viva de origen paterno y materno con la influencia de una sobre otra, da base a Lysenko y su escuela para identificar a los híbridos sexuales con los híbridos vegetativos, pues, de ser ciertas sus suposiciones, en ambos casos se produciría una mezcla de substancias que jugaría papel importante en las características definitivas del descendiente.

Estas discrepancias de punto de vista entre los hombres de ciencia de la escuela de Lysenko y los defensores de las doctrinas clásicas, ha dado pie para una controversia científico-política de desusada envergadura, en la que se han visto envueltos los propios hombres de ciencia, y que ha venido a enmascarar los postulados científicos. Según los lysenquistas, la teoría cromosómica de la herencia y su aplicación a la mejora de animales y plantas, envuelve un concepto reaccionario y antimarxista de los hechos biológicos.

Sin embargo, los resultados experimentales obtenidos por Lysenko, no son suficientes para invalidar la teoría cromosómica de la herencia, ni mucho menos para tildarla de reaccionaria por antidarwinista. La doctrina darwinista de la evolución se explica de un modo razonable a la luz de dicha teoría del fenómeno hereditario, apoyándose en la variabilidad determinada por las mutaciones y la recombinación de los factores genéticos, en lugar de hacerlo en la variación causada por el medio. La teoría cromosómica de la herencia, no sólo no se opone a la evolución de las especies, sino que la explica.

Por otra parte, ninguna de las observaciones de Lysenko sirve para poner en duda las deducciones de Morgan y sus colaboradores y discípulos, basadas en una amplísima serie de investigaciones y experimentos, cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Es cierto que esta teoría ofrece lagunas, pero su cuerpo de doctrina es tan vasto y se apoya en hechos tan comprobados y bien observados, que en su concepción general es en realidad irrefutable. Además, basándose en ella, la ciencia de la genética aplicada ha obtenido éxitos tan resonantes, que no es posible negarla.

Decir que los citólogos y biólogos observan al microscopio la conducta de las células, y que describen lo que ven y lo que no ven lo inventan, cuando se ha inventado toda una teoría de la herencia y la evolución, basada únicamente en suposiciones y en dos simples hechos experimentales, es, a nuestro juicio, inadmisibles.

Pero esto no quiere decir que los descubrimientos de Lysenko no sean dignos de la mayor atención. El hecho de que por una acción ecológica, por una alteración de la temperatura en determinada fase del ciclo vegetativo, se haya podido modificar un carácter hereditario, que se exhibía firmemente en el curso de generaciones y generaciones, tiene una importancia considerable. Ahora bien, a mi juicio, puede explicarse sin poner en entredicho en lo más mínimo la teoría cromosómica de la herencia. Esta no sólo admite, sino que considera como pieza fundamental del juego hereditario y evolucionista, la presencia de mutaciones, que se deben a alteraciones en los genes. Estas alteraciones pueden tener por causa una influencia de tipo ecológico. Sabemos que el hábito de desarrollo depende de un par de factores mendelianos, de un par de genes. ¿No es razonable admitir que un estímulo fuerte pueda modificar uno de esos genes y transformarlo en el otro?, y, ¿no podemos considerar como estímulo fuerte una elevación brusca de la temperatura, en un embrión que ha estado sometido durante un cierto número de días a una temperatura próxima a los 0 grados?

Müller ha podido producir mutaciones de gran interés en la mosca del vinagre, *Drosophila melanogaster*, haciendo actuar los rayos X sobre machos y hembras y cruzándolos después con individuos normales. Muchas de estas mutaciones eran análogas a otras aparecidas espontáneamente en ocasiones anteriores. Este descubrimiento le valió la concesión del Premio Nobel. Otros investigadores, aplicando los rayos X o las emanaciones de radio, han logrado mutaciones sumamente importantes, en diversas especies animales y vegetales. Pirovano, en Italia, logró hace muchos años, mediante aplicaciones eléctricas en determina-

das fases del desarrollo, modificar sustancialmente la forma del fruto de las cucurbitáceas. Es decir, lo que la naturaleza ofrece de un modo eventual, la ciencia ha logrado producirlo artificialmente por diversos medios. Esto nos conduce a modificar en parte la idea de que los caracteres adquiridos por la acción del medio no son hereditarios; debemos seguir pensando que no lo son, en cuanto se trate de acciones normales del medio que no afecten a la naturaleza de los genes, ni al número de cromosomas, pues de lo contrario la presencia de mutaciones sería cosa habitual y no permitiría la estabilidad de los caracteres específicos que estamos habituados a observar. Pero si la acción ecológica es bastante enérgica para obrar sobre los genes, puede sobrevenir la mutación y hacer que el carácter, dependiente ahora del gene o genes modificados, se haga hereditario. Esta es la base o una de las bases, por lo menos, de la evolución. ¿Por qué no aceptar la idea de que el cambio definitivo en el hábito de desarrollo de una variedad, obtenida por Lysenko, en sus experimentos, sea el resultado de una mutación génica, provocada por el tratamiento sumamente enérgico a que somete a las semillas en germinación? Sin embargo, ni Lysenko, ni otros biólogos, partidarios de sus teorías, aluden nunca a esta posibilidad, ni siquiera parecen reconocer la existencia de la mutación génica.

Veamos ahora lo que respecta al segundo fundamento experimental de las ideas de los partidarios de la escuela de Lysenko, la obtención de híbridos vegetativos. Hace muchos años que la ciencia ha comprobado la presencia de las llamadas mutaciones somáticas, es decir, cambios que se presentan en las partes vegetativas y que se mantienen en la descendencia obtenida por vía asexual, es decir, por estaca, esqueje o injerto. Unas son las llamadas mutaciones de yema, que consisten en que una rama procedente de una yema, ofrece características nuevas, ya en las flores, ya en los frutos. Utilizadas partes de esta rama para la multiplicación sexual, las nuevas plantas obtenidas conservan el carácter. De este modo se han originado numerosas variedades de plantas ornamentales y de frutales. Aun más interesantes son las quimeras, descubiertas por Erin Bauer en 1911, caracterizadas porque una rama de una planta injertada presenta combinados caracteres del injerto y del patrón.

Ninguno de estos hechos puede servir de base para invalidar la concepción ortodoxa de la herencia, que los conoce y admite, desde mucho antes de que Lysenko los haya divulgado como una conquista michuriniana. No debe olvidarse que una planta injertada cons-

tituye una nueva unidad vegetativa, en la que actúan simultáneamente los genes aportados por el injerto y los aportados por el patrón. Una de las lagunas de la genética ortodoxa es el desconocimiento del modo por el cual las moléculas complejas, que al parecer son los genes, determinan los caracteres visibles o el comportamiento fisiológico, debidos principalmente a la estructura y a la conducta del citoplasma de los tejidos. Pero no es aventurado admitir que en las manifestaciones de un tejido puedan influir las determinadas por los genes en otros, y que al existir genes de distinto tipo, en relación con cada carácter, en la planta injertada, se produzca un desequilibrio fisiológico que determine la aparición en la parte aérea de caracteres definidos por genes del patrón y viceversa. Esto explicaría no pocos casos de mutaciones somáticas y desde luego los fenómenos observados por Michurin y Lysenko en Rusia y por numerosos agrónomos y arboricultores en otros países.

Por otra parte, el hecho de que las semillas obtenidas en los frutos mutados, es decir, en los frutos obtenidos en el injerto, con características totales o parciales correspondientes al patrón, dan origen a una descendencia variable, es perfectamente explicable dentro de la concepción ortodoxa de la herencia. Las especies que se multiplican de ordinario asexualmente, suelen ser de fecundación cruzada, lo que quiere decir que sus óvulos se fecundan por polen extraño. Por tanto, las semillas formadas y los embriones contenidos en ellas, llevan en muchos de sus pares de genes, un gene de origen materno de la planta en que se produjeron, distinto del gene de origen paterno, aportado por el polen desconocido que fecundó al óvulo. Cuando estas especies se reproducen por semilla, la descendencia ofrece una gran variabilidad. Nada de extraño tiene, por tanto, que Michurin y Lysenko obtengan descendencias con multitud de tipos distintos, cuando siembran las semillas del fruto semejante al patrón obtenido en el injerto, hecho que hubiera ocurrido igualmente si hubieran sembrado las semillas producidas por los frutos del injerto, dotados de las características que les son propias.

En todo caso, los trabajos de los biólogos rusos en los últimos años, en este terreno de los híbridos vegetativos, ofrecen el indudable interés de haber propiciado la aparición de numerosas mutaciones, que ellos aprovechan hábilmente para crear tipos nuevos, siguiendo una técnica que no es por cierto de su exclusivo patrimonio, pues es la que emplean, en determinados aspectos, los agrónomos ortodoxos del mundo entero para estimular la

variabilidad en las especies de multiplicación asexual.

La conclusión a que podemos llegar es, pues, que si bien las observaciones experimentales de Lysenko y sus colaboradores tienen un gran interés y son dignas del mayor respeto, pues abren las puertas a nuevas fuentes de conocimiento en relación con el fenómeno hereditario y con la evolución de las especies, no aportan base bastante para tratar de desechar los principios ortodoxos, elaborados sobre una firme labor experimental, y no hijos de la imaginación ni de la especulación, tanto más cuanto que, según hemos tratado de mostrar, cabe explicarlos satisfactoriamente, sin apartarse de las doctrinas de la teoría cromosómica de la herencia. Sin embargo, si las observaciones y trabajos experimentales de Lysenko y sus discípulos, no les autorizan, a nuestro juicio, para lanzar un *delenda est Mendel y Morgan*, tampoco es admisible que los biólogos ortodoxos menosprecien dichos trabajos, tratando de quitarles importancia o interés. Sólo la pasión política y el envenenamiento producido por ella en unos y otros, puede explicar la mutua incomprensión en que se debate esta controversia que el mundo contempla desde hace algunos años.

Tal incomprensión viene desgraciadamente a confirmar lo que veía hace doscientos años nuestro Feijóo, cuando afirmaba: "Son muchos los que exaltarían al cielo tal o tal prenda, tal o tal habilidad, colocada en sujeto de su gremio o adherencia, y la desprecian o pintan con los peores colores que pueden, por verla en sujeto de otro partido".

Alguien ha dicho que el mundo progresa mucho más al amparo de la duda, que cuando se aferra a la fe. La obligación de los hombres de ciencia cuando se suscita un hecho nuevo, es analizarlo y examinarlo, desligándose de todo prejuicio y sin atrincherarse en sus posiciones, para tratar de incorporarlo si lo merece al caudal del conocimiento humano, aun cuando ello signifique alguna modificación en el criterio que han venido sustentando. Pero la obligación del hombre de ciencia que realiza un nuevo hallazgo, es también examinarlo sin pasión ni soberbia, a la luz de los conceptos que ya posee la humanidad, antes de pretender derribar lo que la experiencia y la observación juiciosa de los hechos ha revelado. Ni una ni otra actitud se observa desgraciadamente en los biólogos de los dos bandos en contienda. Esperemos que el tiempo, y el aquietamiento de los excitados ánimos de nuestra generación, devuelvan esta polémica al campo exclusivo de la ciencia, para que resplandezca la verdad, que es lo que en definitiva interesa al progreso humano.



“LAS ESPAÑAS”

REVISTA LITERARIA

REDACCION:

José Ramón Arana. — Anselmo Carretero. — Daniel Tapia. — Francisco Pina. — Isidoro Enriquez Calleja. — Francisco Rivero Gil. — José Luis de la Loma. — Arturo Saenz de la Calzada. — Jesús Ruiz del Río. — José M. Giménez Botey. — Ramón Tarragó.

EDITORES:

José Ramón Arana. — José Puche Alvarez. — Anselmo Carretero. — Mariano Granados. — Eduardo Robles.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Bucareli 12, Desp. 101 MEXICÓ, D. F.

(Viene de la pág. 30)

los espectadores una carcajada estruendosa, Chaplin no sólo se burla de las "buenas costumbres" hogareñas, sino que demuestra también la gran razón que le asistía cuando dijo, poco más o menos, estas palabras: "No me preocupan grandemente los problemas de la técnica y tampoco me gusta abusar de los primeros planos. Es una cosa que no necesito, porque yo trabajo con todo el cuerpo".

Con respecto a la posición de Chaplin ante las mujeres, Ramón Gómez de la Serna ha puesto así el dedo en la llaga: "Pero a través de sus andanzas y sus intervenciones, lo que más ha hecho sufrir a Charlot son las mujeres, sus amores aciagos: Mildred Harris, Edna Purviance, Lita Grey, Paulette Goddard. A lo que ha tenido un verdadero horror ha sido a los divorcios, a actuar frente a la mesa alta del juez, y acercándose a la butaca de la declarante, oír que le tachaban de crueldad y de avaricia. Lo que le quema en su carnet último es esa lista de mujeres y la suma de las indemnizaciones y los "alimentos" que les asignaron los tribunales. A veces grita otra cosa por no gritar la verdad, y a una la acusa de querer dedicar sus hijos al cine:

DIEZ AÑOS DE LABOR

(Viene de la pág. 1)

José; López Rey y Arrojo, Manuel; Luzuriaga, Lorenzo; Llesma Uranga, Estanislao; Madrid, Francisco; Mediano, Juan Manuel; Merli, Joan; Mira y López, Emilio; Muñoz de Dieste, Carmen; Navarro de Luzuriaga, María Luisa; Nogués Sarda, Agustín; Ossorio, Alvaro; Ossorio y Gallardo, Angel; Otero Espasandín, José; Pacheco, Isaac; Perla, Mariano; Pi Calleja, Pedro; Prados Arrarte, Jesús; Prieto, Ramón; Río Ortega, Pio del; Rojo Lluch, Vicente; Ruiz Añibarro, Víctor; Ruiz del Toro, José; Salinas, Constantino; Sánchez Albornoz, Claudio; Sánchez Guisande, Gumersindo; Santaló, Luis A.; Saye, Luis; Seoane, Luis; Serra Moret, Manuel; Serrano Plaja, Arturo; Suárez Fernández, José; Tobio Hayo, José; Torre, Guillermo de; Toryho, Jacinto; Uson, Angustias, G.; Varela, Lorenzo; Venegas López, José; Vera Fernández de Córdoba, Francisco; Villegas López, Manuel; Zúñiga, Guillermo.

EL SUEÑO

DE

BARBA AZUL

—¡No, no! —grita—. Mi padre fué cómico de la legua, mi madre actriz de *music-hall*. La madre de mis hijos, actriz de teatro y cine... ¡basta! ¡Prohibo que mis hijos se dediquen al cine!

El complejo de Charlot se ha vuelto más complejo, y por salir de él, va a filmar una nueva versión de la gran leyenda de Barba Azul.¹ Un sentimiento interior de represalia incumplida va a



hacerle mimar esa parodia del cuento celeberrimo.

La obsesión de sus mujeres puestas en fila, siempre frente al sofá en que se recuesta, le ha hecho pensar en realizar un sentimiento insatisfecho, el de asesinarlas una tras otra, como lo logró Barba Azul. No tuvo atrevimiento para hacerlo realmente en la vida, además de que las leyes castigan eso muy rigurosamente; pero lo va a realizar en

(1) El ensayo de Gómez de la Serna sobre Chaplin, que figura en la obra *Ismos* y al cual pertenecen estos párrafos, fué escrito y publicado antes de estrenarse "Monsieur Verdoux".



el campo de la simulación, donde hay vigas imaginarias para colgar imaginariamente cinco, seis, siete mujeres, más, si es necesario.

El gran bufo trágico realizará esa película de un modo admirable, por eso, por el complejo interior que le lleva a desahogar su corazón por fin, después descansará como un Barba Azul afortunado en su último amor, el que ya sólo tendrá la indemnización de la herencia.

Ha sido el primero de los "hombres perdidos", era el extraviado que tropezaba con todo y comenzó a tantear la vida con un bastón blanco de ciego. Era una pantomima claudicante y tímida en un mundo cínico; pero a veces tropezaba con una mujer bella. ¡Y el público se reía de un hombre perdido!

El público se reía, pero sin mala intención y sin excesiva crueldad. Una especie de instinto le hacía ver claro que Chaplin —o el vagabundo de la pantalla, que para el caso es lo mismo— no habría de sentirse irremediamente desgraciado por el hecho de que esa mujer bella con la que tropezaba acabase por alejarse de él. Esto no pasaba de ser un incidente desagradable en su vida fecunda y rica de matices, llena también de grandes proyectos y realizaciones espléndidas. Entre sus sueños largamente acariciados —y realizados más tarde con una impronta genial— figuraba algo más importante que la conquista de una bella —y tal vez falsa— mujer. Era el deseo de enriquecer su arte magnífico con un contenido nuevo: la lucha generosa y valiente por la conquista de la justicia y de la verdad.

RAMON GAYA

(Viene de la pág. 17)

el ser humano? En todo caso, en sus retratos de mujeres sólo la carne es radiante: los rostros son la única parte de su obra a la que podría aplicarse el calificativo de "naturaleza muerta". Al trazar los rasgos humanos, la inspiración poderosamente creadora de Gaya parece replegarse sobre sí misma, y el pintor toca entonces, tristemente, la tierra.

"LAS ESPAÑAS"

AGRADECE LA AYUDA ECONOMICA (DONATIVOS Y CUOTAS DE DIVERSAS CUANTIAS) QUE, ATENDIENDO NUESTROS LLAMAMIENTO, LE HAN PRESTADO LOS SIGUIENTES COMPATRIOTAS:

MARIANO GRANADOS.— LUIS CANO VAZQUEZ.— MANUEL ANDUJAR.— ANSELMO CARRETERO.— JOSE PUCHE ALVAREZ.— LORENZO ALCARAZ.— JOSE GRAVALOS.— JOSE PUCHE PLANAS.— EDUARDO ROBLES.— JOSE SACRISTAN.— JUAN MARICHAL.— MANUEL DIAZ MARTA.— FRANCISCO VAREA.— MANUEL SANCHEZ SARTO.— NICOLAS CABRAL.— PIO CHAOS MACAZAGA.— FELIX LUNAR.— JORGE M. FEDUCHY.— PEDRO PAREJA.— ISIDORO ENRIQUEZ CALLEJA.— SANTIAGO GARCES.— ANGEL RODRIGUEZ OLLEROS.— CARLOS SAENZ DE LA CALZADA.— FELIX HERRERA RECALDE.— RAFAEL MENDEZ.— JESUS ARENAS.— AMERICO CASTRO.— NICETO ALCALA ZAMORA.— FELIX GORDON ORDAS.— JESUS REVAQUE.— LUIS SANTOS.— VICTOR TRAPOTE.— JOAQUIN LOZANO.— ALFONSO DE VIVANCO.— FERNANDO MONZO.— JOSE MILLER.

LAS PRESAS HISPANO ROMANAS

DE MERIDA

POR
MANUEL DIAZ MARTA



(Dibujo del autor)

TODAS las ramas de la construcción florecieron durante la dominación romana en España. Los puentes que se conservan, como el de Córdoba, el de Mérida, el de Salamanca, el de Martorell..., y sobre todos, el de Alcántara sobre el Tajo, atestiguan la maestría de estos grandes constructores. Su red de calzadas debió de ser magnífica, a juzgar por las obras y trechos con pavimento que han llegado hasta nosotros. Y grandiosos también los anfiteatros, circos, hipódromos, arcos de triunfo, palacios y murallas que por todas partes levantaron.

Las obras hidráulicas ocuparon parte muy preferente de su atención. Las más conocidas son las dedicadas a abastecimientos de ciudades, pero, sin duda, implantaron el regadío en muchas zonas, creando la tradición, que luego desarrollaron los árabes y que se ha mantenido en toda época.

Los puentes acueductos romanos han llegado en buen número hasta nuestros días. Recordemos entre otros los de Segovia, Tarragona, Mérida y los caños de Carmona; pero, como asienta el ilustre arqueólogo J. Ramón Mélida, "las arquerías que por su aspecto aéreo y por su gentileza maravillan, son la parte menos considerable de estas conducciones de agua que comprenden el embalse o toma y una canalización en espacio de unos kilómetros".

El abastecimiento de aguas de la antigua Emerita Augusta es el que mejor permite, entre todos, reconstituir el sistema completo. Sus presas, conducciones y puentes acueductos tienen un mérito extraordinario, pero, a nuestro juicio, aun es mayor el de la concepción del conjunto.

Apoyándonos en los trabajos de J. R. Mélida, como ya lo hicimos cuando estudiábamos la rehabilitación de estas presas durante la etapa republicana, expondremos una idea más completa del funcionamiento del sistema total, añadiendo a las presas de Proserpina y Cornalbo, citadas por Mélida y ampliamente conocidas, otra presa hispano-romana, la de Esparragalejo, de la que no se ha publicado nada hasta el día, según nuestros informes.

El puesto de vanguardia que España ocupó durante algunos siglos en las construcciones hidráulicas, tiene quizá su remoto antecedente en las grandes presas hispano-romanas. Todos los tratados de obras hidráulicas citan como las primeras presas notables de la Edad Moderna, las españolas de Alicante (1580), Almansa (1586) y Elche (1790), construidas con diques de mampostería. La de Alicante tiene 46 metros de altura desde su corona hasta el cimientado, y no fué superada hasta el año 1861, en que se construyó la presa de Furens, en Francia, con 56 metros de elevación.

La conducción central de Mérida procede de unos manantiales y atraviesa la depresión del Albarregas, inmediata a la población, por el acueducto de San Lázaro. La canal, según Mélida, "mide 55 centímetros y está revestida de cemento impermeable y de trecho en trecho ofrece unos senos o reposaderos para purificar las aguas".

Otra conducción procedía del llamado pantano de Cornalbo. A partir del plan Gasset, a principios de siglo, la reconstrucción de esta presa ha sido considerada en todos los estudios y planes hidráulicos, y las modernas reparaciones desfiguran la forma original. Esencialmente es una cortina de tierra de 220 metros de longitud, con ancho en la coronación de 3.30 metros. El paramento de aguas arriba se presenta escalonado y revestido de piedra. La torre de toma, hoy reconstruida, es semejante por su disposición, emergiendo del pie de aguas arriba de la presa, a las que se proyectan en la actualidad.

La tercera conducción tiene su origen en la presa que los emeritenses llaman de Proserpina, a 8 kilómetros de la ciudad. La presa es una maravilla de arquitectura y de arte ingenieril. Con 426 metros de longitud y altura máxima de unos 15, está formada en

lo esencial por un dique de mampostería y hormigón, revestido de sillería en su contacto con el agua y reforzado por nueve contrafuertes con remates, que se elevaban sobre la coronación de la presa. El empuje del agua se contrarresta por un fuerte espaldón de tierra adosado al muro. Sus torres de toma no están exentas, como la de Cornalbo, sino incluidas en el terraplén de refuerzo. La conservación del conjunto es magnífica, hasta el punto de que se pensaba hacerla servir, con una ligera restauración, para el abastecimiento de Mérida y riego de los terrenos del Albarregas.

Las cuencas que naturalmente aportan sus aguas a los pantanos de Cornalbo y Proserpina, son muy reducidas. Los romanos las aumentaron construyendo largos canales aductores, hoy destruidos, que captaban el agua de los arroyos inmediatos. Estos canales estaban provistos de compuertas de desagüe. Lograron así una disposición muy acertada para abastecer su población y, al mismo tiempo, una adaptación perfecta a sus posibilidades constructivas.

Escasos en medios de agotamiento, emplazaban la presa en una depresión sin río ni arroyo importante, donde fácilmente podían cimentarla; pero como disponían de mano de obra abundante, reforzaban la alimentación buscando el agua de los arroyos cercanos por medio de canales que alargaban cuanto era necesario. Maniobrando sus compuertas de desagüe, podían ingresar el agua o dejarla correr por sus cauces naturales, según las necesidades del embalse y el grado de turbiedad del agua. De modo análogo se hace en el llenado de una cisterna y debe pensarse que la concepción de estos embalses fué sugerida por el funcionamiento de las grandes cisternas que completaban el aprovisionamiento de aguas de Emerita Augusta.

La conducción desde la presa de Proserpina tiene su trozo más notable en el cruce de la depresión del Albarregas con el acueducto llamado de *los Milagros*, en cuyos pilares se ven franjas de sillería alternando con hileras de ladrillo en admirable composición.

PRESA DE ESPARRAGALEJO

Esta presa, de la que no dan noticia los arqueólogos que estudiaron los monumentos emeritenses, es de menores dimensiones que las citadas, pero más notable que ellas en cuanto al tipo del dique, que es de arcos

múltiples; tipo que por lo general se considera como ideado al final del pasado siglo. Está situada en las inmediaciones del pueblo de Esparragalejo, a unos 14 kilómetros de Mérida. A pesar de tan corta distancia, era muy poco visitada, hasta que el año 34 se construyó una carretera, y a eso se debe, sin duda, el que los estudiosos de las antigüedades romanas no hubieran descubierto con anterioridad una obra tan importante.

La clase de fábrica es característica de los diques emeritenses de la época romana: hormigón en el núcleo, a ambos lados mampostería y en el exterior sillería. De su forma da idea el apunte que hemos dibujado de memoria, en el que se observa una particular disposición de arcos y contrafuertes en el lado de aguas abajo. En la parte central de la presa, con una altura de unos 7 metros, los arcos son de medio punto y los contrafuertes son grandes, mientras que en las laderas, a medida que la carga del agua disminuye, los contrafuertes van siendo menores y los arcos más rebajados, hasta que en sus orillas remata en dos muretes lisos. Del lado del agua, el paramento es un plano vertical en toda su longitud. He aquí otra vez una obra perfectamente estudiada y con un criterio ingenieril y económico que sería difícil mejorar hoy.

Podemos considerar esta presa como de la época romana por la similitud de su fábrica con la de Proserpina. Aun más, tenemos la presunción de que también sirvió para abastecer a Emerita Augusta, sumando sus aguas a las de Proserpina. Hay un trozo de conducción, visible desde la carretera de Mérida a Montijo, a la altura en que se desvía el camino a Proserpina, que no procede de esta presa, sino de algún lugar al Oeste, que bien pudiera ser la presa de Esparragalejo. En el verano de 1936, estábamos haciendo un estudio de este problema con el levantamiento topográfico necesario para llegar a una conclusión, estudio que, como tantas otras cosas, quedó frustrado al producirse el levantamiento fascista.

Bien merece esta presa de Esparragalejo un estudio más detallado que esta breve noticia; y tanto de la obra en sí como de su conexión con el abastecimiento de Mérida, en cuyo estudio bien pudieran aparecer vestigios de otras obras interesantes sobre el río Aljucén y quizá nuevas fuentes de aprovisionamiento de agua no conocidas. Nos hemos de limitar a brindar el tema a quien quiera interesarse por él.

Desde el punto de vista de la ingeniería hidráulica, una investigación concienzuda sobre esta presa, permitiría fijar la fecha de la que quizá sea la primera presa de bóvedas múltiples y afianzar para España el honroso puesto que ocupa como precursora en las obras hidráulicas.

No hay que olvidar, en la enumeración de estos méritos, las presas famosas de Alicante, Almansa y Elche, entre otras; la antigüedad y perfección de los regadíos en las vegas de Valencia, Murcia y Granada; las mismas presas hispano-romanas acabadas de citar y, además, la serie de presas de menor importancia que se construyeron en España y en las colonias españolas de América. Podemos citar, como típica entre estas pequeñas presas, la que está junto al Monasterio de Guadalupe, en el río del mismo nombre y en la misma tierra extremeña que Mérida. Está constituida por un robusto muro con contrafuertes, siguiendo quizá el modelo de la presa de Esparragalejo, aunque es de proporciones más toscas. Este mismo modelo de Guadalupe debió de ser llevado por los extremeños a tierras americanas, pues le hemos visto repetido en muchas haciendas coloniales. Y no es de extrañar que estas obras de Mérida, centro entonces, como ahora, de las comunicaciones extremeñas, fueran recordadas como ejemplo cuando los españoles, abandonando el duro oficio del soldado, tuvieron que pensar en abastecer de agua a las ciudades recién fundadas.

ESPAÑA en el RECUERDO

CUANDO me reúno con los amigos en asamblea de nostalgias — que se resumen siempre en canciones populares de las regiones donde nacimos — los recuerdos más lejanos vienen a mi mente con claridad de presencia y alejan por unos momentos el pesimismo de esta hora brutal y seca en que el lobo del materialismo devora, insaciable, las ovejas líricas del sueño. Vuelvo a los días infantiles, grises y lluviosos, inconcretos y desvaídos, pueriles, iguales, monótonos...: días del agrio maestro de la vieja escuela, oscura y antipática; del repiquetear de los tarugos de las abarcas sobre las losas de las aceras resbaladizas; de los enormes paraguas de color — rojo o azul — con listas negras, capaces de cubrir con su techo circular de ala de murciélago a la familia más numerosa; del tañer de lentas y largas campanadas, llamando al santo redil al rebaño de beatas, acaparadoras de indulgencias, para merendar la letanía del rosario en la hora crepuscular; de pregonar de castañeras metidas, como caracoles cubistas, en la caparazón de su caseta de madera; de Pascuas holgazanas y engolosinadas, con la secuela de ilusión de los Reyes orientales; de carnavales bulliciosos y grotescos, en los que las comparsas y *oradores* aprovechaban la licencia de carnestolendas, para poner en la picota al honorable alcalde de la ciudad y su corte de municipales, en versos irónicos y estrafalarios de elucubración tabernaria; de exhibición de chisteras relucientes y levitas verdinegras, presidiendo el *via-crucis* de la Semana Santa. Días reumáticos, de catarros empalmados y sabañones insoportables; de lluvia constante, permanente, como si el cielo fuese una inmensa regadera de contenido inagotable, dedicada a lavar de costra pecadora a todo el litoral cantábrico.

La lluvia ejerce una dictadura implacable en Santander. Ella regula la vida y las costumbres de los santanderinos, imponiéndoles una existencia de reminiscencias lacustres, encerrados en los hogares, en las tabernas, en los cafés o en los centros de recreo, después del trabajo, para que se dediquen a la meditación sobre la conveniencia del cierre a blancas o a seises, la imprudencia de arrastrar de sota... o al piadoso y edificante ejercicio de la murmuración...

Esa dictadura se advierte más claramente en la vida activa. En los días de mis recuerdos era fabuloso el consumo de jarabes lubricantes de las vías respiratorias y de cataplasmas de mostaza. Los *pasiegos* de la calle de Atarazanas competían en atrayentes *baratas*, para liquidar las viejas y apollilladas existencias de ropa interior de abrigo. La fabricación de abarcas rebasaba los límites acostumbrados en tan noble artesanía. Los pescadores, después de la còstera de besugo, agotaban sus créditos en las tabernas de Puerto Chico, mientras sus mujeres, de músculos tan *stundos* como su vocabulario, descargaban las mercancías que traían en sus bodegas los viejos pataches de cabotaje, sosteniéndolas sobre el *rueño*, en la cabeza, en equilibrio sorprendentemente inalterable. Los taberneros del puerto hacían contrabando con los viejos marinos nórdicos que usaban *bombín* y capeaban en tierra el temporal de su borrachera con el mismo estoicismo y en la misma actitud que guardaban sobre cubierta, cuando su viejo navío de cien singladuras sin *cañen*, soportaba los maretazos del golfo de Vizcaya. Los pasajeros de los tranvías de mulas que iban al Sardinero, tenían que apearse constantemente para que los fatigados y jadeantes animales pudieran remontar la empinada calle, después de dominar la locura de las ruedas al patinar en los rieles mojados. Los indios hacían su excursión matinal hasta los Bancos establecidos en el Paseo del Muelle, para consultar con nerviosa inquietud las fluctuaciones en la cotización de los valores en Bolsa. Los faroleros encendían las camisas de los faroles de gas a media tarde. Las modistillas, al salir del taller daban una vuelta apresurada por las calles de la Blanca y San Francisco, débilmente alumbradas por la mezquina iluminación de los escaparates de los comercios. Los horteras, también. Los



Santander. Escudo del privilegio concedido por Fernando VI.

guardias municipales, cubiertos con sus viejos, sucios y oscuros capotes, agotaban su turno de tedio, apenas alterado por alguna pequeña ratería o algún escándalo de comadres rijasas. De vez en cuando pasaba un coche de caballos, transportando acaso a un médico en visita de urgencia o a una familia pudiente de las que asistían a la *función de moda* del Teatro Principal. Después, todo era silencio salpicado de lluvia, turbado solamente por alguna canción borracha, la melancólica sirena de un barco que zarpara o la voz opaca del sereno que cantaba la hora para garantizar su estado vigilante.

Si la nieve cerraba los puertos, interrumpiendo las comunicaciones con Madrid, los suscriptores de "El Liberal" pasaban días angustiosos pensando en lo que podría sucederle a María, la desventurada hija del jornalero, a quien dejaban en el último folletón expuesta a las más viles asechanzas del burlador de su honra.

Así transcurrían los días laborables.

Los días festivos, se repartían saludos ceremoniosos y finas sonrisas en los pórticos de las iglesias a la salida de misa de doce, comentándose de pasada los hechos más salientes de la vida local ocurridos durante la semana, en brillantes pugilatos de cotilleo. La banda municipal ejecutaba el acostumbrado concierto en el templete de los jardines del Muelle o, si el tiempo se mostraba antielomano, bajo los arcos de Botín o de la plazuela de Pombo. Los profesores de la banda, trabajaban en su vida cotidiana en los más variados oficios, pero no sé por qué

SANTANDER

por

FRANCISCO RIVERO GIL

extraños designios, todos los clarinetes eran zapateros.

Por la tarde, las criadas y los soldados bailaban incansables *el pericote*, al son del pito y el tamboril, "aunque cayeran chuzas de punta", en la Segunda Alameda, y las tabernas se estremecían con las potentes voces de todo el gremio de la construcción, convenientemente estimuladas por el continuo trasiego del noble vino de la Rioja. En el Salón Pradera, había *cola* para ver las *variedades* y en el Teatro Principal, para deleitarse honesta y cultamente con los encantos físicos y musicales de "La Viuda Alegre".

Cuando la tupida cortina de nubes grises se rasgaba para dejar paso a los rayos de un sol tímido en principio, pero que lentamente acrecentaba su dominio, hasta derrocar la dictadura de la lluvia, Santander comenzaba a sonreír y en la vida de sus habitantes, se efectuaban una radical transformación. De la noche a la mañana el santanderino se convertía de recatado mejillón en jorge revoloteador.

Los prados comenzaban a exhibir todos los matices del verde, a ensayar su canto estridente los grillos y a rumiarse su filosofía las vacas pintas. Peña Cabarga se despojaba de sus greñas de nubes sucias y, en la lejanía, se vestía con tules violáceos. Los jardines se llenaban de flores y pájaros, de soldados y barquilleros, de niños y amas de cría pasiegas, mozas robustas, con caras de manzana madura, que hacían de madres nutricias de los hijos canijos de los señores. —y hasta de los reyes—, con sus típicos trajes y pendientes y collares que eran una exposición numismática, colgando de las orejas y sobre la alacena de sus ubres generosas. Los indios paseaban en grupos sus preocupaciones financieras, arrastrando la artritis y las sombrillas grises que en el momento adecuado habrían de servirles también de paraguas. (En Santander hay muchos indios. Quizás sea la región española que tiene más indios por kilómetro cuadrado. Todos padecen filantropía crónica y alguno en periodo agudo, lo que induce a las fuerzas vivas de la localidad a nombrarle inmediatamente hijo adoptivo y aun a perpetuar su nombre en mármoles y bronce para ejemplaridad y estímulo de la grey filantrópica).

Alguna vez se incendiaba la tarde y era presagio de viento sur: un ventarrón huracanado que provocaba torbellinos de polvo asfixiante, destapaba los tejados de las casas, derribaba árboles y postes, destrozaba los muelles de madera, volaba las boinas y los sombreros de los transeúntes y levantaba hasta la cabeza las faldas de las mujeres y las sotanas de los curas.

La voz potente del pescador en la madrugada, desperezaba al día con su "¡A la mar...!" llamando a los compañeros para la brega marinera que, en más de una ocasión, malograba fatalmente una galerna que enlutaba los hogares humildes de los trabajadores del mar y llenaba los periódicos de listas de suscripciones que servían de escaparate a la caridad vanidosa. Los días de bonanza, las *sardineras*, pululaban con su *carpancho* a la cabeza, como caríatides cimbreantes en movimiento, lanzando a los vientos el pregón de su mercancía: "¡Sardinias frescas... a bajar...!", entablado a gritos diálogos verdaderamente ejemplares —y no muy cervantinos— con las compradoras que, desde las ventanas o los miradores, se enzarzaban en un pugilato de regateo sobre el precio del pescado.

Avanzando el verano, comenzaban a llegar forasteros de tierra adentro que inundaban la ciudad de viejos olores que emanaban de las alforjas, repletas de siglos de historia del buen yantar, condensados en queso aceitoso, tocino rancio y ristras interminables de rojo chorizo castellano. Eran bañistas a plazo fijo; familias o quizás pueblos enteros que agotaban las mareas, llenaban las playas de la más variada colección de refajos multicolores, recogían todas las conchas que, al bajar la marea, quedaban sobre la playa y pasaban horas asombradas contem-

(Pasa a la pág. 28)